

**PERCEPCIONES DE SEGURIDAD URBANA DE HOMBRES Y MUJERES
ENTRE 14 Y 26 AÑOS EN MONTERÍA, CÓRDOBA**

GINNA PIEDAD MORELO MARTÍNEZ

Autora

**FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DEL NORTE
DIVISIÓN DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN
BARRANQUILLA**

2013

**PERCEPCIONES DE SEGURIDAD URBANA DE HOMBRES Y MUJERES
ENTRE 14 Y 26 AÑOS EN MONTERÍA, CÓRDOBA**

GINNA PIEDAD MORELO MARTÍNEZ

Tesis de Grado para optar por el título de Magister en Comunicación

Directora

Mg. NANCY REGINA GÓMEZ ARRIETA

**FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DEL NORTE
DIVISIÓN DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN
BARRANQUILLA**

2013

Título de la tesis:

Percepciones de seguridad urbana de hombres y mujeres entre 14 y 26 años en Montería,
Córdoba.

Autora: Ginna Piedad Morelo Martínez

Código: 50900728

Correo electrónico: morelo.g@gmail.com

Directora: Mg. Nancy Regina Gómez Arrieta

Programa: Maestría en Comunicación

Universidad del Norte

Barranquilla, 2013

RESUMEN

Las ciudades merecen mirar y escuchar al individuo para connotar el significado de los sitios de encuentro, como se ha hecho en algunas urbes colombianas, generando una política innovadora. Esta investigación identifica y analiza las percepciones de seguridad que hombres y mujeres entre los 14 y 26 años de edad tienen de Montería, las cuales determinan el uso del espacio, las características del mismo y la forma como el género influye en su uso.

Y se hace desde tres conceptos teóricos:

Ciudad, desde la teoría de producción del espacio, según Henri Lefebvre, quien plantea que el espacio no es un objeto científico separado de la ideología o de la política, es público y es en él que los seres humanos aportan las esencias cambiantes de vida. Otros autores como Jane Jacobs, Carlos García Vásquez y Manuel Delgado, suman que la ciudad vivida es un espacio donde el sujeto actúa, pero no solo dentro de sí mismo, en su interior, sino mediante las prácticas colectivas.

Jóvenes, desde los estudios de Rossana Reguillo, quien aborda el concepto juventud como modelo transmisor de unos códigos específicos, que puestos en el espacio infieren cambios. Los jóvenes en la ciudad iniciaron transformaciones importantes, de la mano de sus sensibilidades y percepciones.

Percepciones urbanas, desde la visión de Kevin Lynch, quien plantea que toda ciudad tiene una imagen pública que resulta de la superposición de las imágenes individuales, que son las acciones, intervenciones y vivencias de quienes habitan el espacio; mezcladas, dan origen a las imágenes colectivas, necesarias para que cada ambiente adquiera un significado. Desde el empirismo observamos la ciudad, el lugar,

correlacionamos esa explicación con las imágenes de la memoria, y creamos unos significados, las percepciones que todos comenzamos a tener del ambiente.

La exploración teórica permite identificar y analizar lo vivido por los jóvenes en Montería, algunas veces como víctimas de violencia, otras como actores ignorados u otras como moldeadores de espacios de acuerdo al uso cotidiano que le dan. Desde las percepciones de los jóvenes, hombres y mujeres, se pueden identificar las características de esos espacios, la seguridad o inseguridad que representan, las diferencias que plantean en cuanto al uso de acuerdo al género, clases sociales, las complejidades que sugieren y las limitaciones que sustentan.

El resultado arroja las bases de un análisis amplio que aportaría a la construcción de una política pública desde los jóvenes y para ellos, en una ciudad donde merecen ser reconocidos en el espacio.

PALABRAS CLAVES: Ciudad, jóvenes, percepciones urbanas, seguridad.

ABSTRACT

The cities deserve to look and listen to the individual to connote the meaning of meeting sites, as has been done in some Colombian cities, generating an innovative policy. This research identifies and analyzes the security perceptions that men and women between 14 and 26 years old have about Monteria, which determine the use of space, its characteristics and how gender influences their use.

And it's done based on three theoretical concepts:

City, from the theory of production of space, according to Henri Lefebvre, who suggested that the space is not a separate scientific object from ideology or politics; is public and inside of it is where human beings provide life-changing essences.

Other authors such as Jane Jacobs, Carlos García Vasquez and Manuel Delgado, added that the city lived is a space where the subject acts, but not only within himself inside, but through collective practices.

Young, from the studios of Reguillo Rossana, who deals with the concept of youth as a transmitter model of specific codes that applied on spaces inferred changes. Young people in the city initiated major changes, guided by their sensitivities and perceptions.

Urban perceptions, from the perspective of Kevin Lynch, who suggested that every city has a public image that results from the superposition of individual images which are the actions, interventions and experiences of those who inhabit the space, mixed, giving rise to collective images needed for each environment to acquire a meaning.

From empiricism we observe the city, the place, correlate that explanation with memory images, and create some meanings: the perceptions we all start to have about the environment.

The theoretical exploration allows identifying and analyzing the living experience of young people in Monteria, sometimes as victims of violence, others as ignored actors and other as shapers of spaces according to their daily use.

From the perceptions of young people, men and women, can be identified the characteristics of those spaces, the security or insecurity that represent, the differences that arise in the use according to gender, social class, complexities it suggest and the limitations they support.

The results yield the basis of a big analysis comprehensive analysis that could contribute to the construction of public policy made by the young and for them, in a city where they deserve to be recognized in space.

Keywords: City, young, urban perceptions, security.

AGRADECIMIENTOS

La autora expresa sus agradecimientos a:

- A mi familia, por la comprensión para entender y aceptar mis ausencias.
- A mis profesores de la Maestría, por mostrarme un mundo desconocido.
- A mi asesora Nancy Gómez, por su orientación y tiempo.
- A mi hermana Liliana Morelo, por su invaluable aporte técnico y profesional.
- A quien desde arriba o desde el corazón nos anima a alcanzar nuevas metas.

Índice de contenido

	Página
Introducción.....	12
Capítulo 1. Descripción del proyecto.....	15
1.1. Planteamiento del problema.....	15
1.2. Formulación del problema.....	19
1.3. Preguntas problema.....	19
1.4. Objetivos.....	20
1.4.1. Objetivo general.....	20
1.4.2. Objetivos específicos.....	20
1.5. Justificación.....	20
Capítulo 2. Marco teórico.....	25
2.1. La ciudad.....	25
2.2. Ciudad, “Sucesión de capas”.....	29
2.3. La ciudad “vivida”.....	32
2.4. Derecho a la ciudad.....	35
2.5. Ser joven en la ciudad.....	44
2.6. Hombres y mujeres en la ciudad.....	53
2.7. Seguridad/ Género / Ciudad.....	58
2.8. La imagen del medio ambiente.....	65
2.9. Percepción.....	69
2.10. Percepciones urbanas.....	70
2.11. Ciudades colombianas, de lo rural a lo urbano.....	77

2.12. Historia de Montería.....	81
Capítulo 3. Metodología.....	86
3.1. Muestra de la investigación.....	87
3.2. Selección de las unidades muestrales.....	87
3.3. Recolección de datos.....	88
3.4. Instrumentos de medición.....	89
3.4.1. Diseño del instrumento encuesta de acuerdo a los cinco elementos de la ciudad.....	90
3.5. Análisis de los datos.....	92
Capítulo 4. Resultados e interpretación.....	94
4.1. Resultados de los grupos focales.....	94
4.1.1. Resultados grupo focal 1.....	94
4.1.1. Resultados grupo focal 2.....	103
4.1.1. Resultados grupo focal 3.....	112
4.2. Resultados de las encuestas.....	121
4.2.1. Características de los espacios públicos.....	124
4.2.2. Percepción de seguridad urbana.....	129
4.2.3. Diferencia de género en el uso del espacio público.....	134
4.2.4. Influencia de las percepciones en el uso del espacio público.....	139
4.3. La ciudad en sendas, bordes, barrios, nodos y mojones.....	141
4.3.1. Sendas.....	142
4.3.2. Bordes.....	143
4.3.3. Barrios.....	145

4.3.4. Nodos.....	146
4.3.5. Mojones.....	147
Capítulo 5. Conclusiones.....	148
Capítulo 6. Recomendaciones.....	155
Bibliografía.....	158
Anexos.....	164
Anexo 1. Instrumento, Encuesta basada en la Escala de Likert.....	165
Anexo 2. Gráficos, Resultados de la encuesta.....	169
Anexo 3. Gráficos, Resultados comparativos de la encuesta por género.....	181
Anexo 4. Gráficos, Resultados de la encuesta analizando las respuestas de hombre y mujeres de los barrios del estrato alto.....	199
Anexo 5. Gráficos, Resultados de la encuesta analizando las respuestas de hombre y mujeres de los barrios del estrato medio.....	201
Anexo 6. Gráficos, Resultados de la encuesta analizando las respuestas de hombre y mujeres de los barrios del estrato bajo.....	203

INTRODUCCIÓN

La presente investigación se propone identificar y analizar las percepciones de seguridad que hombres y mujeres entre los 14 y 26 años de edad tienen de Montería, para a partir de allí identificar las características de esos espacios públicos y cómo esas percepciones inciden y determinan el uso del espacio. Hoy día las ciudades merecen mirar y escuchar al individuo para connotar el significado de los sitios de encuentro, como en efecto se ha hecho en algunas urbes colombianas, generando así una política innovadora.

Para ello partiremos de la definición de tres conceptos importantes:

El primero de ellos, ciudad, desde la teoría de producción del espacio, según el filósofo y geógrafo francés Henri Lefebvre. Ello nos aporta una dimensión bastante clara de que los arquitectos y el hombre en general han estado supeditados a entender que desde la cotidianidad se crea espacio y la sumatoria de ellos hace a la ciudad. Y que el espacio no es un objeto científico separado de la ideología o de la política, es público y es en el que los seres humanos aportan las esencias cambiantes de vida.

A partir de allí se esboza el pensamiento y análisis de varios investigadores y academicistas como Jane Jacobs, Carlos García Vásquez y Manuel Delgado, que permite llegar a la conclusión de que la ciudad vivida es un espacio donde el sujeto actúa, pero no solo dentro de sí mismo, en su interior, sino mediante las prácticas colectivas. En esas prácticas colectivas intervienen los hombres y las mujeres (niños, jóvenes y adultos) con sus complejidades y universos sensoriales diversos. Cada uno de ellos asume el derecho a la ciudad de formas distintas, debido a innumerables factores como el género, la edad, el estrato socioeconómico en que habitan, entre otras.

El segundo concepto es jóvenes, ya que nuestro interés es identificar las percepciones de ellos en materia de seguridad urbana. Desde los estudios adelantados por la

investigadora mexicana Rossana Reguillo, se aborda el concepto juventud como modelo transmisor de unos códigos específicos, que puestos en el espacio infieren cambios. La juventud se constituye en el segmento de la población que más fácilmente se inserta en el ritmo de los tiempos. Los jóvenes en la ciudad iniciaron transformaciones importantes, de la mano de sus sensibilidades y percepciones, dándole paso a la conformación de múltiples culturas urbanas.

El tercer concepto es el de percepciones urbanas, que se explica desde la visión del urbanista y escritor estadounidense, Kevin Lynch, quien infiere en su tesis que toda ciudad tiene una imagen pública que resulta de la superposición de muchas imágenes individuales, que son las acciones, intervenciones y vivencias de quienes habitan el espacio. Todas ellas, sumadas o mezcladas, dan origen a las imágenes colectivas, necesarias para que cada ambiente adquiera un significado o varios. De acuerdo con Lynch, desde el empirismo observamos la ciudad, el lugar, correlacionamos esa explicación con las imágenes de la memoria, de los recuerdos, de los sentimientos, creamos unos significados que expuestos son las percepciones que todos comenzamos a tener del ambiente. Se refiere entonces a que las percepciones urbanas son esas sensaciones que se producen a partir de lo que apropiamos nuestros sentidos de los espacios de la ciudad.

A partir de esta exploración amplia se identifica un problema notorio en la ciudad de Montería, objeto de estudio, en la que los espacios han ido sufriendo transformaciones sin que necesariamente se incluyan en ellos, en igualdad de condiciones, todos los actores de la sociedad. Los jóvenes, que es el grupo que nos interesa para la presente investigación, ha quedado escindido, ha sido inconsulto en la construcción de políticas públicas, lo cual no le ha impedido que a motu proprio se haya ido apropiado de espacios en los que hoy quedan expuestas sus necesidades.

Los jóvenes de Montería son entonces una fuente primaria y básica de información para interpretar los cambios de esta ciudad y lo que viene sucediendo en ella en materia de seguridad urbana, que es el fin principal de esta investigación.

Lo que les ha tocado vivir a los jóvenes desde su condición, algunas veces como víctimas de violencia, otras como actores ignorados u otras como moldeadores de espacios de acuerdo al uso cotidiano que le dan, determinan lo que vive y sufre esta ciudad emergente. Es así como desde las percepciones de los jóvenes, hombres y mujeres, se pueden identificar claramente las características de esos espacios, la seguridad o inseguridad que representan, las diferencias que plantean en cuanto al uso de acuerdo al género, clases sociales, las complejidades que sugieren y las limitaciones que sustentan.

Los jóvenes de Montería reflejaron en el estudio sus percepciones sobre los sitios seguros, los lugares que les representan miedos, las fronteras invisibles que sugieren riesgos. Es así como se permite concluir tras los mecanismos de encuesta y grupos focales a jóvenes de los diversos estratos (6) de la ciudad y de los tres niveles (alto, medio y bajo), de manera más puntual, que las calles de la capital cordobesa son inseguras, que los espacios para compartir, interactuar, socializar, son limitados a lugares específicos y contados; que las mujeres se sienten inseguras en los sitios públicos y acceden a ellos siempre y cuando vayan acompañadas. Perciben a Montería como una ciudad que no está teniendo en cuenta a una comunidad amplia, la juventud, para propiciar seguridad urbana a partir de la construcción de espacios físicos realmente para todos.

CAPÍTULO 1

DESCRIPCIÓN DEL PROYECTO

1.1. Planteamiento del problema

Los gobernantes de la Montería actual, ciudad que intenta emerger en el contexto del Caribe colombiano, han dejado de lado el análisis de las percepciones de seguridad que tienen los ciudadanos y lo que ello puede significar para ese proceso de crecimiento. Ahora bien, la inseguridad en esta ciudad, en gran medida, proviene de las diferencias sociales que tuvieron su origen en la violencia presente históricamente en este territorio.

El proceso de urbanización de varias ciudades intermedias en Colombia, entre ellas Montería, no fue producto de la modernización o de la industrialización. En el país la violencia se desplaza en el espacio y el tiempo desde 1946, y ha sido factor determinante para la migración de campesinos a la ciudad. En los años 70 el movimiento campesino fue el detonante de un proceso de politización generalizado y los conflictos se desplazaron a los centros urbanos. En la década de los 80, los actores violentos que hicieron salir a los campesinos de sus territorios en Córdoba y en el Urabá, conformaron las Autodefensas Campesinas. (Reyes, 2009: 86)

Estos ejércitos de la muerte llegaron a los barrios de la ciudad a cumplir varios objetivos: amenazar a todo aquel que se identificara con la ‘izquierda’ y a reclutar jóvenes para la guerra.

De esta manera, la avalancha de refugiados desbordó la capacidad de absorción poblacional (Reyes: 2009, 28). Este desaforado aumento poblacional producto de un desplazamiento motivado por la violencia, se concentró en la periferia de las ciudades, como el caso de Montería, capital del departamento de Córdoba, ciudad intermedia ubicada

al norte del Caribe Colombiano, con una población de 422.175 habitantes según la proyección para el 2012 hecha por el Departamento Nacional de Estadísticas (Dane). El arribo de tantos desplazados en la década de los años 80, disparó las necesidades básicas insatisfechas y la pobreza en la ciudad, y a partir de ese momento se comenzó a observar en las calles una nueva dinámica por la supervivencia, en la que hombres y mujeres del campo, ahora de la urbe, luchaban y lo siguen haciendo por la apropiación del espacio y por lograr el reconocimiento y la inclusión, en medio de quienes ya habitaban la ciudad y tenían sus propios entramados.

Pese a todo lo anterior, no había en la ciudad medición de estos hechos y su influencia en la determinación de las percepciones de seguridad ciudadana. Debieron transcurrir dos décadas para apelar inicialmente a los estudios estadísticos criminales, que entre los años 2004 y 2011 fueron consolidados en informes periódicos del Observatorio del Delito, un programa de la Gobernación de Córdoba que analizaba al departamento municipio por municipio.

Los hechos descritos contribuyeron de manera determinante a la transformación del espacio público en las grandes y pequeñas urbes, en este último caso Montería. Emerge en la ciudad un nuevo habitante que hereda la historia de la violencia del campo vivida por sus padres, al tiempo que las lecciones de lucha por habitar, existir, ser ciudadano y socializar. Ese nuevo habitante se encuentra con el otro y coexisten, trasladándose entre ellos temores y percepciones; intercambian las narrativas de sus miedos, frustraciones, anhelos; al tiempo que las sensaciones de lo que quieren para su entorno, para su ciudad. Se levanta un monteriano para quien el elemento seguridad determina en gran medida su modo de vida.

Se es testigo de este devenir, ya que diariamente se observa a los jóvenes llegar del campo con la maleta de sueños, a levantarse en medio de los que ya están, que los reciben y

les muestran su territorio, el que van a compartir para hacer de él un espacio público pluricultural, con sus particularidades y propiedades. Y lo primero que se produce en ese intercambio es información sobre a dónde deben ir y a dónde no. Qué sitio es seguro, qué sitio es peligroso. Cuáles lugares propician el encuentro con el delito y cuáles con la tranquilidad. En resumen, un intercambio de percepciones.

Los jóvenes, hombres y mujeres, atendiendo a sus diferencias, ocupan la Montería múltiple en tanto espacio recorrido, representado y disputado. Hombres y mujeres viven la ciudad en medio de violencia/miedo, entendiendo que la violencia se ejerce y se experimenta, y el miedo se siente. De esta manera, los habitantes de las ciudades se están privando de lugares, de encuentros fortuitos con el otro o con lo desconocido y por ende se está contribuyendo a la conformación de micro-territorios que crean la ilusión de protección, porque supuestamente en ellos no hay violencia/miedo, cuando en la realidad lo que se está reduciendo es la vida urbana misma, como lo explica la profesora investigadora Alicia Lindón en texto Violencia/ miedo, espacialidades y ciudad. En Montería ello es fácilmente observable cuando sitios para el disfrute de la naturaleza y para mirar la ciudad, como Sierra Chiquita (sur), fue invadido por desplazados de escasos recursos y ocupado en otro punto por la Brigada XI del Ejército, que construyó allí su unidad militar, prohibiéndole el paso a la guerrilla y a los paramilitares de la zona rural e imposibilitándole el libre paso a los ciudadanos. Paradójicamente el sitio muestra dos imágenes. Por un lado es inseguro debido al hacinamiento en que viven sus pobladores y por el otro es tan seguro, que justamente se le impide el libre acceso al ciudadano para que no perturbe la tranquilidad y el control que en un sector de él reina gracias a la presencia militar. Las dos situaciones se presentan en un sitio considerado reserva ambiental y forestal de Montería.

Ahora bien, el territorio es el lugar donde pasan cosas, dijo en varias de sus obras literarias el escritor Franz Kafka. En el territorio de Montería, en la capital cordobesa, ocurren hechos protagonizados por hombres y mujeres que derivan en la percepción o sensación de inseguridad en mayor o menor grado, lo cual infiere dibujar en sus pensamientos las cartografías del miedo. Así las cosas, figuran “procesos simbólicos mediante los cuales los actores entienden ‘su’ ciudad, la nombran, se la apropian, la transforman, la segmentan, en una palabra la construyen simbólicamente para exorcizar el peligro, reducir la incertidumbre y dotar de sentido al conjunto de sus prácticas” (Reguillo, 1999: 471). Ejemplo de ello son las fronteras invisibles que crean en los barrios del sur de Montería las pandillas juveniles, que por defender sus intereses y territorios detienen, según ellas, el paso de lo malo, no asumiendo que sus conductas violentas también están incrementando la sensación o percepción de inseguridad entre sus habitantes. En todo caso, hombres y mujeres moldean el espacio público de acuerdo a sus percepciones y necesidades, validando con ello la teoría de que solo existe el espacio público en tanto es usado, porque el espacio público no es un lugar, es un tener lugar, según el concepto del investigador Manuel Delgado.

Los jóvenes en Montería, hombres y mujeres, también se han levantado en medio de las ilógicas del silencio que ha primado en la ciudad, y han intentado romper esos círculos de poder que los limita en la acción porque no tienen la edad del adulto para opinar.

En el espacio público se socializan todas esas percepciones de seguridad, trazando una cartografía del miedo y por ende en el uso de la ciudad, lo cual hace que algunas zonas figuren como puntos rojos, neurálgicas a la violencia, riesgosas para la vida, para el encuentro y para el compartir y otras se van abriendo, emergen en el nuevo contexto de las posibilidades, las libertades y la acción.

Las políticas públicas de seguridad en la ciudad se asumen más desde el control por lo que está destruido y se intenta recomponer, que desde la prevención. Y se asume que no se hace por el desconocimiento que implica aplicar asuntos como estudios de victimización, el trabajo comunitario con los jóvenes, o el entendimiento de que una ciudad no la definen sus construcciones, sino sus ciudadanos, y ellos lo son en tanto están en la urbe determinando el espacio público, incluso desde sus percepciones, por lo tanto amerita una investigación que dé cuenta del imaginario social frente a la seguridad urbana en Montería.

Frente al problema planteado se hace necesario formular los siguientes interrogantes:

1.2. Formulación del problema

¿Cuáles son las percepciones de seguridad urbana que tienen hombres y mujeres entre 14 y 26 años en Montería?

1.3. Preguntas problema

¿Qué características presentan los espacios que hombres y mujeres entre 14 y 26 años consideran como seguros e inseguros en Montería, Córdoba?

¿Cuáles son las diferencias de género en la percepción de seguridad urbana entre hombres y mujeres entre 14 y 26 años en Montería?

¿Cómo influyen las percepciones de seguridad urbana en el uso del espacio público en la población objeto de estudio en Montería?

1.4. Objetivos

1.4.1. Objetivo general

Identificar y analizar las percepciones de seguridad urbana de hombres y mujeres entre 14 y 26 años en Montería, Córdoba.

1.4.2. Objetivos específicos

- Describir las características de los espacios que hombres y mujeres entre 14 y 26 años en Montería, Córdoba consideran como seguros e inseguros.
- Establecer las diferencias de género en la percepción de seguridad urbana entre hombres y mujeres entre 14 y 26 años en Montería, Córdoba.
- Describir cómo las percepciones de los jóvenes sobre la seguridad en la ciudad inciden el uso del espacio público en Montería, Córdoba.

1.5. Justificación

La seguridad es un derecho de todos y los hallazgos de este trabajo exploran las percepciones de los jóvenes con el propósito de animar, a futuro, el diseño de estrategias que fomenten la seguridad, la solidaridad, el respeto, y que contribuyan al mejoramiento del entorno regional para una mejor calidad de vida de hombres y mujeres en Montería. Los jóvenes, así como perciben, comienzan a exigir, y lo han expuesto en la elección de los dos últimos alcaldes, Marcos Daniel Pineda García (2008-2011) y Carlos Eduardo Correa (2012-2015) figuras jóvenes, semejantes a ellos, en las que cifraron las esperanzas para que los escenarios cambien a su favor.

Cobra mayor importancia ésta investigación en una ciudad intermedia, donde todavía estamos a tiempo de no sentirnos totalmente angustiados entre desconocidos, como sucede en las grandes ciudades americanas.¹

La construcción de políticas de seguridad en las ciudades no ha sido una constante en el país, pese a que se viven climas complejos de insolidaridad e indiferencia históricamente marcados por la violencia. Los índices criminales se han disparado en diferentes épocas, abofeteando a la sociedad sobre lo difícil e inseguro que es el país. De la violencia política pasamos a las guerrillas del campo, que poco a poco fueron penetrando los centros urbanos e instalándose en universidades. Posteriormente el narcotráfico y sus tentáculos del terror les dieron vida a los ejércitos de derecha que fueron llamados Autodefensas o paramilitares. Esa mezcla dio origen a las bandas criminales que operan hoy y que se enquistaron en las urbes y en lo micro de sus sectores, para incentivar la cultura de la violencia hasta en la conformación de pandillas dedicadas al microtráfico, las cuales trazan fronteras invisibles en los barrios de Montería, que dibujan la cartografía del miedo en las ciudades. Estas situaciones guardan una conexión estrecha con los actores violentos, que terminan ‘vendiendo’ el modelo de la fuerza que aplasta y controla al que no se quiere someter. De esta manera figuran los pasquines que hablan de los territorios vedados, de los horarios para circular y de los espacios posibles para habitar.

Se ha sido testigo de esas situaciones y de alguna manera los jóvenes de Montería han alimentado esa violencia exacerbada en una espiral sin fin.

Hombres y mujeres jóvenes se han levantado en un escenario difícil y desde sus complejidades coexisten y habitan las comunas, los barrios, la periferia, el centro, los

¹ Concepto de Janes Jacobs contenido en su libro *La vida y la muerte de las grandes ciudades*, 1973.

múltiples espacios de la ciudad, a los cuales les ponen su marca de lo público. Y allí siguen avanzando determinando con sus percepciones a esta ciudad, que no solo se enmarca en la violencia de las armas y de las drogas, también de la violencia intrafamiliar, de la inequidad de género, de la violencia sexual, de la pobreza, la falta de educación y del desempleo.

Los jóvenes, hombres y mujeres, influyen en el uso del espacio público de formas tan diversas, que traducen una serie de situaciones con sus tendencias muy marcadas en la ciudad. Por ejemplo, el Pasaje del Sol, en Montería (zona norte), es la vitrina en la que ellos muestran lo mejor que tienen de su parte física, exhiben su tranquilidad libertaria, sus sonrisas, su seguridad, su vitalidad. Pero una vez cruzan la Avenida Circunvalar y se encuentran en un sector un tanto oscuro, profundizan en su vulnerabilidad, en su limitación, en su miedo, dejando expuesta la continua percepción de que la ciudad para ellos es insegura en algunos puntos. ¿Cómo lo manifiestan? ¿Dejando de usar algunos espacios? ¿Cuáles son las características de esos espacios? ¿Construyen nuevas oralidades en las que proliferan el temor o en el mejor de los casos el excesivo cuidado? Realidades que sin duda merecen conocerse y describirse.

En la capital cordobesa, específicamente en la Secretaría de Planeación Municipal no hay estudios que hayan observado, analizado y concluido sobre la percepción ciudadana en materia de seguridad. Lo máximo que se ha avanzado es en el conteo de víctimas, ni siquiera se lleva una estadística actualizada sobre dichas representaciones y su influencia en el espacio público, lo cual permita generar una lectura confiable.

Es más, pareciera existir un divorcio con los jóvenes pese a que hay una Oficina de la Juventud en el Municipio de Montería, que dice encargarse de estos temas en el papel, más no en la realidad. De los jóvenes, de lo que les representa riesgo, peligro inminente para su desarrollo y crecimiento, muy poco se ocupan los estamentos gubernamentales,

luego la necesidad urgente por construir una ciudad incluyente que asuma estas percepciones como un gran indicador que propicie el cambio y el encuentro con la población objeto de estudio, es fundamental. Más interesante aún será que esas políticas contemplen la percepción a partir de la diferencia de género y de cómo justamente esto último determina el uso del espacio público, para ir ampliando el espectro apoyando otros usos, promocionando la escucha y abriendo los canales de comunicación entre unos y otros.

Los gobernantes han preferido aislarse en la repetición de modelos que tan solo parecieran buscar el concurso de los jóvenes o del género cuando quieren obtener algo a cambio, como los sufragios en temporadas electorales. Hombres y mujeres jóvenes, por su parte, se atrincheran en sus espacios y los multiplican hacia lo público con la lentitud que apenas permite el sistema, pero al final deciden hacerlo, lo dejan ver y ello puede medirse, lo cual infiere resultados usables. De esta forma, los jóvenes -casi siempre- marginados de la construcción de las políticas de seguridad, sumarían muy bien a la construcción de ellas en tanto fuesen evaluadas y tenidas en cuenta sus percepciones. Ellos de alguna forma sistemática vienen cambiando la ciudad cuando se apropian, por ejemplo, del parque Ronda del Sinú, ubicado en el centro de Montería, a orilla del río Sinú, y le imprimen el dinamismo y la diversidad de las tribus urbanas a una esquina en específico ubicada sobre la calle 27. Curiosamente el lenguaje de los hombres y mujeres apunta a connotar en ese marco de las diferencias, el mundo de oportunidades. Así, mientras las autoridades hablan de “tomas a la ciudad”, los jóvenes hablan de apropiación para “hacer el espacio verdaderamente público”.

Pero hay de todo en esta realidad; un desconocimiento de lo que sienten hombres y mujeres. No es claro si los primeros se imponen, perciben lo peligroso con valor, o si las mujeres con miedo. Amerita investigar si los hombres muchas veces son sujetos que

promueven la violencia y si las mujeres son objeto de la misma. O si los hombres se imponen en el espacio y las mujeres se reencuentran con él en una especie de pacto con la oportunidad que proporciona la equidad. Por ello resulta muy interesante el estudio, en tanto permite identificar cuáles son esas manifestaciones en Montería, cómo determinan la ciudad, cómo la representan, la fragmentan y la sustentan. Desde las expresiones de las personas objeto de estudio, el lenguaje empleado, la comunicación transmitida y el trasladarse por diversos lugares de una forma u otra, apelando a la descripción, se pueden reorientar muchos asuntos que desembocan en la participación democrática y en el valor de la igualdad por encima de la vulnerabilidad de unos y otros.

Por ser esta una ciudad intermedia que intenta emerger en el contexto del Caribe, el tema resulta pertinente y esta investigación académica tiene un gran valor como fuente para la construcción de políticas públicas en materia de seguridad, ya que se situó en la ciudad de las sinergias entre hombres y mujeres, pero ante todo de las diferencias. No es correcto seguir conceptualizando políticas de seguridad desde el histórico que desconoce las diferencias entre géneros y peor aún, que no ausculta en las percepciones de las personas, el presente y el futuro, como fuente primaria de información.

CAPÍTULO 2

MARCO TEÓRICO

2.1. La ciudad

La pertinencia del concepto ciudad en los actuales tiempos cobra importancia en tanto se construyen procesos de desarrollo social inclusivos. No es ciudad un espacio en sí mismo, es un espacio transformado por el hombre para el hombre. Pero para llegar a eso hubo la necesidad de múltiples análisis en el tiempo.

La historia ha repasado conceptos de ciudad que van desde “área urbana determinada por la industria y los servicios”, hasta “entidad político administrativa y conglomerados urbanos con entidades de capitalidad”. El Diccionario de la Academia Francesa, en la edición de 1694 hasta 1835, definió la ciudad como “la reunión de muchas casas dispuestas en calles y encerradas dentro de un recinto común que suele ser de muros y fosos”; El Diccionario de la Lengua Española (de la RAE) define a la ciudad como un "conjunto de edificios y calles, regidos por un ayuntamiento, cuya población densa y numerosa se dedica por lo común, a actividades no agrícolas".

Hasta este punto ciudad se observa como espacio físico, como recinto en el que la sociedad está asociada a explotación y a Estado. El eje es el conglomerado de casas cuyo fin esencial es la producción de servicios, por ende de trabajo.

A través de un recorrido histórico del término los teóricos no se han logrado poner de acuerdo en torno a los significados de ciudad y sus incidencias. Un repaso al término hecho por este investigador, muestra la asociación de la palabra a épocas específicas: se habla de la “ciudad antigua”, de la "ciudad medieval", de la "ciudad moderna", o de la

"ciudad postmoderna"². El concepto se sigue viendo desde lo material, desde las transformaciones físicas.

La historia explica desde su lógica las variaciones conceptuales de ciudad al tiempo que el surgimiento de nuevos elementos como el urbanismo, que complejizan el significado, lo amplían y lo explican:

...Sobre la base de la correspondencia entre ciudad y urbanismo y con el desarrollo de las formulaciones de Morgan, Engels y Marx, surgió un concepto que ha llegado a cobrar un gran protagonismo y que ha situado en la "prehistoria" el marco de los orígenes de la ciudad: la "Revolución Urbana". Con este concepto, el arqueólogo australiano V. G. Childe creó una teoría sobre los orígenes de la ciudad, el Estado y las clases sociales, otorgándoles una expresión arqueológica, el urbanismo. (Castro, 2003).

Es pertinente dejar en claro que esa revolución urbana no es más que los diferentes momentos históricos en que las ciudades nacieron o se expandieron; es el momento en que aparecieron las primeras ciudades hace unos 6 mil años, lo cual marca el fin de la prehistoria y el principio de la historia. A partir de la aparición de las primeras ciudades emerge el concepto de lo urbano, como un potenciador de la interacción entre las personas, lo cual propicia las condiciones para la comunicación.

En ese orden de ideas es pertinente abordar ciudad desde la teoría de producción del espacio de Henri Lefebvre, lo cual implica avanzar un poco más en el tiempo, para comprender los indicios que llevaron a este filósofo y geógrafo francés a romper esquemas, ya que no aborda solo lo material y lo que construye los sistemas económicos en la Ciudad, si no lo cambiante de eso material por el hombre y para el hombre, debido a que es él quien

²Concepto de Pedro Castro Martínez contenido en su documento *¿Qué es una ciudad? Aportaciones para su definición desde la prehistoria*, publicado en 2003.

habita las ciudad y se impone. El urbanismo tiene un carácter social, sirve a intereses de grupos y personas, satisface ciertas necesidades, explica Lefebvre en 1972 en sus nociones sobre *La Revolución Urbana*.

Los aportes filosóficos de Lefebvre durante el siglo XX fueron decisivos para comprender que el hombre y los arquitectos en sí deben estar supeditados a entender que desde la cotidianidad, se crea espacio, se produce espacio en la ciudad, pero entendiendo que este no es un objeto científico separado de la ideología o de la política. Este espacio es el público y es el que los seres humanos le aportan a las ciudades como esencia cambiante de vida.

Precisa Lefebvre que “El espacio ha sido formado y modelado por elementos históricos y naturales; pero esto ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto literariamente lleno de ideologías” (Lefebvre, 1974: 19). De esta forma El objeto de estudio del filósofo es el proceso de la producción del espacio, no el espacio en sí mismo. El de la producción del espacio en la ciudad.

¿Qué es entonces una ciudad sin sus contrastes urbanos filosóficamente creados por seres eminentemente políticos? Y esos contrastes urbanos suponen varios elementos, el primero de ellos, una ciudad no es sino la sumatoria de sus flujos, de sus movimientos. Pasamos de ciudad estática o estable, a ciudad en movimiento –la que se mueve debido a quienes la habitan- esos son los llamados espacios urbanos regidos por una especie de planificación espacial.

La esencia planteada por Lefebvre, marxista, se explica desde los contrastes que expone el sistema capitalista enfrentando al socialista. El capitalista lo intenta imponer todo e intenta dominarlo todo. El socialista tiende a dejar hacer. Ambos sistemas se ven

supeditados por los flujos, el asunto es que el capitalista no los concebía. El capitalista solo advierte los flujos económicos, que imponen las formas y/o las transformaciones físicas.

Un ejemplo que explica lo anterior es cómo se han transformado en las ciudades los espacios naturales por unos de ocio, como las playas y sus construcciones vacacionales, en donde la cultura dominante del capitalismo dirigió sus flujos a la producción de un nuevo espacio. Pero advierte el filósofo que aún así ese espacio, en últimas, es transformado por el hombre, quien le imprime sus cotidianidades y por ende lo moldea a sus necesidades. Nada es estático tan solo porque el capitalismo lo quiera mantener dentro de su control. El urbanismo por tanto no lo es. Lo urbano por lo urbano es lo que se hace en ese espacio físico, es un proceso de intervención del hombre, él es quien lo hace público y ese espacio cuando está vacío, tan solo es espacio.

La conceptualización de Lefebvre lleva a reflexionar sobre las relaciones de poder, las relaciones dominantes entre hombres y mujeres en medio del sistema, que a pesar de que imponen modelos, les toca admitir casi que por obligación, la presencia y la intromisión de los flujos. Ciudad es entonces ese espacio en el que confluyen los sistemas o modelos económicos de producción, transformados por el hombre y sus necesidades espaciales.

La ciudad es una unidad territorial clave de la organización económica, política y administración, la cual crece en razón de la población, debido a las migraciones internas o externas, es decir que es relevante considerar que hay ciudad en tanto el hombre actúa y transforma.

2.2. Ciudad, “Sucesión de capas”

Henri Lefebvre ha sido el inspirador de muchos investigadores que han estudiado el urbanismo y sus complejidades, desde el entendimiento del espacio dominado y el dominante. Y justamente por considerar que no existe nada totalmente quieto e inmodificable, amarrado a un sistema económico, es que el concepto ciudad avanza en sus composiciones, hasta llegar al concepto de “sucesión de capas” , como si se tratara finalmente de una misma, tal cual lo aporta Carlos García Vázquez en su libro *Ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*.

El nombre del texto es sumamente apropiado, si se tiene en cuenta que el hombre vive desde hace más de tres siglos un proceso acelerado de transformaciones llamadas: modernización, postmodernismo, industrialización, postindustrialización, globalización, con las revoluciones que cada una de ellas implica. En cada una de estas transformaciones los términos ciudad, lugar, espacio, habitar, urbanismo, figuran con una fuerza extrema porque al final de cuentas ninguna de esas transformaciones serían posibles sin el hombre, por el hombre y para el hombre.

Y esas transformaciones fueron advertidas por Henri Lefebvre en 1968, cuando escribe su obra maestra *El derecho a la ciudad*, que es un análisis detallado de lo que sucede a partir del capitalismo, tiempo durante el cual se desconoce el humanismo presente en las ciudades, tan solo adscritas a la producción, al mercantilismo. Cuando se registra la revolución industrial, se concluye que el concepto de lo material en el capitalismo no es estático ni mucho menos neutro, y que las ciudades comenzaban a afrontar desequilibrios porque las riquezas no se distribuían de forma homogénea o equitativa. La inserción de todos estos cambios, es para decir que los tiempos ‘históricos’ movieron los conceptos de

ciudad hasta llegar a constructos más contemporáneos, y a visiones más cercanas al hombre.

Retornando a García Vásquez, es pertinente comprender que la ciudad no es sino una sucesión de capas, lo más parecido a un hojaldre. Lo logra en la medida en que retoma desde los estudios de Françoise Choay, pionera del pensamiento urbanístico, pues ella establece dos modelos que nacen en el siglo XIX, para explicar el urbanismo como respuesta a la incipiente sociedad industrial: el progresista y el culturalista. Para Choay la sociedad industrial es urbana. La Ciudad es su horizonte³. García Vásquez, entonces, amalgama los diversos estudios sobre Ciudad, para explicar las diversas visiones urbanas desde el mundo contemporáneo: la visión culturalista de la ciudad, la sociológica, la organicista y la tecnológica.

Fueron fundamentales, para ello, las teorías de autores de la segunda mitad del siglo XIX y de la década de 1960, y allí se ubica Henri Lefebvre y el geógrafo estadounidense Edward Soja, entre muchos otros, quienes permiten comprender cómo afronta la cultura urbanística el nuevo siglo, cuáles son sus instrumentos y sus carencias, sus certezas y sus preocupaciones.

Explica Carlos García Vásquez que se deben estudiar las ciudades no solo como “modelos”, también como “visiones urbanas”. “Las visiones urbanas nos remiten a formas de mirar; es decir, no tanto a cómo es la ciudad, sino a qué nos interesa de ella, cómo la filtramos, como la proyectamos y cómo nos proyectamos sobre la misma” (García, 2004: 2). Esta condición de análisis planteada por García también lleva inmersa la importancia de los cuerpos como formas dentro del espacio.

³Mención de García Vásquez contenida en el libro *Ciudad Hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*, publicado en 2004.

De esta manera se observa que el desarrollo histórico sobre la conceptualización de ciudad, fue avanzando de lo físico a lo social muy lentamente, incorporando el urbanismo como constructo social. El término urbanismo es entonces una expresión de la ciudad, pero no solo se trata de una expresión enmarcada en los aspectos físicos. Los expertos aseguran que el estudio del urbanismo requiere un conocimiento multidisciplinar y criterios no solo estéticos, simbólicos o funcionales. Ha de tener también en cuenta algunos factores geográficos, históricos y económicos y otros de carácter legislativo, técnico o sociológico.

Llegado este punto, García Vásquez relaciona cuáles son esas capas de ciudades superpuestas, que pueden llevar a considerar que el paso de la historia tan solo nos ha confirmado que el hombre se incluye, construye, se apropia de los espacios y los transforma de acuerdo a sus necesidades, por tanto ciudad es al hombre y el hombre a ella:

- La ciudad de la disciplina: Cuando en 1960 se cimentan las bases del pensamiento urbano, el cual hace emerger la visión culturalista de las ciudades.
- La ciudad planificada: Cuando se transforma a la realidad las teorías urbanas del movimiento moderno.
- La ciudad poshistórica: Cuando la ciudad está estrechamente ligada a la historia y al paso de la misma.
- La ciudad global: Cuando irrumpen las tecnologías de la información que producen una reestructuración económica en el proceso urbano regional.
- La ciudad dual: En la que confluyen el desenmascaramiento de la superestructura capitalista y la denuncia de las injusticias. Surge entonces la desigualdad en la ciudad contemporánea. La ciudad del hombre, la ciudad de la mujer.

- La ciudad del espectáculo: La sexta capa de la ciudad hojaldre ha sido creada y dirigida por la moderna industria del ocio, la cultura y el consumo.
- La ciudad sostenible: En la que se hace presente con fuerza el concepto del agotamiento de los recursos naturales
- La ciudad como naturaleza: La que busca legitimizar su desarrollo en medio de un orden superior, insertando este orden masivamente en la ciudad.
- La ciudad de los cuerpos. Cuando la ciudad se proyecta en el cuerpo, tanto de seres humanos como de animales. Y de cómo estos cuerpos, cuando se agrupan, generan espacios propios, con características propias. Es decir que las formas corporales sirven de referencia a la ciudad.
- La ciudad vivida: Que es la ciudad de las sensaciones, de los deseos, de la memoria.
- La ciberciudad: Donde cobran fuerza las tecnologías de la información y el ciberespacio.
- La ciudad chip: En lo que se convierten los espacios, tras la intervención de las nuevas tecnologías.

2.3. La ciudad “vivida”

Habitar la ciudad es un derecho, no solo espacial, de tal forma que los sentidos corporales son decisivos para comprender el entorno; si no social, cuando integramos todas las sensaciones y percepciones con las de quienes nos rodean.

Así las cosas, estamos hablando de integrar cuerpo, emociones, ciudad y espacialidad, con el objetivo de superar al hombre como ser individual. Podemos decir que

asumimos aquel planteamiento de Godelier (1989)⁴: la realidad no sólo es lo material, sino también lo ideal que está intrínsecamente unido a lo material. Y al hablar de lo ideal, debemos referirnos a las emociones y percepciones que ponemos de presente en la construcción de ciudad.

Antonio Zárate Martín teoriza que “la ciudad puede definirse no solo como un hecho objetivo, sino fundamentalmente como un espacio vivido, sentido, valorado y percibido de forma diferente por los individuos, a través de representaciones individuales y colectivas”. (Zárate, 2002: 175)

Es entonces ciudad el resultado de una sinergia bien planteada entre el espacio físico que se moldea y se impregna de lo social, pero esto último solo es posible cuando quienes la habitamos nos apropiamos de los lugares y más que ello lo hacemos a partir de nuestras sensaciones, percepciones, vivencias e imaginarios. Las ciudades no son entonces el conjunto de casas, son el conjunto de personas que no solo la habitan y la trabajan, si no que la viven, la hacen viva y la transforman continuamente.

Carlos García expone que las ciudades contemporáneas no están conformadas por la homogénea masa humana que inspiró la modernidad, sino por un conglomerado de razas, religiones, culturas y nacionalidades tremendamente diverso. Por tanto, se puede inferir que la ciudad es un espacio resultado de lo vivido, también, por las minorías. De hecho, a partir de la década del 90 se han realizado numerosos estudios sobre el papel que juegan por ejemplo las minorías o el género en la ciudad, que han dado lugar a conceptos como “ciudad de los hombres y para los hombres”, “ciudad de los jóvenes” o “ciudad vivida por

⁴Concepto de Alicia Lindón contenido en el texto *Referencia en La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento*, publicado en la revista *Cuerpos, emociones y sociedad* en 2009.

las mujeres”. A lo que nos llevan los investigadores es a comprender que la ciudad es una sumatoria de las divergencias, por ende se le puede denominar “ciudad de los diferentes”.

La ciudad es un lugar, es un espacio privilegiado porque en él confluyen seres dispuestos a la interacción, al diálogo, al intercambio de información, a la construcción de ciudadanía; todo ello en medio de climas de heterogeneidad. La ciudad no es un lugar estático, es dinámico, por tanto adquiere dimensiones desde todas las ópticas que en ella gravitan, en donde lo colectivo y lo personal tienen igual valía.

Y es importante precisar que el concepto de ciudadanía se expone desde el reconocimiento social y jurídico del hombre, que tiene derechos y deberes porque sencillamente pertenece a una comunidad con base territorial y cultural.

Julio Borja, geógrafo urbanista, en el Foro Internacional sobre Espacio Público y Ciudad realizado en Bogotá en 2005, no pudo haberlo dicho de manera más clara al explicar la relación ciudad/urbanismo desde lo contemporáneo, en donde al incluir la palabra ‘crear’, involucra al hombre: “El mejor urbanismo es aquel que crea espacios de intercambio”(Campo, Mockus y Borja, 2005: 38). En estos espacios de intercambio (ciudad) los seres humanos “son”, “existen” en la diferencia, en las múltiples imágenes que forman de lo que los rodean y por ende de cómo se apropian de los espacios. Los seres humanos trascendieron en la producción del espacio a producir el espacio, como lo dijo Lefebvre 50 años atrás.

La ciudad vivida es por tanto una ciudad en donde el sujeto actúa, pero no solo dentro de sí mismo, en su interior, si no mediante las prácticas colectivas. En esas prácticas colectivas intervienen los hombres y las mujeres (niños, jóvenes y adultos) con sus complejidades y universos sensoriales diversos. Cada uno de ellos asume el derecho a la

ciudad de formas distintas, debido a innumerables factores como el género, la edad, el estrato socioeconómico en que habitan, entre otras.

2.4. Derecho a la ciudad

El concepto “derecho a la ciudad” ha mostrado a través de la historia diferentes desarrollos, el filósofo francés Henri Lefebvre puso en boga la frase en 1968. Vale la pena destacar, con igual importancia, los aportes de las organizaciones sociales latinoamericanas de los años 80, y las conclusiones dadas por las Conferencias Globales de las Naciones Unidas de la década del 90 –Agenda 21; Agenda Hábitat: Hábitat II, Estambul, 1996– y el Foro Social Mundial que dio como resultado la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad.

La aproximación a este derecho, planteado por Lefebvre es de una relevancia conocida por innumerables investigadores, que se adentraron al corpus doctrinario propuesto por el filósofo a partir de lo que representa el espacio o lo que es ciudad/espacio:

...En las últimas décadas, geógrafos y otros científicos sociales han insistido en la necesidad de incorporar el espacio en la explicación de los fenómenos sociales. Donde las raíces de esta interpretación pueden hallarse de manera más clara y explícita es en el marxismo francés y, más particularmente, en las contribuciones de Henri Lefebvre (Núñez, 2009: 37).

El uso de la ciudad está determinado por el espacio y el espacio es un derecho de todos, porque sencillamente todos lo hacemos posible. En ese espacio confluyen una serie de necesidades, que descritas por Lefebvre en su texto *El derecho a la ciudad*, se identifican como:

- Necesidades sociales inherentes a la sociedad urbana, marcadas por la sociedad de consumo. Algunas de ellas la necesidad de seguridad, de organización del trabajo, del aislamiento, de la independencia o de la comunidad.
- Necesidades de actividad creadora, que permite que el hombre tenga la información, desarrolle la imaginación y desencadene una serie de actividades lúdicas.
- Necesidad de ciudad y vida urbana, que propiamente plantea lo imprescindible que resulta construir lugares cualificados, propicios para el encuentro y en donde el ser humano se apropia del cambio.

En ese orden de ideas el ser humano ha dejado de ser un observador, desde que “construyó” la ciudad no solo para habitarla como derecho inalienable, sino para “hacerla” como proceso social. El hombre de la producción industrial comenzó a trascender como hombre nuevo, bajo el concepto de humanismo, cuando observó, vivió y sintió que la ciudad que habitaba se había convertido en una mercancía al servicio exclusivo de los intereses de la acumulación de capital. Se forja un hombre distinto que hace la sociedad urbana.

De esta manera comenzaría a entenderse que el derecho a la ciudad comienza quizá cuando se le pone fin a la sociedad rural, allí surgiría la industrial y todo su modelo de producción, pero a la par, el reconocimiento de las necesidades del hombre lo lleva a interiorizar sobre su papel actuante, constructor:

... La sociedad urbana y lo humano como obra en esta sociedad que sería obra y no producto. O eso, o la superación del viejo “animal social” y del hombre de la ciudad

antigua, el animal urbano hacia el hombre urbano, polivalente, polisensorial, capaz de relaciones complejas y transparentes con el mundo... (Lefebvre, 1978: 126).

Esas relaciones transparentes con el mundo son las que llevan al hombre de la ciudad, al ciudadano, a elaborar su propio sistema de significaciones que le permiten apropiarse de la ciudad, del espacio, del lugar. Logra entonces trascender en sus formas y comprender que no está en el lugar porque sí, que está en él porque lo hace posible ya que lo transforma; o sea que tiene derecho a él.

Sería lícito, considera Lefebvre, teorizar sobre el urbanismo como “habitar” (es decir lo humano). Y ese “habitar” implica “hacer” a partir de las necesidades descritas anteriormente y propiciar una revolución que es el derecho a la ciudad y una renovación urbana, que es la ciencia de la ciudad, la cual tiene necesidad de apoyo social y fuerzas políticas para operar. “Solo la fuerza social capaz de investirse en sí mismo en lo urbano en el curso de una larga experiencia política, puede asumir la realización del programa que imbrica a la sociedad urbana” (Lefebvre, 1978: 136).

Lefebvre luchaba de esta manera contra la deshumanización de la ciudad, por lo que en sus tesis rescata al hombre, al ser social, como eje central de la sociedad que él mismo había construido. La ciudad había sido tomada por el capital, por tanto había dejado de pertenecer a la gente, el filósofo francés lo que propuso fue que a través del derecho a la ciudad el hombre la rescatara, siendo él el principal protagonista, que comenzaría a trabajar para sus necesidades, porque él había hecho posible y había construido la ciudad.

La fuerza social está hecha de la sumatoria de individualidades y, a su vez, ellas están sustentadas en lo que vamos concibiendo como derechos. No estamos solos, pero necesitamos resolver nuestros asuntos individuales, que terminan siendo los de todos. El hombre da el salto de la prehistoria a la historia porque asume que la construcción de los

procesos solo tienen valor en medio de la masa, pero cuando está en ella se extrapola interiormente para imaginar qué fue lo que lo llevó a la revolución de lo urbano. Reconfirma que es un ser social, pero reafirma que no muere en lo individual, y que por tanto lo que desea es también lo mismo que desean otros. Es considerar que todos necesitamos lo mismo, por tanto todos tenemos derecho a esas mismas individualidades. Precisa Lefebvre:

En el seno de los efectos sociales debido a la presión de las masas, lo individual no muere y se afirma. Aparecen derechos; entran en costumbres o prescripciones más o menos seguidas de actos, y es ya sabido como estos “derechos” concretos vienen a concretar los derechos abstractos del hombre y el ciudadano inscritos en el frontal de los ficticios por la democracia en sus inicios revolucionarios (Lefebvre, 1978: 137).

Figuran de esta manera el derecho a la educación, a la cultura, al reposo, a la salud, a la naturaleza, al trabajo, al ser, al ocupar el espacio y más que eso a “hacer” el espacio, es decir, a construir ciudad. Jodi Borja, urbanista español, refrenda esto cuando define ciudad, como un espacio político en el que es incontrovertible la expresión de voluntades colectivas, bien sea para la hermandad o para el conflicto.

El texto de Lefebvre expone el derecho a la ciudad a partir del ejemplo del derecho a la naturaleza, cuando infiere que el hombre vuelve a ella con la nostalgia de lo que perdió a partir del fervor de las construcciones urbanas. El hombre le dio paso a la construcción de hermosas ciudades, hoy históricas, y ahora quiere reencontrarse con lo que dejó, porque tiene derecho a ello y porque considera que la naturaleza también hace parte de la ciudad. Vendrán otros conceptos más contemporáneos que infieren intervenciones a este espacio, con el ánimo de sumarlo o de introducirlo a la vida urbana. Esa “introducción” es en sí

misma un derecho, porque no es un simple “estar”. Reiteramos a partir del análisis de El derecho a la ciudad, que es un “hacer”. Lefebvre así lo conceptúa:

El derecho a la ciudad no puede concebirse como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales. Solo puede formularse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada. Poco importa que el tejido urbano encierre el campo y que subsiste de vida campesina con tal que “lo urbano”, lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, encuentre su base morfológica, su realización práctico-sensible (Lefebvre, 1978: 138).

A manera de conclusión en este punto del derecho a la ciudad, Henri Lefebvre hace una apuesta desde el análisis del espacio como fuerza productiva mediada por el hombre y para el hombre. Es él quien lo determina en tanto actúa. Es el hombre quien construye en tanto lo moldea de acuerdo a sus necesidades, y aun cuando sistemas como el capitalismo lo conducen a la productividad y lo alienan hacia el consumo y el mercantilismo, el hombre se sacude para reconocer que todo ello es posible gracias a su fuerza interior y a sus mismos deseos individuales. La ciudad, entonces, deja de ser un lugar pasivo, para ser un remolino de cambios, que manda al traste lo estático.

La tesis de Lefebvre lleva implícito que la producción del espacio en la ciudad, como derecho inalienable al ser humano, posibilita el crecimiento de las urbes. Se amplía la periferia de la ciudad con la llegada de más personas que buscan las oportunidades de empleo debido a la industrialización. Este crecimiento supone el fortalecimiento de conceptos como identidad cultural, espacio público, convivencia, intercambio de conocimientos y mucho más.

En palabras concretas, el derecho a la ciudad se construye en la medida en que más personas arriban a las ciudades, por tanto, la tendencia es al crecimiento de lo urbano por encima de lo rural. Así lo contempla la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad:

Iniciamos este nuevo milenio con la mitad de la población viviendo en ciudades. Según las previsiones, en el 2050 la tasa de urbanización en el mundo llegará a 65%. Las ciudades son, potencialmente, territorios con gran riqueza y diversidad económica, ambiental, política y cultural. El modo de vida urbano influye sobre el modo en que establecemos vínculos con nuestros semejantes y con el territorio (Carta mundial por el derecho a la ciudad, 2004 – 2005:1).

La Carta apunta a la preocupación por el incremento de la población en las urbes y lo que eso comienza a implicar, tanto en el cubrimiento de los derechos a los habitantes como en el cumplimiento de los deberes por parte de ellos mismos. Al enfocarse en los derechos, en la Carta se reconoce a la ciudad como ese espacio o lugar habitable en el que hombres y mujeres “son”, en medio de las diferencias y de las dificultades, y que están para construir su propio espacio. El derecho a la ciudad que se describe en el documento plantea los pilares fundamentales que posibilitan la vida en las urbes: equidad, justicia y acceso libre y democrático.

Sin embargo, los sistemas de productividad y modelos políticos que observamos en la mayoría de las Naciones del Mundo en la actualidad, nos muestran el fracaso para lograr la equidad. Por el contrario, en las ciudades se observa un claro desequilibrio social, por tanto, la exclusión y desigualdad entre unos y otros amplía las barreras y lógicamente limita los lugares y la producción en el espacio. La brecha de la pobreza se amplía y el cúmulo de necesidades básicas insatisfechas llevan a los habitantes de la ciudad a apelar a conductas diversas, a comportamientos diferentes, a luchas sociales justificadas o no, que de alguna

manera intervienen las ciudades y su esencia de lo que debería ser la convivencia. Aparece entonces la inseguridad, que no tarda en convertirse en una de las barreras que frena el libre ejercicio de la ciudadanía.

De hecho, la preocupación del mundo por la inequidad obligó a los 189 países miembros de las Naciones Unidas, a fijarse para el 2015 el cumplimiento de ocho metas conocidas como Los Objetivos del Milenio. Son ellas: reducir la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, promover la igualdad entre los géneros y la autonomía de la mujer, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el VIH/SIDA y otras enfermedades, garantizar el sustento del medio ambiente y fomentar una asociación mundial para el desarrollo. A escasos tres años las metas resultan esquivas, dado el grado de inequidad, pero la idea no es detenerse en un análisis de este tipo; más si fue traído el tema a este espacio, dado que algunos de esos objetivos, por no decir todos, llevan implícitamente el fomento al derecho a la ciudad de todos los que habitan en ella. Varios de esos objetivos, solo por ejemplificar, están dedicados a salvaguardar y reivindicar los derechos de la mujer y el niño, en una clara respuesta al hecho de que las ciudades privilegian las necesidades de los hombres.

Los objetivos intentan combatir las diferencias de manera que no se sigan fomentando, en detrimento de las ciudades y que más bien se propicie la creación de espacios incluyentes, participativos, democráticos y por tanto seguros, ya que la fragmentación de la ciudad, o el nulo acceso a algunos de sus lugares, se presenta en la medida en que las oportunidades son inequitativas.

La Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, cimentada sobre los principios de la democracia "...es interdependiente de todos los derechos humanos internacionalmente reconocidos, concebidos integralmente, e incluye, por tanto, todos los derechos civiles,

políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales que ya están reglamentados en los tratados internacionales de derechos humanos”. (Carta mundial por el derecho a la ciudad, 2004 – 2005:2).

En su texto planea el aspecto crucial, columna vertebral y eje para posibilitar la construcción de lugar y de espacio público:

Todas las personas tienen derecho a la ciudad sin discriminaciones de género, edad, condiciones de salud, ingresos, nacionalidad, etnia, condición migratoria, orientación política, religiosa o sexual, así como a preservar la memoria y la identidad cultural en conformidad con los principios y normas que se establecen en esta Carta (Carta mundial por el derecho a la ciudad, 2004 – 2005:2).

La Ciudad implica “habitar”, “estar”, pero más que ello “ser”, por tanto, la Carta que se comienza a gestar desde el I Foro Social Mundial (2001) incluye todos estos conceptos. Los seres humanos han transformado su realidad cuando decidieron abandonar el campo y conformar urbes en las que, primero, trabajan y sumaron al fortalecimiento de las ciudades desde la producción, pero luego promovieron los espacios públicos en los cuales solventar sus anhelos de interrelacionar. Sintieron la necesidad de congraciarse con la naturaleza y construyeron los parques; de alabar a Dios, entonces construyeron las iglesias; de aprender, levantaron las escuelas y las bibliotecas. Pero no solo eran los espacios físicos en su contorno, también eran la convivencia en ellos que promovían las relaciones en comunidad y la conformación del concepto ciudadanía, que se aprende en el hogar, cuando se inculcan los principios, pero que finalmente se construye en lo público.

Si nada de lo antes descrito se da, se viola el derecho a la ciudad y aparece el concepto de no lugar:

...Cuando la ciudad, en su globalidad, o en algunas partes de ésta no permiten el habitar, solo puede decirse que posibilita el alojamiento en espacios que se materializan en 'no lugares'... Y qué son los no lugares, pues lo espacios en los que la persona humana ya no habita sino que se limita a alojarse (Silvestro y Roca, 2007: 405).

Trascendiendo de la carga filosófica de las tesis de Lefebvre a lo que concibe la Carta, el derecho a la ciudad plantea unos constructos indiscutibles que pueden resumirse así:

- Derecho a no ser excluido.
- Derecho a vivir dignamente.
- Derecho a la justicia social.

Las ciudades, las que se habitan en tanto se construyen, promueven prácticas fragmentarias que echan por tierra tales derechos, una de ellas la desigualdad territorial propiciada, entre otras, por las condiciones naturales que hacen de los lugares unos más privilegiados que otros; otra, la discriminación racial y espacial; también el difícil acceso a las políticas públicas.

¿Cómo superar las barreras y hacer que se instale por encima de las fragmentaciones el derecho a la ciudad? Garantizando la igualdad desde el punto de vista social y físico. Sobre lo primero requiere una variación de conceptos que desde la masculinidad dejan al género por fuera de las posibilidades de acceso al derecho a la ciudad, solo por mencionar un grupo vulnerable que se anula en algunos espacios.

Esto último conduce a que una ciudad es un espacio vivido que debe aportarle calidad a los seres que la habitan. Una ciudad es una sumatoria de contenidos que

determinan los espacios, en donde lo importante es el contenido de esos sitios, no el territorio.

2.5. Ser joven en la ciudad

El párrafo 3 del artículo II Principios y Fundamentos Estratégicos del Derecho a la Ciudad consagra: “Los derechos enunciados en esta Carta deben ser garantizados para todas las personas que habiten en forma permanente o transitoria en las ciudades, sin discriminación alguna” (Carta mundial por el derecho a la ciudad, 2004 – 2005:4). En ese orden de ideas, Si la ciudad es el sitio habitado por “todos”, allí están los jóvenes, apuntándole también a crear espacio público y a producir en el espacio, lugar propicio para el encuentro.

Antes de hablar de los jóvenes en la ciudad es preciso responder ¿Qué es ser joven? ¿Qué es la juventud? El documento *Juventud, población y desarrollo: problemas posibilidades y desafíos*, de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2011: 11), plantea que no se puede dejar de lado el razonable consenso de que “juventud” está ligado a cierta edad, por tanto es pertinente dar prioridad a los criterios derivados de los enfoques biológico y psicológico; e infiere que el desarrollo de las funciones sexuales y reproductivas representan una profunda transformación en la dinámica física, biológica y psicológica, que diferencia al adolescente del niño y por supuesto del adulto.

Al revisar la literatura, expertos concluyen que la juventud y el concepto joven es una construcción moderna que tiene su origen solo a partir de principios del siglo pasado en la época de la primera industrialización. El sociólogo Raúl Zarzuri Cortés publicó un artículo en la Revista Décadas en septiembre de 2000, en el que explica que el concepto

joven o juventud es una categoría construida socialmente y que encuentra un sentido en un espacio cultural determinado. Y acoge el concepto del pensador y político, Walter Grob, quien define “juventud” en el sentido de que “no es fase natural del desarrollo humano, sino una forma de comportamiento social que debe ser vista ante todo como un resultado de la cultura occidental y, consiguientemente, de la formación de la sociedad industrial moderna” (Zarzuri, 2000: 81).

Carles Feixa ha podido inferir pistas sobre el tiempo histórico de la juventud y los jóvenes y está asociado a la aparición de la sociedad postmoderna/industrial y a ciertas manifestaciones culturales que comienzan a emerger durante los años 50, especialmente en Estados Unidos, de la mano del rock and roll, lo cual va dando origen a lo que se denomina cultura juvenil. La Escuela de Chicago lo teoriza a partir de los estudios formulados en ese campo. Posteriormente se avanzaría a los estudios culturales, que analizaron el surgimiento de la subcultura juvenil y la industria cultural que asociará cultura juvenil a la música⁵.

Rossana Reguillo, doctora en Ciencias Sociales, investigadora de las culturas urbanas, vida cotidiana y subjetividad, construcción social del miedo, jóvenes, violencia y narcotráfico, justamente expone en su libro *Emergencia de culturas juveniles, estrategias del desencanto*:

Si bien es cierto que la "juventud no es más que una palabra" (Bourdieu, 1990), una categoría construida, no debe olvidarse que las categorías no son neutras, ni aluden a esencias; son productivas, hacen cosas, dan cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo y, con ello, a ciertos actores sociales. Las categorías, como sistemas de clasificación social, son; también y, fundamentalmente, productos del acuerdo social y productoras del mundo (Reguillo, 2000: 41).

⁵Concepto de Carles Feixa, tomado del libro *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud* (1999).

De tal suerte que lo físico y lo cultural determinan las aproximaciones al concepto juventud, pero más que ello, los sociólogos le apuestan a las posiciones que adoptemos frente a los jóvenes, como observadores. Y desde la observación, por décadas asociamos el concepto juventud a modernidad, libertad, rebeldía, riesgo. Eso la hace partícipe de las transformaciones de una forma más notoria, bien sea por lo ideal de sus procesos o por lo conflictivos que resulten los mismos. La juventud se constituye como modelo trasmisor de unos códigos específicos, que puestos en el espacio infieren cambios.

De esta manera la juventud no solamente es una condición de edad que ubica al ser humano en un rango específico, es también una condición especial que hace expresar al ser de una forma distinta en tanto al niño o al adulto, es una categoría por demás apegada a los procesos liberadores de cambio, dado que los jóvenes se asocian más a las transformaciones, a la búsqueda permanente de cosas nuevas o a la contribución para la construcción de escenarios novedosos. Sus estados de ánimo, variables, debido a que sus reacciones algunas veces no son escuchadas en la sociedad, también marcan la diferencia y la inclusión o la vinculación en la ciudad.

Importantes las definiciones de tipo históricas y psicológicas sobre jóvenes y juventud, pero ahora vale la pena precisar el papel que juegan en la sociedad y la forma cómo participan en las ciudades y cómo son observados, atendidos, incluidos, más aún en una época marcada por los cambios y la penetración del conocimiento. No se puede perder de vista que la modernidad provocó cambios estructurales en el concepto “comunidad”, dándole paso al de “sociedad” y de allí que las transformaciones de las relaciones primarias hayan sido rotundas. Los hombres y mujeres de la ciudad protagonizaron y observaron en un “ser” y “hacer” los nuevos cambios de los espacios culturales producto del surgimiento de la globalización. Se desestabilizaron formas como identidad y cultura, siendo

reemplazados por espacios nuevos que tienen la característica de ser globales, según lo explicó en varias de sus tesis el sociólogo Émile Durkheim.

Frente a todos estos cambios, la juventud se constituye en el segmento de la población que más fácilmente se inserta en el ritmo de los tiempos. “La juventud es la etapa dedicada, en lo esencial, a la adquisición de los activos que requiere el desempeño satisfactorio de los roles adultos” (Cepal, 2000: 13).

Curiosamente para los jóvenes, aceptar este determinismo no ha sido fácil a lo largo del tiempo y por demás, los ha marcado. Desde siempre se ha intentado considerar a la juventud como el escenario transicional a la adultez, por tanto los jóvenes deberían estar pensando en el futuro, cuando la realidad es que ellos, siempre y de manera inequívoca están viviendo su presente al extremo.

Esta forma de ver, medir y analizar a la juventud, justamente se ha convertido a lo largo de los años en una barrera para entender a los jóvenes en la ciudad, ya que cuando no están ejecutando actividades que los adultos consideran importantes para la vida, infieren estos últimos que están asumiendo excesivos ratos de ocio. De allí se concluye, en muchas ocasiones, que juventud es sinónimo de diversión, flojera, falta de planeación o de dedicación, y más allá, el ocio conduce a los vicios, al conflicto. Rossana Reguillo conceptúa:

Con excepciones, el Estado, la familia, la escuela sigue pensando a la juventud como una categoría de tránsito, como una etapa de preparación para lo que sí vale; la juventud como futuro, valorada por lo que será o dejara de ser. Mientras que para los jóvenes, el mundo está anclado en el presente, situación que ha sido finamente captada por el mercado (Reguillo, 2000: 38-39).

Esa consideración de los adultos, de que la juventud es una categoría de tránsito, tiende a invisibilizar al joven, ya que se estaría hablando de que ocupará un espacio muy limitado dentro del constructo ciudad, porque siempre se está preparando para el futuro (la edad adulta). Estas situaciones pueden dar origen a las manifestaciones rebeldes que se expresan a través de grafitis o de conformación de pandillas, pequeñas bandas o grupos de chicos que actúan y viven en el presente, mostrándose rebeldes para que no los inmiscuyan en el futuro. Esta situación parece tenerla muy en cuenta el mercado de consumo, por tanto se dedica a engolosinar a los jóvenes, con artículos y con espacios fantasiosos y limitados.

Jóvenes, captados por el mercado, resultan insertados a una sociedad de consumo, de esta forma se puede decir que hay una forma de inclusión, lo cual los hace ocupar un espacio importante en la ciudad en tanto son visibles. Rossana Reguillo justamente se refiere a que han sido tres los procesos que han hecho visibles a los jóvenes en el siglo XX: “...La reorganización económica por la vía del aceleramiento industrial, científico y técnico, que implicó ajustes en la organización productiva de la sociedad; la oferta y el consumo cultural, y el discurso jurídico” (Reguillo, 2000: 29). El desarrollo científico se exhibe en las universidades, a donde acuden los jóvenes en masa; el aceleramiento industrial convoca la mano de obra, por tanto hay espacio para todos, incluyendo a los jóvenes en la producción; y el consumo y la industria cultural pues sencillamente sitúa a la juventud en un espacio privilegiado de conexión por moda, inclusión, “estar”; en lo que tiene que ver con el discurso jurídico, éste se roza con el político, que son los espacios por conquistar. Pues si bien en algunas sociedades se observa que los movimientos estudiantiles, como en Chile, siguen abriendo espacio, o en el año 2012 en Colombia, cuando el movimiento universitario frenó la reforma a la educación superior, no es menos cierto que dichos espacios siguen siendo difíciles de conquistar debido a las raíces

culturales de problemas profundos que determinan que la juventud no está preparada para el liderazgo. De hecho se sigue considerando que la juventud es la etapa de la vida en la que se deben preparar los muchachos para el liderazgo en la adultez. Eso, sin duda, limita la participación en ciudad.

¿Cómo ha sido esa inserción ligada a cambios estructurales de los modelos económicos o sistemas, que moldean las ciudades? ¿Cómo “son” los jóvenes en la ciudad? La apertura económica que se ha acelerado en muchos países, incluyendo Colombia, y la globalización ligada a los avances tecnológicos, han sugerido un tipo de inclusión de los jóvenes en la ciudad.

En algunas ciudades se observaba a jóvenes cuyas vidas se circunscribían a la protección recibida desde sus hogares y a la promulgación de una serie de principios, muchas veces representados en prohibiciones que explicaban las necesidades de preservación de la seguridad y la integridad. Pero con el tiempo los jóvenes en la ciudad iniciaron transformaciones importantes, de la mano de sus sensibilidades y percepciones, dándole paso a la conformación de múltiples culturas urbanas. Algunas de esas manifestaciones, con el paso de los años, han sido asociadas al término tribus, despertando sensación de inseguridad en el resto de la población de las ciudades. Teóricos se acercan más al pensamiento de que dichas expresiones sencillamente no pueden desligarse de los conceptos “me atrevo”, “soy así”, “este es mi espacio”, “aquí estoy”. Los jóvenes en la ciudad están permanentemente promoviendo nuevas formas de comunicación y de apropiación de los espacios para empoderarse y hacerse sentir, y lo hacen casi con el convencimiento de que algunas de estas formas ya fracasaron debido a los cambios del mundo o porque las hechas por los adultos y transferidas durante décadas mostraron un divorcio con los nuevos tiempos.

Las nuevas prácticas estéticas de las ciudades, refiriéndonos al aspecto físico, en donde el ‘ocio’ ocupa un espacio preponderante, solo por poner un ejemplo, conlleva a que los jóvenes se apropien de lugares de ‘ocio’ y comienzan a ejercer su derecho a la ciudad. Los centros comerciales y los parques son los sitios aprovechados por los jóvenes para hacer su vida en sociedad y por ende estar en la ciudad vivida, ya que allí son observados, emulados, seguidos; allí imponen la cultura de la moda. Las maneras de los jóvenes, sus aportes a la construcción de ciudad y su permanente intercambio de conceptos le imprimen a algunos lugares de las ciudades un sello característico⁶.

En las últimas cuatro décadas se ha disparado el número de centros comerciales en Colombia, sitios alejados de la inseguridad. Actividades ilícitas como el narcotráfico y el sicariato se apoderaron de las grandes ciudades, hechos que se presentaron principalmente en la década de los 80. De tal suerte que los centros comerciales se han multiplicado, siendo la población juvenil la que mayor uso le da a los mismos. En ellos se encuentran y crean su espacio público a partir de sus sensaciones, percepciones y acciones. Allí se sienten seguros, por ende dominan el espacio.

Las investigadoras Pamela Flórez y Nancy Regina Gómez plantean en su documento Ciudadanía Juvenil, sin espacios donde construirla, que “...dentro de la ciudad se encuentra el lugar que simboliza la relación de sus ocupantes consigo mismos, con los otros y con su historia. En el caso de los jóvenes como grupo social, son ellos quienes estrechan lazos más fuertes con el territorio y más específicamente con la ciudad”. De esta manera su tesis soporta justamente el hecho de que los jóvenes ‘marcan’ su territorio haciéndolo suyo, apropiándose y empoderándose en él, para imprimirle sus tendencias o

⁶Concepto retomado de Leva, G. Paz, S. en el texto *Jóvenes y ciudad. Notas para una aproximación a los nuevos espacios urbanos juveniles*. Párr. 3.

necesidades. De esta forma ellos establecen vínculos que están íntimamente ligados a sus imaginarios y percepciones.

En el aspecto social, más ligado a lo postmoderno, la inclusión de los jóvenes a la ciudad está ligada a los cambios profundos que se produjeron a partir de la era de la información, como lo consideró el sociólogo Manuel Castells, ya que el mundo de las nuevas tecnologías hace posibles diversas formas de comunicación, como las redes sociales, que justamente trastocan los constructos jóvenes/ciudad⁷.

Toda esta reestructuración urbana contribuyó al despertar juvenil de las ciudades, las cuales comienzan a ser habitadas en lo público por más jóvenes dispuestos a demarcar sus territorios, bien sea para “vivir”, “sobrevivir”, protagonizar los cambios, en todo caso para “ser”. Pasaron los jóvenes del concepto de la construcción privada de ciudadanía en el hogar, a “habitar” la ciudad haciendo del concepto algo verdaderamente público.

Sin embargo, a la hora de planificar, diseñar o regular intervenciones urbanas, las políticas que integran a los jóvenes a la ciudad son muy pocas, en una clara violación de los derechos de ellos como ciudadanos, como lo expone la tesis de las investigadoras Flórez y Gómez, quienes tras analizar el papel del espacio público y la infraestructura cultural en la construcción de la identidad y vínculo social con la ciudad en los jóvenes entre 14 y 22 años en Barranquilla, demostraron que los jóvenes en Barranquilla no cuentan con suficientes espacios donde construir su ciudadanía y, por lo tanto, la construcción de su identidad se realiza en espacios privados.

Los jóvenes en la ciudad se enfrentan a la exclusión, porque viven en medio de la diferencia; la pobreza los margina, la inseguridad los aísla; el espacio público físico que se

⁷Concepto de Manuel Castells, extraído del libro *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (1997).

construye en gran medida, sin que incluya posibilidades de inserción, los limita; y curiosamente todo ello los empuja a formas diversas de empoderamiento, para no dejar de “existir”. Dos ejemplos concretos del mundo contemporáneo explican mejor lo anterior:

- Las Maras, en El Salvador, son pandillas que tuvieron sus orígenes en los años 80 en Los Ángeles (Estados Unidos). En su mayoría conformadas por jóvenes centroamericanos sin oportunidades, pobres, escindidos del desarrollo. De esa ciudad norteamericana fueron deportados a sus países de origen. Ellos impusieron sus formas de “sobrevivir” en El Salvador. Han promulgado la cultura de la marginalidad, por lo que nuevos jóvenes de ese país centroamericano asumen la cultura de la inseguridad como su modo de vida⁸.
- Las bandas criminales en Córdoba. Son grupos al servicio del narcotráfico que tuvieron sus orígenes en la década del 2000, tras la desmovilización de los grupos paramilitares. En su mayoría están conformadas por jóvenes, que en la ciudad demarcan sus fronteras invisibles y son la “ley”. Son marginados de la violencia, asilando al resto de ciudadanos, de los lugares que todos construyeron⁹.

Pero esta ausencia de oportunidades educativas, laborales, espaciales, no detiene a los jóvenes, por lo que se diversifican sus formas de reaccionar para mejorar su calidad de vida o su bienestar; muchos abandonan su lugar de origen en busca de escenarios más amables y productivos. La rápida urbanización de las ciudades en las últimas décadas, en el 2050 la tasa de urbanización en el mundo llegará a 65% según la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, son la confirmación de que los centros urbanos han sido el destino predilecto de los jóvenes, ya que les motivan las oportunidades de acceso a estudios,

⁸Concepto tomado de Carlos Martínez y José Luis Sanz. En el texto *Los viajes de la Mara Salvatrucha. El origen del odio*. Publicado en elfaro.net (2012)

⁹Concepto publicado en el texto *Farc, Bacrim y Eln: Radiografía del conflicto*. verdadabierta.com (2012)

empleo, servicios, ocio, y tecnología. “Los jóvenes se concentraron en las áreas urbanas de la región, en las que reside casi el 80% de la juventud” (Cepal, 2000: 22).

Esa juventud, en la ciudad, se plantea con sus fortalezas y debilidades e intenta empoderarse del desarrollo que lleva su comunidad, sin que necesariamente se involucre en ello. Simplemente está y construye o moldea su espacio, manifestando su necesidad de incluirse, pero para demarcar su área, su espacio de crecimiento y su lugar de actuación. Sin embargo, con el pasar del tiempo cada día los jóvenes adquieren una fuerza notoria, que sin darse cuenta los involucra más y más con procesos en lo que pareciera ponérseles a prueba y ellos lo asumen en medio de las confusiones o dificultades que les representa:

Las culturas juveniles actúan como expresión que codifica, a través de símbolos y lenguajes diversos, la esperanza y el miedo. En su configuración, en sus estrategias, en sus formas de interacción comunicativa, en sus percepciones del mundo hay un texto social que espera ser descifrado: el de una política con minúsculas que haga del mundo, de la localidad, del futuro y del día un mejor lugar para vivir (Reguillo, 2000).

2.6. Hombres y mujeres en la ciudad

Uno de los principios y fundamentos estratégicos del derecho a la ciudad, hace referencia a la protección especial de grupos y personas en situación de vulnerabilidad, entendiéndose por estado vulnerable quienes están en situación de pobreza, en riesgo ambiental (amenazados por desastres naturales), son víctimas de la violencia, presentan discapacidad, son migrantes forzados, refugiados y todo grupo que, según la realidad de cada ciudad, esté en situación de desventaja respecto al resto de los habitantes. Y dentro de este grupo de personas vulnerables, la atención prioritaria deberá dirigirse a las personas

mayores, las mujeres (jefes cabezas de hogar) y los niños (Carta mundial por el derecho a la ciudad, 2004 – 2005:6).

Lo anterior precisa que los gobiernos deben enfocarse en la promoción de políticas que supriman los obstáculos de orden político, económico, social y cultural que limiten la libertad, equidad e igualdad de los ciudadanos e impidan el pleno desarrollo de la persona humana y su efectiva participación en la ciudad.

El hecho de que este tema haya sido consagrado en la Carta, atendiendo a que la mujer hacer parte del grupo de ciudadanos vulnerables, confirma las diferencias existentes entre hombres y mujeres en la ciudad; diferencias que han sido analizadas y estudiadas por sociólogos, filósofos, arquitectos e investigadores en el mundo, los cuales han precisado las divergencias en cuanto a los espacios que ocupan, ¿Cómo se apropian de ellos? ¿Qué sensaciones surgen a partir de “ser” hombre o mujer en la urbe? ¿Qué percepciones tienen hombres y mujeres sobre la seguridad, elemento necesario para ejercer la ciudadanía y “existir” en la ciudad?

Henri Lefebvre expone en *El derecho a la ciudad* que la ciudad no puede concebirse como el simple derecho de regreso a las ciudades tradicionales. Sólo puede formularse como derecho a una vida urbana transformada y por ende, renovada. Pues es preciso referirse a esa transformación hecha por hombres y mujeres, a la par, desde sus orillas, jamás de forma igual.

Entender a los hombres y mujeres en el espacio, en la ciudad, implica partir de la desigualdad y la dominación. Las relaciones de género en la ciudad de hoy tienen una alta carga de los sistemas económicos y políticos que históricamente han imperado en el mundo. Lefebvre habla de la irrupción del capitalismo como avasallador, en tanto aliena a las clases al consumo. Es como no permitir ver, a hombres y mujeres en posibilidad de

crear, sino que deben seguir la ruta que les marca el sistema. Pero cuando las clases proletarias u obreras se desplazan a las urbes, las transformaciones no dan espera. Hombres y mujeres en la “ciudad vivida” actúan de acuerdo a los nuevos flujos. El hombre acondiciona su espacio al trabajo en el exterior (espacio por fuera de la casa), y la mujer en el interior (casa).

Teresa del Valle, en su artículo *El espacio y el tiempo en las relaciones de género*, publicado por el Centro de Estudios Miguel Enríquez, Archivo Chile (2005), expone varios constructos sobre esas diferencias de género en cuanto a la construcción del espacio urbano, y comienza por diferenciar que hay tres clases de espacios:

- Privado (la casa).
- Exterior (por fuera de la edificación)
- Público (el que garantiza los derechos a la ciudad).

Desde esa lógica se puede concluir que el hombre se mueve en los tres, mientras que la mujer se limita en el público.

Vuelven sobre este punto las tesis de Henri Lefebvre sobre la dimensión social del espacio, en el que explica las configuraciones espaciales diseñadas desde las estructuras de poder en donde la visión masculina ejerce una enorme influencia en la conformación de sociedad y cultura. En el capitalismo la producción es desigual entre hombres y mujeres, por tanto el hombre domina el espacio.

El espacio es físico y es social. Aplica aquí la definición de entorno, que, precisa Del Valle, es un conjunto de formas concretas como edificios, caminos y lugares, que se configuran con base en actividades y formas de interacción social. En ese entorno, los seres

humanos, llenan no solo de edificios, calles, centros comerciales, el espacio, también de sus contenidos, propiciando de esta manera las expresiones culturales. En ese sentido el hombre aporta el contenido del poder, de la fuerza, es decir la jerarquía; la mujer aporta el valor de la intimidad y el de la protección, como una especie de guardiana de los principios. Ello conlleva a hombres en el espacio exterior (por fuera de la casa), haciendo de él su sitio público y a mujeres en el espacio privado (casa) limitando su posibilidad de construir su espacio público.

Cuando la mujer asume una vida laboral, cuyas manifestaciones más fuertes se comenzaron a observar a mediados del siglo XX, intenta superar la diferenciación entre los espacios, no solo el privado del exterior, sino el de este último con el público, porque a la mujer no solo le basta estar afuera, también ser reconocida en tanto aporta, transforma y construye ciudad en medio de un escenario hostil. “La mujer en el espacio público resulta extraña, quiere conquistar aquello que le han quitado sin haberlo ocupado” (Del Valle, 2005: 5). La mujer trabajadora invade el espacio de los hombres, luego la aportación de contenido a la ciudad es determinante y por tanto existen lugares marcados para unos y otros y por ende surgen diversas formas de cómo los hombres y mujeres elaboran su identidad social.

Los aspectos sociales, políticos y económicos afectan de manera distinta la vida de las mujeres y los hombres, y unos y otros experimentan la ciudad, el barrio y la vivienda de manera distinta, pese a tener los mismos derechos ciudadanos entre los que se cuentan la convivencia, la riqueza, la diversidad de usos del espacio público, el desarrollo individual y colectivo, fortalecimiento de los vínculos sociales y la identidad cultural. Hombres y mujeres en la ciudad llenan sus contornos y los que los rodean, de sus esencias, de sus

sentimientos y percepciones; igualmente recurren a los imaginarios para construir sus espacios. Esa apropiación es distinta en unos y otros.

La arquitecta María de Lourdes García Vázquez en su texto *Ciudad y Género* precisa que el espacio en la ciudad no es neutro en cuanto a la intervención que hacen de él los géneros. Su conclusión se basa en los resultados de una investigación sobre los “roles de género” hecho por el Institute of International Development de la Universidad de Harvard, que entre otros aspectos hizo visible que los roles de la mujer en la familia y sus actividades domésticas condicionan la percepción de acceso y uso de la ciudad, de manera diferente al hombre.

Esa percepción y uso de la ciudad de manera diferente por parte de la mujer, ha sido una lucha constante frente a la dominación masculina, ya que el hombre se ha apropiado del espacio en la ciudad, de manera histórica y psicológica, como si ello fuese y siguiera siendo un evento natural, que no admite el compartir con el género. La mujer, por su parte, siguió su proceso de adquisición del derecho a la ciudad, salió al espacio exterior y lo transformó en público vestida de miedo y valor. Joan Nogué, en su libro *La construcción social del paisaje* explica cómo el espacio refleja una determinada forma de organizar y experimentar el territorio, el cual se construye a partir de unas complejas y cambiantes relaciones de género. El autor dice que el paisaje no es uno solo, no es solo lo que se ve, sino lo que se quiere ver. En ese sentido, la mujer percibe el miedo frente al espacio que ella intenta ganarle al hombre.

Ese miedo se exterioriza de muchas maneras, y está cargado de las notorias diferencias en cuanto a la ocupación del espacio en la ciudad por parte de hombres y mujeres. Para los hombres, la aprehensión del espacio público representa un acceso mucho más fácil que para las mujeres y ellas cuando están en él, se cuidan más de los riesgos que

sienten que corren y que perciben que están por correr. Este escenario de confrontación de género y de la expectativa por la seguridad, permite trascender a otro que las políticas públicas apenas han dejado ver como una enorme preocupación, la ciudad como espacio seguro: la seguridad urbana.

2.7. Seguridad / Género/ Ciudad

La ciudad es el resultado de la modernidad, que acoge las oportunidades y los riesgos como variables presentes, luego todo es posible en las urbes. Cuando se habla de riesgos en la ciudad, hay que remitirse al concepto de seguridad urbana, entendiendo que la seguridad se expone desde la certeza que tienen los seres humanos de no enfrentar situaciones que suponen riesgo o peligro; y mantenerla desde lo jurídico y lo social es responsabilidad de las instituciones u organizaciones gubernamentales de las ciudades, aun cuando frente a esto último hay muchas discusiones desde lo técnico y lo social.

La seguridad urbana ha sido la preocupación más sentida de los 900 millones de habitantes que viven entre Alaska y Tierra del Fuego en los últimos años, según lo precisa el *Informe sobre Seguridad Urbana en las Américas 2011*, de la OEA. Las razones saltan a la vista y están estrechamente relacionadas con la pobreza que se exhibe en las urbes, promulgando un desequilibrio y una inequidad aplastante. Desde los suburbios de algunos estados de los Estados Unidos, pasando por los barrios pobres de El Salvador, las comunas en Colombia o las favelas en Brasil, los ciudadanos de América viven en medio de un desarrollo esquivo.

Ya se habían heredado épocas que habrían de marcar la brecha de la inequidad, como la posterior a la industrialización, en la que surge un sentimiento de inseguridad basado en la nula posibilidad de planear el futuro. La crisis a la que se ve sometido el

Estado de Bienestar está estrechamente marcada por el pobre acceso a lo laboral y por ende a la pérdida de protección¹⁰. Entonces los ciudadanos se sienten ajenos a las medidas tomadas por los gobiernos, lo cual confronta las diferentes percepciones de seguridad que tengan del espacio.

Un problema similar, vivido en el mundo actual, viene ocurriendo en los Estados Unidos desde el 2009, cuando la crisis bancaria tocó fondo y el país más poderoso del mundo se vio a rastras para superar la problemática. Controlada aparentemente la crisis de la bolsa de valores, no se pudo hablar de un mismo parte de victoria para el asalariado. Los sindicatos perdieron fuerzas, los créditos se volvieron impagables, las empresas despidieron personas y la situación se complejizó más de lo esperado. Hasta este punto dos momentos, dos tiempos distintos con 50 años de diferencia, pero con consecuencias similares.

Al aumentar los índices de desempleo se comienzan a generar situaciones adversas para los espacios públicos, los hombres retornan a casa y abandonan lo construido temporalmente, mientras vuelven a conseguir trabajo. El regresar a casa supone otras dinámicas de comportamiento, que revierten el orden en las viviendas, donde quienes disponen son las mujeres, porque ellas salen a buscar empleo para apoyar a sus familias, a sus hijos en especial y a ellas mismas, por supuesto.

Otro punto importante que se desprende de estos cambios descritos, es que a más desempleados, la transformación de las relaciones en el vecindario es evidente, y si el impacto mayor se da en los sectores deprimidos de las ciudades, la sensación de inseguridad tiende a aumentar, ya que se asume que el ser humano deberá imponerse de cualquier forma en los espacios para sobrevivir.

¹⁰Concepto tomado de Pilar Lledó, en el texto *La seguridad ciudadana como política de bienestar social*. (1999)

Pero retornando a la América de hoy, la que palidece ante la inseguridad que se genera no solo debido al crimen, sino a partir de la ausencia de Estado y de políticas que garanticen el libre acceso a la democracia, a la salud, a la educación, al empleo, al derecho al espacio para hacerlo público, los investigadores concluyen que se está ante un callejón sin salida, en ciudades muy pobres, donde no hay calidad de vida, mucho menos de espacio público.

Patricia Morey expone que una gran parte de la población latinoamericana vive en las grandes ciudades y la densidad demográfica ha sido considerada un factor central en la persistencia de la violencia. Infiere la investigadora que la alta tasa de crecimiento de las ciudades conduce a una falta de cohesión social, y este hecho a la violencia y agresiones permanentes. Lo anterior resulta más evidente, asegura, en las ciudades que han crecido sin planificación. En este punto los sistemas económicos y modelos de gobierno imperan haciendo proliferar problemas como la falta de empleo, de buenos servicios públicos, de vías en buen estado, de servicios de transporte accesibles y de incremento periferias donde pululan las necesidades. Gobiernos que no se prepararon para el explosivo crecimiento de las ciudades, y que permitieron la extensión de las mismas hacia villas miseria. Por ende, los ciudadanos, hombres y mujeres, perciben los climas de inseguridad en todo sentido. En este caso sería la inseguridad creada a partir de la ausencia de un desarrollo sustentable y sostenible.

El Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, UN-HABITAT, en su informe mundial (2007), titulado *Mejorando la Seguridad Urbana* da a conocer cómo en el periodo entre 1980 y 2000, la tasa de criminalidad en el mundo se incrementó alrededor de 30%. Es pues la seguridad urbana una necesidad enmarcada igualmente como un derecho en la ciudad.

Solo en el año 2009, según el *Informe sobre Seguridad Urbana en las Américas 2011*, de la OEA, en Brasil se registraron 39.380 homicidios dolosos; en Colombia, 15.817, en México 16.117, en Venezuela 13.986 y en Estados Unidos 15.241. Estos resultados se han logrado cuantificar mediante una herramienta que hizo carrera en el mundo desde finales de los años 60, cuando los norteamericanos desarrollaron las famosas Encuestas de Victimización, las cuales se emplean para elaborar diagnósticos precisos en torno a la delincuencia, sus causas, sus efectos y la relación de las víctimas con los delitos y con los delincuentes, así como la percepción respecto de las propias instituciones encargadas de prevenir y procurar la justicia. Por lo general, los resultados de las encuestas promueven nuevos planes de seguridad, el refuerzo del número de agentes de policía en las ciudades y la identificación de zonas “neurálgicas” “rojas” o “vedadas” para los hombres y mujeres, ya que ellas, siendo parte de la ciudad, no posibilitan el ejercicio de la ciudadanía.

Ante la violencia y la necesidad de recuperar la seguridad, las ciudades se muestran rudas por lo que el espacio público se planea más desde lo masculino, limitándole la posibilidad a las mujeres de acceder a los espacios. Por ello surgen iniciativas que rescatan el tema y le dan una fuerza vital que lo han incorporado, con el paso de los años, a las políticas públicas de algunos Estados. Tal es el caso del Programa “Ciudades Seguras: violencia contra las mujeres y políticas públicas”, ejecutado por Unifem —el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer—, con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

Son varios los aportes de los investigadores en este tema, que llevan a comprender la realidad cambiante frente al tema seguridad para hombres y mujeres:

- El primero tiene que ver con el hecho de que culturalmente los derechos de la mujer han estado por debajo de los del hombre, una consecuencia cultural

heredada desde el campo y trasladadas a las ciudades de la misma forma. Ana Falú, directora de la Oficina Regional del Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo de la Mujer (UNIFEM), asegura que: “La violencia contra las mujeres se basa en el orden de género imperante y se sustenta en pautas culturales profundamente arraigadas, construidas socialmente: es el ejercicio de poder de un sexo sobre el otro” (Falú y Segovia, 2007: 25).

- El segundo, que más que los golpes y el maltrato físico, la violencia psicológica producto del imperativo aporte cultural sobre las diferencias entre el hombre, representación de poder y mujer, de sometimiento, conlleva a una violencia psicológica que fragmenta y limita al género. Patricia Morey, doctora en Filosofía, aporta:

La violencia más evidente es la física, que atenta contra la integridad corporal de una persona y se asocia con la actividad delictiva, los robos y ataques directos, que incluyen el feminicidio. A esta manifestación es necesario agregar la violencia psicológica, forma más sutil pero no por ello menos efectiva, y que degrada profundamente a la víctima. En algunas familias las mujeres son humilladas y lastimadas, se las manipula o amenaza con el propósito de controlar sus acciones (Falú y Segovia, 2007: 46).

- El tercer aporte tiene que ver con el hecho de que aun cuando se hayan reconocido las diferencias entre hombre y mujeres con relación a violencia, no ha tenido el mismo impacto y fuerza la construcción del discurso en torno a las políticas de seguridad para la mujer “La alta fragmentación de las organizaciones políticas y su representación en el Parlamento, dificulta los procesos de negociación

de las agendas que contienen problemas relativos a la desigualdad y justicia de género”, infiere María Jennie Dador Tozzini, abogada feminista” (Falú y Segovia, 2007: 46).

Ahora bien, el tema de la seguridad entre hombres y mujeres en la ciudad pareciera circunscribirse a delito y fuerza pública, luego a mayor sensación de violencia, mayores son las acciones de la fuerza pública, la cual se impone con el ánimo de controlar las ciudades para fomentar la sensación de seguridad, pero más aún para preservarla. Se acepta entonces la idea de que los espacios seguros son aquellos que están vigilados por policías, es decir que la concepción de seguridad/espacio se da en la medida en que las fuerzas del orden están de cuerpo presente.

Los espacios en la ciudad se transforman en seguros y no seguros, y por ello se construyen las políticas públicas desde los Estados, para preservar la seguridad ciudadana, casi todas relacionadas al número de agentes –policías o militares- que custodian los sitios públicos. La sola consideración de que una ciudad es segura cuando sus calles son vigiladas por policías, es una tesis que echa por tierra la urbanista Jane Jacobs, quien sostiene que la sensación de seguridad se da con el concurso de lo que denomina ‘patrullas ciudadanas’, cuando los propietarios naturales de las calles y aceras de las ciudades se toman la ciudad, o sea los ciudadanos y las ciudadanas. La investigadora afirma:

Una vecindad en armonía es aquella que ha conseguido establecer un equilibrio entre la determinación de sus moradores de conservar celosamente su intimidad y su simultáneo deseo de establecer diversos grados de contacto, esparcimiento y ayuda con los vecinos de las inmediaciones (Jacobs, 1973).

Ya lo precisa el informe de la OEA, cuando se pregunta ¿Quién se preocupa de nuestra seguridad? La respuesta salta a la esfera de lo público como de lo social, y no solo de lo oficial como Estado:

El Sistema Nacional de Seguridad (SNS), definido como el conjunto de instituciones estatales y actores sociales y políticos de un país, enlazados entre sí con el objetivo común de contribuir al logro de la seguridad de sus habitantes frente a las amenazas y desafíos derivados de la violencia y el delito, de forma que la suma de sus relaciones es superior al simple agregado de las partes y que un cambio en uno de ellos puede llegar a afectar a todos los restantes y a la unidad que ellos, combinados, constituyen (Informe sobre Seguridad Urbana en las Américas de la OEA, 2011: 11) .

Retomando a Jacobs, el aporte sustancial lo manifiesta cuando analiza en un mismo momento los conceptos espacio/ciudad/seguridad/ciudadano, y permite entender lo recurrente que resultan las exigencias de los ciudadanos cuando se ven en situación de vulnerabilidad y riesgo:

Lo primero que se ha de comprender, y bien, es que la paz pública - la paz en las calles y en las aceras - de las ciudades no tiene por qué ser garantizada de manera esencial por la policía, por muy necesaria que ésta sea en otros aspectos. Esa paz ha de garantizarla principalmente una densa y casi inconsciente red de controles y reflejos de voluntariedad y buena disposición inscrita en el ánimo de las personas y alimentada constantemente por ellas mismas (Jacobs, 1973).

El ciudadano quiere cubrir sus espacios inviolables, por hombres con uniformes que brindan la sensación de seguridad. Contradictoriamente la paz no llega al espacio ya que las formas de violencia se mimetizan y transgreden las nuevas normas impuestas, en las que

los ciudadanos dejan de ser activos, para convertirse en pasivos, no ejerciendo el derecho a la ciudadanía que también lo involucra a velar por lo suyo.

Otro aporte importante de la urbanista, está cifrado en el modelo de espacio que impera a partir de que surgen en las ciudades los climas de inseguridad. Los habitantes recurren a los patios de recreo, interiores, cuidados por rejas que da sensación de seguridad, pero los aísla. Y de estos espacios violentados o victimizados las mujeres son vulnerables a la violencia. Las ciudades se comienzan a tornar vacías en sus calles y plazas, quedando el espacio libre para los desconocidos o lo extraños, estos últimos, hombres y mujeres también con derecho a la ciudad:

...Las calles de una capital son las encargadas de soportar el tránsito de las personas extrañas a la vecindad, ya que esos extraños han de pasar necesariamente por ellas. Las calles han de defender la ciudad de elementos extraños depredatorios, pero también han de proteger a los innumerables extraños, pacíficos y bien intencionados, que las utilizan para ir de un sitio a otro (Jacobs, 1973).

El incremento desmesurado de la violencia en las urbes, posibilitó entonces el surgimiento de una serie de tratados en torno al tema de la seguridad urbana, contemplando en ello el tema de la seguridad de género, que en teoría se basa en la Declaración Universal de Derechos Humanos (1948) que reconoce el “derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona” (Art. 3).

2.8. La imagen del medio ambiente

Las ciudades de la cultura latinoamericana han crecido dominadas por el fenómeno de la migración transnacional, generador de un desarrollo con base en modos y tensiones a menudo contradictorios. Se adentraron así en la modernidad en la que se observan los

procesos de integración, pero a su vez de fragmentación de las ciudades. En ellas habitan los ciudadanos, cuyos aportes apuntan a crear unas lecturas particulares de los espacios y lugares en los que viven. Esas vivencias, sustentadas igualmente en los recuerdos, moldean el desarrollo de las ciudades, acercando a algunas a escenarios globalizantes, mientras que a otras a desequilibrios sociales mayúsculos.

Son muchos los teóricos que desde diversas disciplinas de las áreas sociales han aportado a la construcción académica e investigación del tema, prevaleciendo entre algunas de esas tesis una teoría renovadora que habría de marcar un hito en la historia del urbanismo y sus conexiones con quienes habitan las ciudades.

El autor de esa teoría es Kevin Lynch, un urbanista y escritor estadounidense, cuyo aporte se centra en el hecho de que el aspecto visual de las ciudades es supremamente importante a la hora de comprenderlas y sobre su valor relativo a la hora de querer cambiarlas. Pero este concepto de “la imagen del medio ambiente de la ciudad”, como él la llama, es posible en tanto se valoren y más que ello se comprendan los recuerdos y significados que tienen los ciudadanos del lugar, del espacio.

La ciudad “es” en tanto quienes la habitan, la construyen, y esa construcción es espacial y social. En ambos puntos juega un papel excepcional la percepción que se tiene de la ciudad, el imaginario, como tal. Lynch plantea en su tesis que:

Nada se experimenta en sí mismo, sino siempre en relación con sus contornos, con las secuencias de acontecimientos que llevan a ello, con el recurso de experiencias anteriores... Todo ciudadano tiene largos vínculos con una u otra parte de su ciudad, y su imagen está embebida de recuerdos y significados (Lynch, 2008: 9).

Hablar de una ciudad nos remite al orden de lo que los ciudadanos conciben como sus imágenes y símbolos, pero no como una lectura individual, sino colectiva, que se

consolida al adoptar las formas compartidas que terminan convirtiéndose en los referentes, los cuales están cargados de significados.

Ello lo que lleva a inferir es que son tan importantes las partes fijas, inamovibles en una ciudad, como su ciudadano, ya que él es actuante, vivo dentro del espacio. Sus percepciones sobre las transformaciones de ese espacio están más ligadas a sus preocupaciones derivadas de lo que sus sentidos captan. Una ciudad como Montería, que es dónde nos sitúa esta investigación, se identifica físicamente como ciudad ribereña, según la investigación de Marleny Restrepo Valencia en su libro *Montería Imaginada*, pero va más allá cuando indaga por la imagen del ambiente de la ciudad, ya que plantea que “se identifica a Montería desde las percepciones sensoriales, especialmente visuales y olfativas con que sus habitantes la nombran” (Restrepo, 2007: 14). Esos no son más que los significados que desde los sentidos le da el ciudadano a la ciudad, tal cual lo plantea Kevin Lynch. Se concluye entonces que la ciudad es de la gente, y la gente a su vez la resignifica constantemente.

Pero para llegar a ello se debió pasar por varios constructos que abordan la teoría renovadora de Lynch, vista desde algunas ciudades norteamericanas, las cuales, posterior a la Segunda Guerra Mundial mostraban una imagen decadente, que en nada tenía que ver con el modernismo al que estaba abocado Estados Unidos. Estos constructos son, en interpretación de Lynch:

- Legibilidad: Se refiere a la facilidad con que pueden reconocerse y organizarse las partes de una ciudad en una pauta coherente. Para el caso que ocupó a Marleny Restrepo Valencia, en la investigación sobre Montería, la coherencia de la ciudad en cuanto al significado de su ambiente es que es una urbe ribereña.

- La elaboración de la imagen: Las ambientales, son imágenes que resultan de un proceso bilateral entre el observador y medio ambiente. Los monterianos miran hacia su río, que atraviesa y parte su ciudad, por lo que la leen fragmentada, pero reunida alrededor del afluente.
- Estructura e identidad: Que aparecen de manera conjunta en la ciudades, porque se ve lo que es pero adquiere valor y dimensión en tanto se le da un significado, bien sea práctico o emotivo para quien vive la ciudad. Volviendo a Montería, el parque verde Ronda del Sinú, es un espacio temático alrededor del río. Nuevamente el concepto “ribereño”.
- La imaginabilidad: Que es la cualidad del objeto físico que tiene probabilidad de suscitar una imagen vigorosa en quien lo observa. La Ronda convoca, por lo que es el espacio preferido de los monterianos en tanto ellos se lo han apropiado y le dan vida con sus vivencias, recuerdos e imaginarios.

Las investigaciones llevaron al urbanista Lynch a sostener que “no debemos limitarnos a considerar la ciudad como cosa en sí, sino la ciudad en cuanto percibida por sus habitantes” (Lynch, 2008: 12). Lo anterior permite considerar que el ciudadano se comporta espacialmente no en función del medio geográfico real, sino de la percepción que posee del mismo y allí juegan un papel determinante la educación y la ética interna del individuo, junto con sus principios y valores, que lo llevan a inferir que esta esquina de la ciudad puede ser sórdida o que esta otra es segura.

Esa imagen ambiental que se hace el ciudadano del espacio, conduce al concepto de memoria urbana, que es una sumatoria del pasado, de la realidad actual y de lo que se

visiona o se quiere que venga. La memoria urbana se alimenta de las percepciones, de los sentimientos, los anhelos, los sueños, de lo que se hace, e incluso de las inquietudes que propician justamente los cambios en el espacio, como en una cadena interminable de flujos y contraflujos que generan las transformaciones permanentes en las urbes.

2.9. Percepción

Kevin Lynch, infiere en su tesis que toda ciudad tiene una imagen pública que resulta de la superposición de muchas imágenes individuales, que son las acciones, intervenciones y vivencias de quienes habitan el espacio. Todas ellas, sumadas o mezcladas dan origen a las imágenes colectivas, necesarias para que cada ambiente adquiriera un significado o varios.

Ahora bien, esas imágenes se construyen a partir de la observación material. Hombres y mujeres trabajan, circulan, descansan y se recrean en el espacio público, y en cada uno de esos momentos graban las imágenes de la ciudad en su memoria, las detallan, las fijan. Ordenan los datos obtenidos y luego mediante una teoría interna explican la naturaleza del objeto, que en este caso es la ciudad. Desde el empirismo observamos la ciudad, el lugar, correlacionamos esa explicación con las imágenes de la memoria, de los recuerdos, de los sentimientos, comenzamos a crear unos significados que expuestos se asocian a las percepciones que todos comenzamos a tener del ambiente.

El concepto percepción, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, está asociado a la “sensación interior que resulta de una impresión material hecha en nuestros sentidos”. Para la investigadora Marleny Restrepo Valencia, justamente, “el imaginario olfativo y el visual son parte de los imaginarios urbanos que sirven como puntos de referencia a partir de los cuales empezar a hablar de una ciudad” (Restrepo, 2007: 39).

Así podemos inferir que en el proceso de reconocimiento de una realidad de la ciudad las personas ponen a trabajar sus sentidos para comunicarse con el entorno físico inmediato. Esa información que se recoge es el primer insumo para posteriormente estructurar una imagen mental que se queda grabada, que nos ayudará a identificar la ciudad y a reconocerla.

Y para apoyar aún más la anterior tesis de Restrepo, los investigadores Ignacio René Uribe López, Guillermo León Molina y Marta Correa Arango plantean en su investigación sobre Ética urbana que “el espacio físico es el medio sobre el cual se propicia el encuentro y se reconoce al ciudadano, allí se configuran los ciudadanos y se construye la memoria” (Uribe, León y Correa, 2011: 8).

En resumen, es el ciudadano el que se apropia del espacio, lo observa, lo repara, lo fotografía en su mente y lo comienza a habitar interviniéndolo con su aportación. Los hombres y mujeres contrastan sus percepciones, con la realidad, en una permanente construcción de resignificación del espacio urbano, dándole lugar a las percepciones urbanas.

2.10. Percepciones urbanas

Es importante precisar que las percepciones urbanas están influidas por conceptos sociológicos, antropológicos, psicológicos, entre otros, que se han impuesto bien porque el espacio público involucra mucho más que estructuras físicas, también aspectos sociales, culturales, políticos y de sentires, que derivan en su uso y aprovechamiento y porque los sistemas de información generan contenidos que alimentan las percepciones.

El ser humano construye sus significados a partir de la comparación de cómo mira el mundo exterior, y cómo se lo apropia a partir del empleo de sus sentidos. Estando en la

ciudad, los lugares no son estáticos, el medio ambiente es cambiante, por los diferentes usos que se le dan a los sitios, porque los hombres y mujeres le apuestan incluso, con el pasar del tiempo, a cambiarle la vocación a los lugares y a someterlos a nuevos constructos mentales.

Esas percepciones urbanas o bien esas imágenes colectivas que se crean de la ciudad, de alguna forma son necesarias para que el individuo actúe acertadamente dentro de su medio ambiente y lógicamente para que se apropie de él. Y surgen a partir de los efectos que producen en los hombres y mujeres los objetos físicos, los espacios y sitios de la ciudad.

Para entender bien cómo se produce esa transformación de la imagen vista y construida y de la percepción sentida y creada a partir de ese objeto, que es cambiante, es importante analizarlo a partir de cinco elementos de la ciudad, bien definidos por Kevyn Lynch: *Sendas, Bordes, Barrios, Nodos y Mojones*¹¹.

Explica el investigador que las *sendas* son los conductos que sigue el observador normalmente, ocasionalmente o potencialmente y están representadas por calles, senderos, líneas de tránsito, canales o vías férreas. Es importante precisar la importancia de estos elementos, porque el ciudadano observa y se apropia de la ciudad en tanto la recorre y de esta manera la resignifica.

Para el caso de Montería, la ciudad presenta una nomenclatura interesante que la sitúa entre calles, carreras, avenidas, diagonales y manzanas, en los diversos sectores, de tal suerte que el ciudadano reconoce las de mayor tránsito como las más importantes y necesarias para el flujo entre el sur y el norte, como la Avenida Primera o la Avenida Circunvalar; las imprescindibles para el transporte público urbano, como las carreras; las

¹¹Concepto de Kevin Lynch tomado de su libro *La imagen de la ciudad*. Publicado en el 2008.

complejas para la ubicación de las residencias, como las manzanas y diagonales en algunos barrios de la ciudad.

Se infiere a partir de las *Sendas*, que la ciudad es sencilla para conocer, rápida para desplazarse y no resulta ni ha resultado tan imprescindible hasta ahora para el ciudadano, aprenderse la nomenclatura, sino reconocer en la mente la ubicación de estas sendas, para delimitar su uso y ocupar el espacio. De hecho, la historia muestra que muchas de las calles de la ciudad anteriormente tenían nombres de fechas importantes, pero el mismo ciudadano le ha ido cambiando el nombre en una apropiación de usos que la hace más sensible y sencilla en cuanto a principio de recordación para todos los ciudadanos. Ejemplo, veníamos de la 20 de Julio en la década de los años 30, a la Avenida Primera en la década de los años 70, a la Ronda del Sinú Centro en la década los años 2000.

El segundo elemento descrito por Lynch es *Bordes*, que son elementos lineales que el observador no usa o considera sendas precisamente, sino los límites entre dos puntos, como especies de referencias laterales; son en resumen elementos fronterizos que coadyuvan a darle la connotación de orden a la ciudad, en tanto en esos puntos termina un territorio o un uso y comienza otro. Los bordes dividen, pero al mismo tiempo conectan.

Retomando Montería, el lugar de la investigación que nos ocupa, los bordes aparecen como especies de fronteras invisibles que determinan el uso de los sitios. ¿Dónde termina el sector comercial y dónde comienza el Residencial? ¿Qué los separa? ¿Cuál es el borde entre ellos? Para el caso de la capital cordobesa, las sendas más amplias actúan como los espacios para las actividades productivas, y las más chicas para las actividades residenciales. En tanto, cuando pasamos de una Avenida o carrera a una calle, casi que automáticamente estamos entendiendo y asumiendo el borde que surge, la frontera que aparece. Un ejemplo en un mismo barrio del sur de la ciudad es La Granja, el más populoso

de Montería porque aglutina unos 50 mil habitantes. Allí es La Principal de La Granja, la vía o senda más importante en la que se concentra el comercio de ese sector. Pues bien, su límite termina en tanto se conectan con los cruces de las diagonales o calles que dan lugar al sector residencial o de viviendas familiares de sus habitantes.

El tercer elemento son los *Barrios*, que según Lynch son los distritos o las secciones de la ciudad, cuyas dimensiones oscilan entre medianas y grandes, y que son reconocibles como si tuviesen un carácter común que los identifica.

En Montería, la dimensión mediana del elemento *Barrios*, son justamente los barrios o urbanizaciones de la ciudad. Y la idea conceptual de ellos es que son sectores residenciales ocupados por el ciudadano para vivir y gozar del disfrute social con amigos, vecinos o en familia. La dimensión grande son las comunas, especificadas incluso así por el Plan de Ordenamiento Territorial de la ciudad, elaborado por el Municipio, que constituye la sumatoria de ciertos barrios (en Montería hay 9 comunas en total), las cuales ejemplifican muy bien el concepto de unidad, similitud por cercanía y por estratificación.

El cuarto elemento son los *Nodos*, puntos estratégicos de una ciudad en los que confluyen públicamente los ciudadanos, si bien de manera masiva o de manera recurrente. Son los puntos de encuentro en los que podrían confluir las sendas, como las esquinas en las que se toma el transporte o se hace el cruce de los semáforos, o lugares en específico que frecuentan gran cantidad de personas, dándole el carácter de núcleo. Estos núcleos son interpretados como centros polarizadores, como el caso de las plazas o parques ubicados dentro de los nodos.

En Montería la imagen acuñada por la percepción ciudadana da cuenta de nodos muy específicos para el disfrute como los parques Ronda del Sinú (Centro o Norte), el Centro Comercial Alamedas del Sinú, el Estadio de Béisbol 18 de Junio, la Plaza Roja del

P-5. También hay nodos estipulados para concentración de personas que se reúnen masivamente a esperar el transporte, como la carrera Cuarta entre calles 27 y 28, pero que curiosamente queda inserta dentro de un nodo histórico para el descanso, como el Parque Laureano Gómez –dentro del cual está la Catedral San Jerónimo-. En esta parte es importante precisar cómo los elementos se entremezclan dando orígenes a usos diversos o disímiles, que permite la construcción de los significados de esta Montería.

El quinto elemento según Lynch son los *Mojones*, que son otro tipo de punto de referencia en el que necesariamente el observador no entra en ellos, pero se lo apropia como señal de algo o que representa algo. Por ejemplo, una señal, una tienda, una montaña. Su uso implica la selección de un elemento entre una multitud de posibilidades. Estos puntos son referencias claras para los ciudadanos, y determinan un valor específico de los lugares, que históricamente terminan siendo así reconocidos.

En Montería la Catedral San Jerónimo (la madre iglesia por excelencia), las Torres Garcés (conjunto de las primeras tres edificaciones más altas de la ciudad), la Ronda del Sinú (parque emblemático e insigne de la ciudad, el sitio de más orgullo y de mostrar por todos los monterianos), el río Sinú, conector de dos márgenes, son apenas algunos ejemplos de Mojones, cuyos usos han permitido justamente la construcción de percepciones asociadas a seguridad. Ya que por ser sitios altamente valorados, han merecido ser más cuidados y atendidos por las autoridades.

¿Cómo entran los jóvenes a mezclarse con los anteriores elementos? Se precisa que en la ciudad ellos ocupan una franja importante, que para el caso de la Montería urbana es prácticamente una cuarta parte de la población de la capital, lo cual determina que sus conceptos aportan a la construcción del espacio en tanto público. Los jóvenes en la ciudad actúan como los demás seres humanos, desde la apropiación y el uso de los espacios,

añadiéndoles características esenciales que revitalizan los lugares, una especie de marca que determina así mismo nuevas percepciones. Desde el sentir, influyen para que cambie la imagen, y es así, por ejemplo, como algunas sendas, adquieren también la connotación de bordes para definir un nuevo uso del espacio público.

Solo es observar el llamado Pasaje del Sol en Montería, antes un lugar más del sector conocido como La Castellana. Anteriormente era una *senda* (vía), que ahora con sus construcciones a lado y lado (bares y restaurantes) se constituye en un *nodo* por la alta confluencia de personas. Pero cuidadosamente actúa al mismo tiempo como *borde* (pero con el nuevo uso ya como límite entre la zona pública y la residencial) del mismo *barrio*.

Se infiere de esta manera la interrelación de los elementos, los cuales constituyen materia prima en la escala ambiental¹², como lo define Lynch. Dichos elementos, bien fusionados entre pares y a veces tríos, se da a partir de esos sentires y significados que le va dando el hombre a los diferentes puntos de la ciudad, generando una transformación permanente, para nada estática, más sí enriquecedora.

Ahora bien, dentro de las percepciones urbanas no se puede dejar de lado el tema de la seguridad ciudadana, decisivo para el desarrollo y crecimiento de las ciudades. Este último concepto está asociado a la seguridad humana, por tanto a la protección frente a riesgos y amenazas producto, bien sea de la incapacidad estatal, de la justicia, de los actores violentos, de la discriminación o del no derecho a la ciudad.

Nos circunscribimos al tema de la seguridad urbana, que se mantiene en tanto los riesgos no se disminuyen y se llevan a su más mínima expresión, pero como la meta resulta imposible en las ciudades, y más en los contextos latinoamericanos en donde el concepto de seguridad ciudadana pasó a ocupar las agendas de los gobiernos desde inicios de la década

¹²Concepto de Kevin Lynch, contenido en su libro *La imagen de la ciudad*. Publicado en el 2008.

de los noventa, las percepciones de inseguridad aumentan notoriamente de la mano de los miedos internos y externos. “El miedo es construido socialmente”, sostiene Reguillo, “el miedo es una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida” (Reguillo, 2000: 23).

Otro aporte importante en este apartado es el que hace el investigador Germán Rey, quien sostiene que referidos siempre a lo urbano, los problemas de seguridad ciudadana tienen que ver, entre muchas otras cosas, con el aumento de la percepción de inseguridad¹³. Y esas percepciones de inseguridad proliferan, entre otros factores, en tanto hay medios de comunicación que coadyuvan a ello en su deber de informar. La mayoría de los relatos que se construyen sobre la ciudad, si bien provienen de las apreciaciones y conceptos de los seres humanos que la habitan, se promueven masivamente a través de los medios de comunicación. Esas narrativas mediáticas aportan sucesivamente a la construcción de la agenda informativa, que bien sea por impacto, interés y conveniencia, suman y suman temas de delito y crimen, aportando con ello a la construcción de la percepción de seguridad o inseguridad de las ciudades. La representación de la violencia en los medios de comunicación, es entonces un motor que alimenta las percepciones de los ciudadanos, día tras día.

Ahora bien, el sentir de los hombres y mujeres sobre la inseguridad producto del miedo, tiene consecuencias sobre las demás dimensiones de la vida social, por tanto analizar las percepciones ha sido lo que le ha permitido a esos mismos gobiernos, desarrollar estrategias para contrarrestar los fenómenos violentos.

¹³Concepto Germán Rey, contenido en su texto *El cuerpo del delito. Presentación y narrativas mediáticas de la seguridad ciudadana*. Publicado en el 2005.

Abordar el tema de la percepción facilita el acercamiento a los relatos sobre las ciudadanías y cartografías del miedo en la ciudad, que se expresan de manera oral o se transmiten en los reportes periodísticos publicados reiterativamente en los medios de comunicación. De esta manera se aprehende el conocimiento sobre los lugares peligrosos o zonas negras que pululan en los medios.

Es importante a este punto la mezcla que puede surgir justamente de la observación de ese medio ambiente que hace el ser humano, del que habla Lynch, ya que a partir de las miradas a los elementos propios de la ciudad, el ciudadano genera sus propias dinámicas constructivas sobre esos lugares, dándoles una representatividad y un uso específico. Ello encierra al mismo tiempo diversas características, como la seguridad o la inseguridad. Las ciudades serán entonces las sumatoria no solo de lo que se ve, sino de lo que asume es y de lo que se transforma en tanto el uso que le dan quienes las habitan. Y en ese devenir de conceptos, figuran los medios de comunicación, canalizadores de unas narrativas del espacio, de lo urbano, por tanto fluyen los conceptos con tal mediatez que llegan al ciudadano. Los jóvenes, en este punto, grandes consumidores de lo que existe en el mercado, son al tiempo transformadores de eso que transitan, que viven. Ellos aportan sus sentires, sus percepciones.

2.11. Ciudades colombianas, de lo rural a lo urbano

No se puede desligar de la profunda transformación urbana que tuvo Colombia (en la cual está inmerso Montería), la forma como el país pasó lentamente de lo rural a lo urbano en siglo XX:

En el censo de 1938, la población urbana era menos de la mitad de la población del país y, en 1993, casi el 30% vivía en la zona rural. Fue en la década de 1960 cuando el país realizó su transición de mayoría rural a mayoría urbana (Murad, 2003: 7).

Y fundamente esa transición de país rural a urbano, se da por varias razones: políticas y violentas. En la medida en que se desarrollan nuevos modelos administrativos de Gobierno, que le apuntaban al centralismo de las grandes ciudades, se comenzaron a concebir las oportunidades. En 1950 el país pasa políticamente del poder Liberal al Conservador, se desata así una persecución política de estos últimos contra los primeros, siendo este el germen para la violencia que a su vez dio origen a las guerrillas campesinas:

Esta pugna se transformó en una lucha por el control de la propiedad. Las migraciones rural-urbanas se aceleraron a consecuencia de las luchas armadas en el campo y las cabeceras municipales y las mayores ciudades fueron foco de atracción para estos migrantes. El crecimiento de la población urbana se acelera entre 1951 y 1964, para alcanzar el mayor ritmo de su historia (5.4%) (Murad, 2003: 28).

Ese proceso político-violento de migraciones internas ha sido el punto de quiebre del país, determinado por la reorganización o recomposición política y administrativa, pero al mismo tiempo por la concentración del poder, el cual se observó con fuerza dadas las inequidades sociales y de calidad de vida que alejaban al campo de la ciudad. Este punto de quiebre ha sido considerado como el principio del conflicto, con su peso específico que ha afectado de manera sorprendente a las poblaciones que comenzaron a llegar a las ciudades:

El crecimiento del nivel de urbanización del país ha tenido un efecto directo en la migración interna, la que a su vez ha sido gatillada por la mecanización de la agricultura, la concentración de la propiedad rural y el escaso dinamismo del sector agrícola tradicional. Es decir, las ventajas comparativas sociales y económicas entre el campo y la ciudad, así

como entre las áreas menores y las grandes capitales, incidieron en los comportamientos migratorios, sus variaciones espaciotemporales y sus características específicas (Murad, 2003: 8).

Se puede concluir, de acuerdo a las investigaciones, que las migraciones internas del campo a la ciudad no estuvieron motivadas por la industrialización, como sí sucedió en los países europeos. Lo existente hasta ese momento fue el modelo semifeudal, que enfrentó a los campesinos con el poder, por tanto se fueron a las ciudades. De esta manera la concentración de la propiedad y la fragmentación de los predios pequeños pusieron en desventaja a los campesinos, que se fueron quedando poco a poco sin tierra para sembrar. Hoy por hoy, en Colombia hay más hectáreas dedicadas a la ganadería extensiva, que a la agricultura, y como no hay tierra para sembrar, hay que salir del campo.

Paralelo al tema de las migraciones internas, también se dio el fenómeno del desplazamiento forzado, determinado específicamente por la lucha por la tierra. Algo que se sostiene hasta nuestros días, siendo el departamento de Córdoba uno de los ejemplos más notorios en esta problemática y específicamente su capital, Montería:

Córdoba es el octavo departamento más afectado por el desplazamiento forzado en el país. Tiene 160 mil campesinos desarraigados del millón 400 mil habitantes que posee en su territorio, según el Departamento para la Prosperidad Social (DPS). Una población itinerante que se mueve de un lado a otro, perdida y permanentemente amenazada si intenta solicitar la restitución de sus derechos. Montería, la capital cordobesa, se constituye como el municipio de mayor recepción de desplazados, el 10% de su gente es refugiada (Morelo, 2012).

Tantos las migraciones internas rural-urbano y el desplazamiento forzado, fueron altamente selectivas por sexo, las mujeres campesinas emigraron más que los hombres. Y

entre muchas razones el hecho de que a muchas les asesinaron a sus maridos en medio de la disputa por el control de la tierra.

Colombia posee el conflicto interno más extendido en la historia Latinoamericana. En los años 70 el movimiento campesino fue el detonante de un proceso de politización generalizado y los conflictos se desplazaron a los centros urbanos, de esta manera la avalancha de refugiados desbordó la capacidad de absorción poblacional¹⁴ generando consigo una apropiación de escenarios y por ende de transformación del espacio público en las grandes y pequeñas urbes.

En este escenario confluyen las guerrillas de origen político, las Autodefensas o ‘paramilitares’, que nacieron en la década de los años 80 para combatir a la guerrilla y el narcotráfico, como motor económico de unos y otros, que terminando transformando la concepción de la disputa, ahora enfocada a la tierra como canal que posibilita acciones de todo tipo.

Todo ello ha generado oleadas de desplazamiento que han saturado a las ciudades y no han sido bien atendidas por los gobiernos. Solo entre 1985 y mediados del 2002, la población desplazada en el país alcanza los 2.706.023 personas, según informes de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes) en el Sistema de Información sobre el Desplazamiento (boletín 40).

La Serie Población y Desarrollo, de Cepal, conceptúa específicamente que el desplazamiento forzado altera la geografía humana, espacial y cultural de las ciudades incrementando la desigualdad, la discriminación y la exclusión social. El derecho a la ciudad se limita, o se obstaculiza en la medida en que las condiciones no son iguales para

¹⁴Concepto de Alejandro Reyes contenido en su libro *Guerreros y campesinos, el despojo de la tierra en Colombia*. Publicado en el 2009.

quienes habitan las ciudades, y para quienes arriban nuevos. Chocan en los espacios y se generan climas de desestabilización e inseguridad.

2.12. Historia de Montería

Una aldea de campesinos ubicada sobre la sabana del río Sinú fue en el siglo XVIII San Jerónimo de Buenavista, población que el primero de mayo de 1977 el ingeniero militar Antonio De la Torre y Miranda creó con el nombre de Montería, por ser un sitio donde los campesinos se dedicaban a la caza y a montar a los animales.

Fundar a Montería permitiría, entre otras cosas: El establecimiento de un poblado en las cercanías al golfo del Darién, lo que serviría como fortín de los españoles para mantener un centro de operaciones, mantener a los indígenas congregados en un pueblo y la contención de los indígenas naturales de Cereté, que eran un peligro para la estabilidad local (Castro 2003: 45).

La creación de este poblado surge a raíz de las correrías de Antonio De la Torre y Miranda para abrir camino desde Cartagena de Indias hasta Antioquia, y aunque en un principio la zona era cenagosa y plagada de insectos donde no se avistaba un gran futuro para los pobladores, en 1977 De la Torre y Miranda, por dirección de la Corona Española decide volver a las ‘monterías’ para fundar una provincia.

El terreno cenagoso y no apto para las construcciones forzó a los fundadores a tener sus primeras instituciones en la margen izquierda del río Sinú, donde además permitía la cercanía y comunicación con Antioquia por la región del Urabá. Las primeras calles que se crearon en la recién fundada Montería fueron diseñadas en cuadrículas en torno a una iglesia, ahí habitaban 1.185 personas, lo que correspondía al 1% de la población total de la provincia de Cartagena, a la cual pertenecía Montería.

La fundación de la provincia se dio cuando Europa atravesaba La Ilustración, lo que trajo para las colonias americanas fundadas por los españoles la tecnificación de los cultivos de maíz y algodón, aparición de las primeras autoridades religiosas y políticas, el diseño de la arquitectura de las vías y la creación de nuevos impuestos.

Este impulso se mantuvo hasta la época republicana cuando Montería quedó bajo el mando político de la provincia de Cartagena de Indias, lo que sumió a la población en una temporada de inercia que mantuvo en un estancamiento todos los ámbitos de la población. Muy a pesar de que en otras poblaciones del país se estaba desarrollando con ímpetu y se libraban batallas jurídicas e institucionales para la formación de Colombia.

Sin embargo, fue hasta el siglo XX cuando se dieron los primeros asomos de avance en su contexto como ciudad, lo que llegó muy cercano con la constitución como capital del Departamento de Córdoba (1952), aquella aldea cenagosa tenía ahora 14 calles arenosas y angostas, construidas de forma perpendicular al río Sinú y 12 avenidas que no mostraban grandes exigencias de ingeniería, una plaza de mercado y la iglesia. Los primeros barrios fueron La Ceiba y Chuchurubí, punto de partida para la construcción de otros sectores como Colón, Montería Moderno, Nariño y Sucre, construidos por el ingeniero Horacio Benítez.

Las estructuras más representativas de la época eran la Avenida 20 de Julio, a orillas del río Sinú, el parque Simón Bolívar, la Casa de Gobierno, el Monumento a la Bandera Colombiana y el puerto de atraque que ocupó cien metros a la orilla del río Sinú, entre las calles 34 y 35 y que fue construido por el ingeniero monteriano Víctor Tribiño.

Los hogares fueron construidos con elementos que en su mayoría provenían de la naturaleza como bahareque, madera, palma. Eran casas amplias que contaban con servicios públicos muy básicos como el agua, que no era continuo ni llegaba con agua potable. Solo

hasta 1911 llegó a Montería el servicio de energía eléctrica que era prestado por la Empresa de Agua Hielo y Luz S.A. desde las 6:00 p.m. hasta las 11:00 p.m. gracias a una planta con motores de petróleo de 56 KV. Para esta época también se comenzó a despejar la comunicación terrestre, fluvial y aérea de Montería hacia otras poblaciones como Cereté, Ciénaga de Oro y Cartagena.

De acuerdo con Jaime Castro Núñez, en 1919 Rubén Benedetti inició el transporte en carro en Montería; pero fue solo hasta 1940 cuando iba en declive el transporte fluvial por el río Sinú, que se creó la ruta intermunicipal Montería –Cereté-Ciénaga de Oro. Hoy, la vía principal que nos comunica con la Costa Caribe colombiana.

Castro Núñez recalca en su libro la importancia comercial que tuvo para la ciudad el transporte fluvial por el río Sinú, lo cual permitía la comunicación con Cartagena tras un viaje de más de 20 horas que iba a terminar en el puerto ‘Los Pegasos’. A partir de los años 40 la ciudad comienza a tener un crecimiento urbanístico importante, por ende se trazaron nuevas calles. Los usos del río Sinú fueron cambiando y la navegabilidad por el afluente se transformó, a la par con el desarrollo que comenzó a tener Córdoba como departamento, ya que en 1951 esa independencia administrativa y política fue posible, por tanto Montería se convirtió en ciudad capital.

Pero así como los acontecimientos históricos marcan una etapa importante en el crecimiento de las ciudades, lo son también las características relacionadas con los aspectos geográficos y culturales que determinan la ciudad, haciendo renacer en ella cualidades que la diferencian de los demás. Para el caso de Montería, es un centro urbano dominado por la presencia e impacto del río Sinú, lo que hace de ella una ciudad ribereña, partida en dos por el río y vivida de esa forma por sus ciudadanos. La investigadora Marleny Restrepo conceptúa que estas cualidades representan una dimensión doble: el de la ciudad/río. Y

expone que el río habría de marcar la historia del desarrollo del comercio a partir de la navegabilidad, pero también le permite al monteriano representar la ciudad como un espacio verde, ecológico, que ocupa un lugar importante dentro de la construcción de espacio público.

En ese espacio, público en tanto lo ocupan todos, se sitúan de alguna forma las frustraciones, los anhelos y los miedos del ciudadano, complejizando la construcción espacial, pero haciendo de ella una realidad compartida. Surgen las percepciones que todos comienzan a tener de la ciudad.

Vale la pena mencionar el abordaje seguridad y miedo planteado por Marleny Restrepo, que infiere que la ciudad ha cambiado y se ha tornado insegura en la medida en que crece en espacio y población:

Expresiones como ‘Montería es más segura’, ‘antes había más tranquilidad porque todo el mundo se conocía’ muestran los temores que tiene un grupo de monterianos por la ciudad, y que los lleva a percibir algunos sitios como peligrosos, especialmente en el imaginario de aquellos quienes anhelan la Montería tranquila con ambiente de pueblo de años atrás (Restrepo, 2007: 65).

El estudio infiere que todos perciben a una ciudad peligrosa, pero más los hombres mayores que los jóvenes, debido a que con el arribo de grupos violentos y a partir de allí, la conformación de pandillas, han llevado a que proliferen el miedo. Ello, contrapuesto con el hecho de que en esa misma proporción de percepciones han crecido y se han multiplicado los espacios para el goce de la ciudadanía. Por ejemplo, la construcción de la Ronda del Sinú la Ronda del Norte, alamedas paralelas al río con parques y espacios del compartir.

Montería es en la actualidad una ciudad intermedia con 422.175 habitantes según la proyección para el 2012 hecha por el Departamento Nacional de Estadísticas (Dane), con

una tendencia de crecimiento no subestimable, por tanto se constituye en el centro y/o polo de desarrollo de una subregión importante que toma una porción del Caribe colombiano (Sucre, Sur de Bolívar) y del Urabá Antioqueño y Bajo Cauca Antioqueño. En la ciudad se están registrando transformaciones importantes de la mano de algunas políticas públicas, que igualmente han variado las percepciones de sus habitantes.

CAPÍTULO 3

METODOLOGÍA

La investigación se llevó a cabo en la zona urbana de la ciudad de Montería y se buscó conocer el punto de vista de los jóvenes entre los 14 y 26 años de edad, hombres y mujeres, sobre las percepciones de seguridad en la capital cordobesa.

La investigación obedece a un diseño mixto (cualitativo y cuantitativo), con enfoque descriptivo, en la medida en que se pretende describir la percepción de seguridad de los jóvenes que habitan en la ciudad. Para la aplicación de la investigación se han realizado grupos focales que revelan los conceptos y sensaciones que tienen los jóvenes sobre el espacio público de su ciudad y sobre el uso del mismo, lo que infiere para ellos, sin darse cuenta, en que han trazado una cartografía del miedo, lo cual hace que algunas zonas figuren como puntos rojos, neurálgicas a la violencia, riesgosas para la vida, para el encuentro y para el compartir; y otras gozan de los privilegios de la seguridad, dado sus constructos físicos que exteriorizan mayores inversiones en dinero.

La información obtenida a través de este instrumento es soportada con una encuesta que ha sido diseñada a partir de los conceptos teóricos planteados por Kevin Lynch en su texto *La imagen de la ciudad*. La teoría plantea que la imagen que tenemos de la ciudad por los espacios construidos se mezcla con las sensaciones que aportamos a ella, el resultado son nuestras percepciones que moldean los espacios públicos y les dan una características y significaciones específicas.

Los cinco elementos de Kevin Lynch son *Sendas, Bordes, Barrios, Nodos y Mojones*. Cada uno de ellos constituyen las categorías que permitieron diseñar la encuesta como instrumento de recolección y medición de información.

Los instrumentos utilizados nos conducen a interpretar la información obtenida para desarrollar un análisis desde las percepciones de seguridad que tienen los jóvenes (hombres y mujeres) de Montería, la caracterización de los lugares en peligrosos y seguros; y desde la perspectiva de género determinar una clara diferencia en el uso del espacio público. Lo anterior nos proporciona una mirada crítica sobre la marginal participación de los jóvenes en la construcción de políticas de seguridad y sobre la equivocada insistencia en considerar los espacios públicos iguales para unos y otros, con lo que justamente las autoridades vienen determinando esa construcción de seguridad en la ciudad.

3.1. Muestra de la investigación

Dadas las características del tipo de investigación se utilizó un muestreo no probabilístico por conveniencia. La unidad para este muestreo se definió como una persona joven (de ambos sexos) residente en la ciudad Montería, entre los 14 y los 26 años de edad.

Con el propósito de soportar los datos obtenidos en los grupos focales, se realizaron 380 encuestas a jóvenes entre los 14 y los 26 años de edad residentes en el norte, centro y sur de la capital cordobesa, cifra que permite hacer ciertas generalizaciones, dado el número de jóvenes en la ciudad según información de la Alcaldía de Montería.

3.2. Selección de las unidades muestrales

La selección de las unidades muestrales o personas a evaluar se realizó de la siguiente manera:

Con el fin de obtener un número de sujetos representativos que permitieran extrapolar los datos a la población se empleó la información proyectada y proporcionada por el Departamento Nacional de Estadísticas (DANE), 2012, donde se establece que en la

ciudad de Montería existen un total de 103,768 jóvenes en edades entre 14 y 26 años de edad de los cuales 52,412 son hombres y 51,356 son mujeres. Teniendo en cuenta esto, se empleó la ecuación establecida para poblaciones finitas o de tamaño conocido:

$$n = \frac{N * Z_{1-\alpha}^2 * p * q}{d^2 * (N - 1) + Z_{1-\alpha}^2 * p * q}$$

Donde:

n: Tamaño de la muestra

N: Tamaño de la población (103,768 jóvenes)

Z 1- α : nivel de confianza. Es un valor constante que, si no se tiene su valor, se lo toma en relación al 95 % de confianza y equivale a 1,96

p: proporción de respuestas en una categoría. Percepción buena de seguridad (0.5)

q: proporción de repuestas en la otra categoría. Percepción mala de seguridad (0.5)

d: precisión (Error máximo admisible en términos de proporción)

α : Error de muestreo (0,05)

3.3. Recolección de datos

El método utilizado es de tipo cualitativo y cuantitativo. El primero consistió en la realización de grupos focales. En cuanto al método cuantitativo se aplicó una encuesta (Escala de Likert) a 380 jóvenes en las nueve comunas de Montería.

Para acceder a las jóvenes entre 14 y 26 años de edad que participaron de los grupos focales se recurrió a los directores de las instituciones educativas de los diversos estratos de Montería y a las universidades, que ubicaron a la población objeto de estudio. Al procesar

la información se seleccionaron 18 jóvenes de cada estrato socioeconómico, con quienes se realizaron los tres grupos focales.

Para seleccionar a los jóvenes encuestados, además de los colegios se visitaron barrios representativos de los diferentes estratos socioeconómicos de la ciudad, concentrando las visitas en parques, tiendas, calles, casa a casa, procurando que la muestra se dividiera en igual número de hombres y de mujeres jóvenes.

3.4. Instrumentos de medición

De acuerdo a los objetivos planteados, los instrumentos que se emplearon fueron los apropiados porque permitieron describir en buena medida las percepciones que tienen los jóvenes que viven en Montería sobre la seguridad de esa ciudad, sobre los espacios que representan riesgo o peligro y los que no, y sobre las diferencias conceptuales de mujeres y hombres al apropiarse de esos espacios y justamente hacerlos públicos para su disfrute o para su miedo.

Como se mencionó anteriormente, la encuesta se construyó teniendo en cuenta la técnica denominada Escala Likert, que es un método de evaluaciones sumarias que se emplea en trabajos de investigación. Cada enunciado, de acuerdo a esta técnica, mide tanto el grado positivo como neutral, favorable o desfavorable de los encuestados. Normalmente hay 5 posibles respuestas o niveles de acuerdo o desacuerdo. Al medir los resultados de cada enunciado de la encuesta, se puede analizar por separado o, en algunos casos, las respuestas a cada elemento se suman para obtener una puntuación total para un grupo de elementos.

Las preguntas están relacionadas con cada uno de los cinco elementos referenciados por Kevin Lynch (sendas, bordes, barrios, nodos y mojones). En los grupos focales, se

procuraron preguntas que les permitieron a los jóvenes expresar con libertad, tranquilidad y confianza sus ideas, conceptos, significados, aprehensiones relacionadas con la ciudad donde residen, Montería.

En los grupos focales, las preguntas fueron estructuradas y permitieron ahondar en las diferencias sobre las percepciones de seguridad en la ciudad, sobre qué tanto ha impactado en ellos la violencia en la ciudad y sus percepciones para resignificar los espacios públicos. Así mismo, cómo se hacen notorias esas diferencias de género en la conformación de las cartografías del miedo de la ciudad y si esas percepciones influyen en el ser ciudadanos.

Tanto en las encuestas como en los grupos focales, se obtuvieron los datos que describen en detalle la percepción de los jóvenes sobre la seguridad en Montería. Estos datos a su vez se soportaron en los cinco elementos planteados por Kevin Lynch en su texto *La imagen de la ciudad*.

3.4.1. Diseño del instrumento encuesta de acuerdo a los cinco elementos de la ciudad

Preguntas relacionadas con Sendas:

1. Las calles de Montería son seguras.
2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro.
3. Las mototaxis son seguras para los hombres.
4. Las calles de los barrios del sur de la ciudad son más inseguras que las del centro.
5. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería.
6. Yo puedo transitar por las calles del sur de Montería a cualquier hora.
7. Cuando camino la ciudad solo (a) me siento seguro (a).
8. Prefiero caminar la ciudad en compañía de otras personas.

9. La presencia de policía en las calles me representa seguridad.
10. Yo puedo transitar por las calles del centro de Montería a cualquier hora.

Preguntas relacionadas con los Bordes:

11. Las esquinas de las calles donde hay tiendas y billares son sitios por donde las mujeres pueden transitar tranquilas.
12. La Avenida Circunvalar de Montería es segura.
13. Las pandillas que se instalan en las fronteras de los barrios protegen a los jóvenes.

Preguntas relacionadas con los Barrios:

14. El cerro es un sector asociado a las pandillas.
15. El barrio Cantaclaro es un sector por el que transitarías con tranquilidad.
16. El barrio Rancho Grande es seguro de noche.
17. Los barrios del norte son seguros.
18. Los barrios del sur son seguros.
19. El Centro es un lugar seguro para hombres y mujeres.
20. En el barrio en el que vivo los hombres son más respetados que las mujeres.

Preguntas relacionadas con los Nodos:

21. Puedes entrar con facilidad a cualquier sitio del Pasaje del Sol.
22. Cuando visitas el Centro Comercial Alamedas te sientes cómodo y aceptado.
23. Los barrios del sur tienen suficientes espacios públicos para los jóvenes.
24. Soy conocido en mi barrio y por eso me siento segura (o).
25. Las calles y parques sin iluminación y los lotes abandonados me producen temor a la hora de transitar.
26. Los jóvenes acceden sin limitación al Centro Comercial Alamedas del Sinú.
27. El Pasaje del Sol es un sitio exclusivo para hombres y mujeres adinerados.

28. Prefiero encontrarme con mis amigos en lugares privados.
29. Prefiero los lugares abiertos para compartir con los amigos.
30. El Puente Metálico es un sitio seguro para los jóvenes de Montería.
31. Los bajos del Puente Segundo Centenario es el barrio Sucre es un sitio seguro para transitar.

Preguntas relacionadas con los Mojones:

32. A la Ronda del Sinú acceden hombres y mujeres de todos los estratos.
33. La Ronda del Sinú es segura.
34. La Catedral San Jerónimo es un símbolo de seguridad en Montería.
35. La Ronda Norte es un espacio libre para el ciudadano joven.
36. Sierra Chiquita, en el Cerro de Montería, es un sitio seguro.

3.5. Análisis de los datos

Para el análisis de los datos se procedió a la organización de la información así:

- a. El material obtenido en las encuestas se clasificó igualmente dentro de los cinco temas fundamentales, entendidos como los lugares de encuentro en donde se manifiestan las percepciones y se relacionan con temas propios de los jóvenes y la seguridad y el ser en la ciudad:
 - *Sendas*, que son las calles que recorren con seguridad o temor los jóvenes.
 - *Bordes*, que son las fronteras difíciles de ocultar.
 - *Barrios*, lugares para habitar.
 - *Nodos*, sitios para el encuentro con seguridad.
 - *Mojones*, emblemas que identifican al ciudadano hombre o mujer de Montería y qué tanta seguridad representan.

Al clasificar la información, se logró establecer las percepciones que tienen los jóvenes sobre Montería, es decir, lo que sus imaginarios construyen de acuerdo a la realidad y a las experiencias vividas en el espacio público de la capital. El reconocimiento de estos cinco elementos de Kevin Lynch, asociados a las sensaciones que dejaron ver los jóvenes permite describir la ciudad en tanto seguridad.

- b. Para la organización y análisis de las encuestas, se utilizó Excell, y posteriormente se graficaron los resultados con el fin de lograr una descripción detallada de cada variable analizada.
- c. En cuanto a los datos obtenidos en los grupos focales, éste se realizó a partir de cada una de las preguntas formuladas orientadas a identificar las características de los lugares de Montería en cuanto a la percepción que tienen los jóvenes del territorio. Pero ya en mayor profundidad se infieren las diferencias de género y cómo marcan los imaginarios de seguridad en la ciudad.
- d. Organizada la información se hizo el análisis de las encuestas y los grupos focales bajo cuatro grandes acápites: Características de los espacios públicos; percepción de seguridad urbana; diferencia de género en el uso del espacio público e influencia de las percepciones en el uso del espacio público.
- e. Posteriormente, en la fase de conclusiones se procedieron a cruzar los resultados y los análisis entre jóvenes, estableciendo comparaciones, similitudes y diferencias.

CAPÍTULO 4

RESULTADOS E INTERPRETACIÓN

4.1. Resultados de los grupos focales

4.1.1. Resultados Grupo Focal 1

Con el propósito de describir los lugares de la ciudad de Montería que son seguros e inseguros, cuál es la percepción de seguridad urbana que tienen hombres y mujeres entre 14 y 26 años y si dichos espacios convocan, incluyen y son aprovechados por los jóvenes que habitan en diversos sectores de la capital, se le consultó a un grupo conformado por seis muchachos, residentes en los sectores, centro, sur, suroccidente, suroriente y margen izquierda del río Sinú, qué entendían por seguridad, qué era un lugar seguro, y cómo describen a la capital cordobesa.

Partiendo del hecho de que no es ciudad un espacio en sí mismo, es un espacio transformado por el hombre para el hombre, los jóvenes consultados expresan que justamente en la ciudad hay espacios públicos intervenidos por ellos al que tienen derecho porque justamente lo crean. “Además, en ellos podemos compartir”, dijo Jorge Daniel, quien reside en el barrio Los Laureles, en el centro. Esa definición de espacio público desde los jóvenes expone elementos importantes que definen el grado de participación que tienen en la ciudad o que desean tener: “En el espacio público se comparte algo y se cuida”, precisó Andrés Pablo, habitante del barrio 6 de Marzo (sur de la ciudad).

Según los jóvenes, el espacio público debe ser un escenario en el que además de transitar libremente, para que se dé el concepto de compartir, debe primar el derecho a la ciudad de absolutamente todos los ciudadanos y el derecho a la seguridad. Sin embargo, al ser consultados consideran que no es así del todo y que tal derecho a la ciudad y al espacio

público está siendo violentado de manera permanente por diferentes razones. “Hay calles por las que definitivamente nunca se puede transitar de noche, como las calles de algunos barrios del sur, porque te atracan”, dice Shelly.

Pero primeramente para Melisa, residente en el suroriente de Montería, “seguridad está asociado a confianza, comodidad, no sentir temor, que lo que rodee a los seres humanos no haga daño”, por tanto, un sitio seguro tiene como características, según Juliana, “la armonía, la convivencia, la presencia de la Policía”. Dicen ellas que un sitio seguro debe ser “iluminado, limpio y amplio”, en palabras de Shelly, residente en la margen izquierda del río Sinú, y que el sitio será más seguro en tanto “se conozca a las personas que viven en él”, puntualiza Jorge Daniel.

Para los jóvenes es importante y prácticamente innegociable vivir en una ciudad segura, porque les permite conectarse con el mundo ya que según Juliana, residente en el centro, “puedo salir a caminar, a disfrutar de los ambientes a crear el propio espacio público y eso conduce a la felicidad”. Consideran los muchachos que “cuando en los sitios no se respira miedo la comodidad aumenta, al tiempo que la sensación de seguridad”, dice Juan, habitante del centro.

Preguntándoles más en detalle sobre la ciudad de Montería y si perciben que esta es segura, Andrés Pablo dice que no: “La ciudad ha cambiado, antes caminaba con más tranquilidad, pero ahora me cuido mucho”. Sostienen los entrevistados, en el caso de Juan que “la sensación de inseguridad aumenta en partes donde falta iluminación y están descuidados, como los parques. Entonces yo allá no voy”, agrega Shelly. Otros dicen que “hay parques que me inspiran inseguridad, en ellos hay gente que no me inspira confianza”, precisa Melisa.

Esa percepción de inseguridad en Montería se expone claramente en los espacios públicos de la ciudad, según las respuestas de los jóvenes. Por tanto, retomando los elementos de la ciudad según Kevin Lynch (Sendas, Bordes, Barrios, Nodos y Mojonos), que ayudan a comprender de mejor forma la distribución espacial de la ciudad, los jóvenes monterianos entrevistados dan sus pistas claras sobre cuáles son sus percepciones.

Los jóvenes indicaron de manera concreta cuáles son los lugares que ellos identifican como inseguros: el mercado central de Montería, algunos puertos a orilla del río donde se toma el planchón para pasar de una margen del Sinú a otra, la bajada y subida de los dos puentes que conectan las dos márgenes del río Sinú; la carrera 2ª entre calles 40 y 38, en donde se ubican prostitutas y travestis; el barrio Cantaclaro, que nació como invasión y hoy es el sector más grande con 40 mil personas, Puerto Platanito, en frente de la edificación donde funciona la Fiscalía. Pero así como hay lugares definidos, hay otros desperdigados en toda la ciudad, y también momentos que tienen unas condiciones específicas: los parques o canchas que no están iluminados, los paraderos de los buses cuando se aglomeran muchas personas; algunas calles en las noches a la hora de tomar el taxi.

Se advierte de esta manera que las **Sendas** o calles de la ciudad que exponencialmente representan inseguridad para los jóvenes son: la carrera 2ª entre calles 40 y 38, en donde se ubican prostitutas y travestis (ubicada en el centro de la ciudad), la calle principal del barrio La Pradera (sur de Montería). La Avenida Circunvalar (arteria principal que divide a Montería en dos), las calles del barrio Pasatiempo, La Castellana y El Recreo, porque son muy solitarias (barrios estratos 5 y 6 de la ciudad), las calles del barrio La Floresta (estrato 3), la carrera 2ª (Centro de Montería que en el día alberga al comercio y en las noches a prostitutas y travestis), la calle 29 (vía de salida del Centro de Montería que

conduce a los moteles), la calle de acceso al barrio Caracolí y las calles del barrio Cantaclaro.

En cuanto a **Bordes**, que son esos límites que dividen, pero que también conectan, en los cuales los jóvenes se sienten inseguros principalmente porque no hay presencia de policías, porque carecen de buena iluminación o porque hacen parte de zonas de estratos medios y bajos, tras el concepto de relacionar pobreza con violencia, identifican:

- La calle de acceso al barrio Caracolí, porque traza una frontera en la margen izquierda del río Sinú, entre la carretera principal que conduce desde la bajada del puente hacía el corregimiento Las Palomas, y la zona residencial del barrio. La calle es especialmente oscura.
- La Principal del barrio La Pradera, porque divide a un barrio estratos dos: La Pradera, de uno cuyas viviendas primordialmente nacieron a partir de las invasiones producto de la violencia a finales de la década de los años 80: Cantaclaro.
- La calle principal del barrio Rancho Grande, un sector en donde hay alta presencia de pandillas y prácticamente divide en dos el barrio de 25 mil habitantes. A juicio de los entrevistados, la margen derecha del barrio, que tiene un Centro de Atención Inmediata de la Policía (CAI), es más segura que el sector residencial de la margen izquierda de la vía.
- La calle 34 del Centro de Montería, porque desde la 41 hasta la 34 hay bares, residencias en las que se paga por hora, y esquinas en las que se encuentran travestis y prostitutas. De la 34 en adelante está ubicada la zona bancaria, que goza de presencia policial y de agentes de seguridad privado, que representan seguridad para quienes viven en los edificios de ese sector o de quienes transitan por allí.

- La carrera 35 que divide a los sectores La Represa y La Isla, ambos ubicados en el barrio Cantaclaro. La gente ya no quiere caminar por ahí, porque las pandillas de La Isla amenazan con pasarse a La Represa, según las noticias publicadas en el periódico local, EL MERIDIANO de Córdoba, en noviembre de 2012, durante la realización de esta investigación.

Justamente Shelly y Andrés, que viven en estratos medios (margen izquierda del Montería y sur de la ciudad, coinciden en que lastimosamente el arribo de más familias desplazadas por la violencia y la falta de empleo, ha incrementado los niveles de pobreza. “Y vemos que muchas personas como no tienen para comer y los hijos no van al colegio, se quedan vagando y conforman pandillas”, precisa Andrés.

Al consultar sobre la percepción de seguridad en los **Barrios**, los jóvenes definitivamente coinciden en que Cantaclaro, La Floresta, Rancho Grande y Santafé son los que más inseguridad les representan. Llama la atención porque los barrios están ubicados en sectores muy distintos: sur, suroccidente, suroriente y margen izquierda del río Sinú, lo que refrenda la respuesta común a la pregunta ¿es Montería una ciudad segura? Tres de ellos contestaron en coro ya no.

Andrés cuenta que su hermano, que vivía y trabajaba en Barranquilla, se regresó a Montería a vivir con ellos en el barrio 6 de marzo. “En un año lo atracaron dos veces aquí en el barrio. Mi mamá dijo que eso por estos lados no se veía. Y de hecho en la puerta de mi casa me robaron el celular hace como un año y nunca, yo crecí ahí, me habían robado si quiera el balón con el que jugábamos fútbol cuando pelaos”.

Jorge Daniel también cuenta que “antes mi mamá se sentaba en la terraza de la casa en el barrio donde vivimos, Los Laureles. Desde hace varios años ya no lo hace, porque un

día se acercaron unos tipos a atracarla. ‘Montería ya no es la misma’ me dice mami cada vez que salgo”.

Juan, que nació en Medellín, dice que sus padres lo trajeron chiquito a vivir a Montería. “Recuerdo que mi mamá se la montó a mi papá para que nos viniéramos a vivir aquí porque era más pequeño y más seguro. Y yo me sentía tranquilo en Pasatiempo, el barrio donde vivo, pero ahora, a lo que son las 6:00 de la tarde la abuelita le echa candando a la puerta porque pasan muchas motos raras, y sus conductores han atracado a varios vecinos. El pueblo se creció y a más gente más inseguridad, me dice mi mamá”.

En cuanto a los **Nodos**, que según Lynch hace alusión a los puntos estratégicos de una ciudad en los que confluyen públicamente los ciudadanos, bien sea de manera masiva o de manera recurrente, y que lo hacen porque ellos representan seguridad, los entrevistados reconocen La Ronda del Sinú o Avenida Primera, el Centro Comercial Alameda del Sinú, el Pasaje del Sol y el Parque de la Catedral. Para los jóvenes estos sitios son nodos seguros “porque nos reencontramos con los de nuestra edad, porque nos divertimos, porque allí nos sentimos libres, porque hay policías”.

En lo que tiene que ver con los **Mojones**, que son otro tipo de punto de referencia en el que necesariamente el observador no entra en ellos, pero se lo apropia como señal de algo o que representa algo, los entrevistados coinciden en pocos símbolos o íconos, pero reconocen en Montería como referentes de la ciudad, asociado a seguridad: “La Catedral San Jerónimo, las Torres Garcés y la Ronda del Sinú. Esos sitios emblemáticos nos representan”, dijo Jorge Daniel, y agregó, “propician el sentido de pertenencia y las ganas de cuidarlo”. Andrés Pablo aseguró: “Allí uno sabe que no le va a pasar nada”.

Montería, descrita por los jóvenes, desde sus percepciones de seguridad, se lee como “una ciudad peligrosa en algunos sectores”, menciona Andrés Pablo; “caliente –pero

no por el calor- sino por la inseguridad”, dice Melisa. Llama la atención que consideran a Montería “aburrida”, como Shelly; porque “no hay opciones de hacer muchas cosas, y si voy a hacer muchas cosas, se necesita dinero, siempre”.

Aseguran los jóvenes que los espacios públicos seguros, como son tan pocos, no dan abasto para todos, entonces los lugares se saturan, generándose una percepción que no se ha extendido, y es que, como asegura Juliana, “a mayor número de personas la tendencia es a que se registre una ola de atracos y llegue la inseguridad”. Se puede inferir entonces como conclusión de lo expresado por Juliana, que los sitios que creen seguros, en algunos momentos, cuando se congestionan de personas, se tornan inseguros “porque son aprovechados por los amigos de lo ajeno para robarles a los visitantes”.

Surgen entonces las lecturas de los lugares sobre “los que hay que tener cuidado, a donde se puede ir pero no hasta tarde en la noche, donde va tanta gente que hay que fijarse bien con quién se va a relacionar uno, ya que a Montería ha llegado mucha gente rara”, según Juan.

Según los muchachos, la gente rara es la que no es del barrio o la que incluso no es costeña, sino paísa. Asocian raro al que definitivamente no es de Montería o nunca han visto.

Es claro que una ciudad como esta, de 500 mil habitantes, en donde ha habido presencia por décadas de grupos al margen de la ley, comandados por hombres, las tres mujeres del grupo focal hayan decidido expresar que muchos sitios de la ciudad les producen miedo. Melissa asegura: “Cuando salgo a la calle y si voy por la Circunvalar en frente de Alfa, camino más rápido”; Shelly sostiene: “Yo le meto el acelerador al paso siempre que camino por los andenes del Pasaje del Sol, donde me deja el taxi”; Juliana agrega: “Yo cuando salgo a la calle pongo cara de puño, para que nadie me diga nada”. A

pesar de que comprenden que tienen derecho a la ciudad, argumentan que no es tan cierto cuando están expuestas a la calle. “Una cosa es estar en la casa o con amigos y otra muy diferente estar sola. Yo sé que si voy acompañada otro gallo canta, pero sola me da miedo”, insiste Melisa.

Los tres hombres del grupo refrendan las palabras de las jóvenes cuando aseguran, como Andrés Pablo: “Uno por lo menos es hombre y se meten menos con uno; aunque a uno le pasan cosas, corre menos peligro que las mujeres”. Con relación al derecho a la ciudad, sostienen que una cosa es la teoría y otra la realidad cuando se trata de las diferencias de género. “En Montería las mujeres están más expuestas en la calle que uno, menciona Juan”.

¿A qué se deben estas diferenciaciones? Los hombres comentan que “eso del sexo débil es cierto en cuestiones de fuerza física y como a las mujeres las ven debiluchas, pues se meten con ellas”, dice Andrés Pablo. De las tres mujeres del grupo una sostiene “soy capaz de defenderme sola, pero soy vulnerable”, precisa Shelly.

Y al hablar de debilidades y fortalezas, reconocen que en Montería hay sitios por donde no pueden transitar las mujeres, a riesgo de correr peligro. “El Mercado o los sitios oscuros no son aptos para mujeres”, dice Melisa. “Las agarran o las asustan”, dice Jorge Daniel. Las mujeres coinciden en que “los lugares con poca iluminación no son buenos; también hay otros sitios, como los bares de la 41 o de los barrios del Sur en los que nunca me metería”, dice Shelly. Ello de alguna forma también afecta el libre derecho al vestir: “Yo no me pongo chores para andar por el Centro”, dice Juliana. “Las minifaldas las erradiqué de mi closet”, argumenta Melisa.

Esas diferencias marcadas en cuanto al sexo, que determinan igualmente las percepciones de seguridad, ha conllevado a algunos a aprender estrategias para auto

protegerse: “En el colegio me las enseñaron y les presté atención”, dice Melisa. “Claro que no sirvió de nada el día que me atracaron, porque ajá, qué iba a hacer contra un hombre”.

Aun cuando los jóvenes tienen claros ciertos espacios que los convocan, como el Centro Comercial, la Ronda del Sinú o el Pasaje del Sol, “sabemos que no somos del todo libres en esos lugares”, dicen. Melisa dice: “Me haría más libre si los policías que hay en el Pasaje del Sol en vez de estar mirándome toda me dieran confianza”. Juliana insiste en que “todo está bien en esos sitios hasta que se llenan de gente. Cuando se llenan aparece gente rara, que jamás has visto, y casi siempre hay problemas, sobre todo en el Pasaje del Sol, que es el sitio de la rumba”.

Y añaden: “Faltan más espacios para nosotros los jóvenes con total seguridad”, en concepto de Jorge Daniel y Andrés Pablo, respectivamente.

En conclusión, para los jóvenes consultados en este primer grupo focal, Montería es una ciudad que pasó de ser segura a “calentarse”; a ser insegura. Estos jóvenes no están ajenos a las informaciones que se conocen a través de los medios de comunicación, que dan cuenta de que en los últimos cuatro años la situación de seguridad ha cambiado por la conformación de nuevas estructuras criminales. “Es que con la llegada de tanto bacrim la cosa cambió”, dice Andrés, refiriéndose a las nuevas bandas criminales al servicio del narcotráfico, que comienzan a hacerse sentir, dominando territorios. “Pero también la ciudad se calentó por la falta de trabajo. Ajá y cuando no tienen trabajo, se rebuscan como sea”, dice Jorge Daniel, refiriéndose a los delincuentes.

Aun cuando reconocen espacios concretos, a los cuales pueden acceder y resignificarlos como sus espacios públicos, ya que se integran con gente de su edad y pueden disfrutar y convivir con libertad, no es menos cierto para ellos que siempre se está alerta sobre lo que en esos sitios pueda eventualmente pasar. Las respuestas de estos seis

jóvenes de diversos sectores de la ciudad, que representan igualmente diferentes estratos, dibujan un primer mapa de la percepción de seguridad en Montería y de lo que significa una ciudad para la juventud. Una ciudad emergente cuyo desarrollo aun está lejos de convocar sosteniblemente a los menores de 26, y con evidentemente más dificultades para las mujeres.

4.1.2. Resultados Grupo Focal 2

Uno de los barrios más deprimidos y grandes de Montería es Cantaclaro, ubicado al suroriente de la capital de Córdoba. Está dividido así mismo en 6 subsectores en el que habitan 40 mil personas. El barrio nació como invasión a finales de la década de los 80, como consecuencia del desplazamiento masivo de los campesinos del Urabá antioqueño y de la zona rural de Córdoba, víctimas de las acciones de los grupos alzados en armas.

Cantaclaro se erigió al lado del barrio La Pradera, un sector estrato dos de casas subsidiadas, fundado por el extinto Instituto de Crédito Territorial (Inscredial). También está rodeado por otros barrios estrato uno, con innumerables necesidades básicas insatisfechas y problemas de violencia producto de las pandillas juveniles y el microtráfico de drogas.

En el sitio anteriormente descrito se realizó el segundo grupo focal del que participaron seis jóvenes: dos de ellos residentes del sector La Isla de Cantaclaro (estrato uno), dos del barrio La Pradera (estrato dos) y dos del barrio Nueva Belén (estrato uno).

Se les indagó sobre la percepción de seguridad que tienen de Montería, si se sienten con derecho a la ciudad y al espacio público, cómo lo usan, a dónde van, a dónde no puede ir.

A la primera pregunta, **¿cómo describen a Montería?** estos muchachos entre los 16 y los 26 años de edad dieron dos respuestas llamativas: Eder, habitante de Nueva Belén, dijo: “Una ciudad con pocas oportunidades”, Shirley, de Cantacclaro, agregó, “una ciudad que no tiene en cuenta a los pobres, a pesar de que somos mayoría”. Se observa, de entrada, que los jóvenes se sienten excluidos en la ciudad, que no se incluyen en los procesos de desarrollo que están transformando a Montería, en lo físico, y aunque tímidamente, en lo cultural. ¿Por qué?, ¿Saben de estos procesos o sencillamente los desconocen?

Ana Paola, de La Pradera, se extendió un poco más en palabras para decir: “Montería es una ciudad que dejó de ser pequeña, yo tengo 25 años y recuerdo cuando estaba chiquita que mi barrio y una parte de Cantacclaro eran lo último de esta zona, pero ahora uno sabe que más al fondo encuentra nuevos sectores, nuevos barrios”. Alfonso Miguel, también de La Pradera, le interrumpe: “Sí, es más grande, pero más fea, más sucia, con más barrios sin calles pavimentadas, sin agua y a cada rato se va la luz. Yo no veo el cambio”.

Para estos seis jóvenes del suroriente de la capital cordobesa, la Montería que ellos viven, recorren y comparten es muy diferente a la del Centro y Norte. Johana, residente en Nueva Belén, sostiene: “Acá no tenemos Ronda del Sinú, ni siquiera un parque bonito. Aunque claro, podernos ir por allá y admirar eso porque es de todos, pero está lejos”. José Gregorio, de Cantacclaro, le agrega: “Acá no se ve la inversión del Gobierno”.

En este escenario con claras limitaciones en cuanto a infraestructura y a servicios públicos, y con una creciente población, sobre todo juvenil, que se observa en las calles a diferentes horas, lo cual denota de alguna forma las pocas oportunidades para acceder a la educación, los jóvenes construyen su propio espacio público, reconocen su ciudad, la viven con sus fortalezas y debilidades.

¿Qué es seguridad? Es la segunda pregunta. Johana da una respuesta corta: “Seguridad es tranquilidad”. Alfonso Miguel manifiesta: “Seguridad es tener casa, ir al colegio, tener trabajo, tener comida. Si tengo todo eso me siento seguro, sino, corro peligro”. Al inquietarse sobre por qué si no tiene lo descrito está en riesgo, asume lo siguiente: “Al no tener oportunidades, me las tendré que inventar, y por lo general lo que hay en la calle no es bueno, es vicio y problemas”.

De esta manera comienzan los jóvenes a asumir que la inseguridad está en la falta de oportunidades. Sin embargo, surge una claridad importante sobre dónde es más inseguro, si la calle o la casa, a partir de lo expuesto por Ana Paola: “Estoy de acuerdo con Alfonso Miguel, pero no del todo, a veces uno tiene casa, pero no siempre se siente seguro en ella”. La respuesta de esta joven de 17 años de edad muestra excesiva prudencia por su entorno familiar, pero deja ver que su realidad es compleja. Al preguntársele **¿Por qué las casas son peligrosas?** Ella resume su intervención así: “No todas, es solo que a veces con quienes vives no son de toda tu confianza”. Ana Paola vive con su mamá y dos hijos varones del primer esposo de su madre, de 19 y 22 años de edad.

Retomando la pregunta **¿Qué es seguridad?** Eder, de 16 años, añade: “Seguridad es que nos cuide la autoridad para que no nos roben o nos hagan daño. Por acá casi no se ven policías”. Shirley le agrega, “es cierto, hay más pandillas que agentes. Pero hay quienes dicen que ellas cuidan más que la misma policía”.

El concepto seguridad, para estos muchachos, adquiere unas definiciones variadas, asociadas a diversas dimensiones sociales y espaciales, porque están más expuestos a una realidad mucho más difícil en materia de falta de oportunidades y alteraciones del orden público, que son las noticias del día a día en los medios de comunicación. Una de las

razones para ello es que sus constructos se soportan en lo más apremiante de la vida cuando el dinero escasea y el entorno es problemático.

Una tercera pregunta para los participantes: **¿Es Montería es una ciudad segura?** Saltan a la vista los contrastes. Shirley asegura: “No, porque faltan policías”, frase con la que está de acuerdo Johana, quien además agrega: “Hay partes que son más vigiladas que otras, por eso el centro es más seguro que mi barrio. Aquí llega la Policía cuando va a capturar gente, pero no para cuidarnos a los buenos”. Eder vuelve a ser fiel a su criterio de que la autoridad representa seguridad cuando dice: “Montería no es segura porque le falta autoridad para que nos cuide y para que haga cumplir la ley”. José Gregorio, quien vive en Cantacclaro dice: “¡Qué va a ser segura Montería!, si hasta en el colegio donde estudio se meten los pandilleros a robarse los aires acondicionados”.

Ante la pregunta **¿Qué características debe tener un lugar seguro?** los muchachos expresan sus ideas de manera concreta. Eder dice que debe tener tres cosas: “Yo me siento seguro en un lugar abierto; público, o sea que pueda ir todo el mundo, pero en un sitio específico”. José Gregorio expresa: “Que tenga policías”. Johana argumenta: “Para que sea seguro tiene que ser bonito y que se pueda llegar a él sin problemas”. Alfonso Miguel es claro al afirmar: “La seguridad se sentiría sino hubiese pandillas”. Shirley indica: “Un sitio seguro es un sitio limpio, tranquilo para caminar y para compartir”.

Aparecen nuevos conceptos relacionados con seguridad, como la estética, cuando dicen que un sitio seguro debe ser bonito; las relaciones interpersonales, cuando se refieren a sitios para compartir. Justamente esto último permite introducir las preguntas sobre **¿Qué es espacio público?** y **si sienten que tienen derecho al espacio público en la ciudad de Montería**. Alfonso Miguel toma la palabra para indicar que “el espacio público es un sitio libre, en el que todo mundo puede estar o no”. Contrasta su postura con la de Ana Paola,

quien indica de manera más abierta que “el espacio público es todo de lo que hacemos uso”. Vale la pena detenerse en las diferencias, pues el primero considera que el espacio público está ahí, con personas o sin ellas, mientras que la segunda de alguna forma sugiere que el espacio se construye cuando se está en él, “se usa”.

Para Eder y Johana el espacio público es algo ajeno. Eder dice: “Supongo que estoy en él cuando salgo de la casa y por eso creo que si estoy en él, tengo derecho”. Johana indica: “Los parques y las calles son espacio público y son de todos, también míos”.

Shirley no está muy convencida con el hecho de que el espacio público sea de libre uso: “No creo que tenga derecho a todo el espacio público, porque en Montería hay sitios donde te miran por encima del hombro, entonces eso molesta y mejor no voy”. Cuando se le interroga por cuáles, dice sin vacilar: “El Centro Comercial Alamedas”. José Gregorio, en un diálogo abierto se permite responderle a ella: “Pues claro porque ahí van los ricos, los que tienen para comprar un jean que vale 300 mil pesos”.

A partir de las respuestas de los muchachos, se infieren cuáles son para ellos los sitios seguros e inseguros en Montería. Cuatro de ellos consideran que sus casas lo son y dos de ellas consideran que ni siquiera sus residencias son seguras. En la categoría de sitios seguros están: las iglesias, los colegios, el salón comunal, el Hospital San Jerónimo, el Centro Comercial Alameda, la Ronda del Sinú, la Catedral San Jerónimo de Montería, los sitios cercanos a la Estación de Policía y los CAI. En la categoría de inseguros figuran “las calles de los barrios, porque hay muchos atracadores y en las noches es peor porque muchas están oscuras”, dice Johana. “Mi colegio, porque las pandillas se meten”, menciona Shirley. “El paradero de los buses, porque a las mujeres les faltan el respeto”, menciona José Gregorio. “Los alrededores de la Alcaldía y Gobernación, porque hay mucho político

corrupto”, dice a carcajadas, Alfonso Miguel. “El barrio Róbinson Pitalúa, porque es una olla donde venden y consumen vicio”, asegura Eder.

Los hombres y las mujeres reflexionan desde las diferencias de género sobre la seguridad en la ciudad. Para los hombres “no hay tantos sitios inseguros, porque de alguna manera uno se defiende, pero para las mujeres la cosa es más dura”, concluye José Gregorio. Su apreciación la comparten Eder y Alfonso Miguel. El primero de ellos relata que “en mi barrio las muchachas evitan andar solas, incluso ir a una tienda en particular solas, porque como ahí hay maquinitas, llegan los pandilleros, y si a ellos les gusta la pelada, se la montan para que sea su novia”. Johana, quien también vive en Nueva Belén, refrenda las palabras de Eder pero anota: “A veces ni siquiera vale estar acompañada. Hay sitios a los que es mejor ni siquiera ir, como a esa tienda”.

Ana Paola, quien vive en La Pradera, sostiene que en su barrio no se ven tan abiertamente esos acosos, “pero como corren los cuentos entonces los papás nos viven advirtiendo de cosas. A mí por lo menos me tienen dicho que no pida permiso para ir a fiestas en Cantaclaro, porque no me van a dejar ir, porque como en los periódicos dicen que allá la cosa está grave, entonces es mejor no ir”.

Lo cierto es que los jóvenes toman sus precauciones para no exponerse, bien sea por orientación de sus padres, de los amigos o por lo que ellos consideran bueno o malo. Van delimitando la ciudad y van fijando sus mapas de tránsito y aprovechamiento del espacio, de acuerdo a la percepción de seguridad que tienen de lo que viven y los rodea.

Analizando la ciudad según Kevin Lynch y los elementos básicos, estos seis jóvenes fijaron como **sendas** o calles que les representan inseguridad, la “Principal de La Pradera, la calle principal del sector La Isla de Cantaclaro, la vía de entrada al barrio Nueva Belén y la vía al Camajón, pero a altas horas de la noche”. Así mismo, señalaron como sendas

seguras “la Avenida Circunvalar, la Avenida Primera, la Prolongación de la calle 41 que conduce de Cantaclaro a la Terminal de Transportes, la calle 27 en frente de la Gobernación de Córdoba y la calle 29 en frente del Comando de la Policía Nacional”.

Para estos muchachos, los **bordes**, límites o fronteras que les representan seguridad son “la calle que divide a los barrios Nuevo Horizonte y Róbinson Pitalúa”. “Allá hay pandillas duras que no admiten que gente desconocida pise sus territorios”, relata Eder. Él lo sabe porque varios muchachos que residen con él estudian en la Institución Educativa del Sector. “Me han contado que allá las fronteras están bien definidas. Es más, uno de ellos el otro día llegó sangrando porque lo correataron con piedras por invadir zona prohibida para la gente del Róbinson Pitalúa”.

Otro límite invisible que reconoce José Gregorio, de Cantaclaro, es el de la calle que divide al sector La Unión de Cantaclaro con La Pradera. “No es que haya pandillas ahí, es que a la gente de La Pradera le dicen que no venga acá, o sea a los pelaos que no vengán a las fiestas, porque acá se forman problemas siempre”.

Los **nodos** o puntos de encuentro resultan bastante escasos según estos muchachos. “Nos vemos en los parques más grandes de Cantaclaro, la cancha de la sexta etapa de La Pradera. A veces armamos un combo y nos vamos a la Ronda del Sinú en la 27 donde tocan música otros muchachos”. Pero eso sí, lo hacemos en grupo, dice Shirley.

Eder, de La Pradera, asegura que “mi grupo de amigos acostumbra a ir por los sitios de la salida de la vía a Planeta Rica, donde hay varias bombas de gasolina que tienen licoreras y otros sitios de diversión. También están los bares de La Granja”.

Ninguno de los entrevistados consideró los bares o sitios del norte de la ciudad como un nodo o punto de encuentro. ¿Por qué?, se les consultó. José Gregorio dijo “porque

se necesita mucha plata, no solo para gastar, sino que hay que comprar buena ropa si quieres sentirte bien”. Nuevamente presente la exclusión, el no derecho a la ciudad.

En cuanto a **barrios**, como inseguros, los muchachos reconocen los suyos, y suman una larga lista de nombres situados en el cuadrante que ocupa el suroccidente y suroriente de la ciudad. Johana reflexiona y dice “lamentablemente es así, y aunque yo vivo en Nueva Belén y soy feliz porque por lo menos tengo una casa, este sector es muy peligroso por la gente rara que a cada rato uno ve”. Al repreguntarle ¿cuál es la gente rara? Ella asegura que motorizados que llegan a buscar a muchachos jóvenes, se los llevan o les dan plata y cosas que uno no alcanza a descubrir qué es.

Esas historias parecen la de siempre, dice José Gregorio. El joven soporta su frase en varias que le contó su madre sobre cómo en épocas anteriores llegaban muchas personas foráneas al barrio a reclutar muchachos. ¿Y eso sigue siendo igual?, surge la inquietud en medio de la conversación. “Yo eso no lo he visto, pero en el barrio sí corren los cuentos de las propuestas para los que no tengan trabajo, y todos imaginamos eso qué es”. Uno de los factores que desde finales del año 2010 ha venido investigando la policía en Córdoba es el reclutamiento de jóvenes para emplearlos en las bandas criminales, hecho también publicado en el diario EL MERIDIANO de Córdoba.

Los mojones son los puntos emblemáticos, y para los muchachos resultan verdaderamente escasos. Alfonso Miguel asegura que: “Lo mejor y más bonito de Montería, por lo que uno conoce a esta ciudad son los planchones del río Sinú. Uno los ve en las fotos y sabe que esta es Montería, que es la ciudad en la que vivo”.

Montería, descrita por estos seis jóvenes de estratos uno y dos, es una ciudad que según ellos muchos otros prefieren invisibilizar porque huele y sabe a pobreza. Es un sector poderoso no por el número de habitantes que tiene, que supera en masa al resto de los

ciudadanos del centro y norte, sino porque en él se reconocen razones interesantes de las diferencias notorias en esta capital, que de alguna forma se cruzan con el tema seguridad. Así lo expresan los muchachos, que desde su análisis de lo cotidiano dejan ver sus hondas preocupaciones.

Los esfuerzos por resignificar la ciudad y vivirla parecieran estar limitados debido a la realidad hostil que los rodea. Estos jóvenes no lucen empoderados frente al derecho que tienen de la ciudad, más bien se aíslan en el sur, y conceptúan sobre lo demás como algo lejano, inalcanzable o sencillamente inimaginable. Las barreras sociales son notorias en la medida en que expresan: “Para ir a Alameda (Centro Comercial) se necesita mucha plata”.

Los muchachos se amoldan a las circunstancias y asimilan el entorno tal cual como se manifiesta. Lucen igualmente bastante prevenidos: “Por allá no vamos porque sabemos lo que les pasa a quienes cruzan esa calle”, dice Eder, refiriéndose a la frontera entre el barrio Róbinson Pitalúa y Nuevo Horizonte. Las fronteras no se ven, son invisibles, pero allí están y marcan un mapa de miedos que obligan a todos los habitantes de la zona a comprender las dinámicas del poder de las pandillas.

Estos jóvenes lucen desesperanzados. En ellos se observa muy poco optimismo frente al cambio, pero sí una seguridad de que va a ser por un tiempo más corto de lo que se espera. “Todo el tiempo no vamos a estar abajo”, en palabras de Shirley.

Pese a todo, los muchachos descubren, entre sus charlas y contrapreguntas, que cada quién está buscando mejores espacios, entonces surgen frases como esta de Johana: “Hay que cambiar las cosas recorriendo la ciudad, que es nuestra, es de todos”.

4.1.3. Resultados Grupo Focal 3

Uno de los espacios en el que los jóvenes se encuentran, según lo expuesto por 18 de ellos en esta investigación, es la Ronda del Sinú, un parque lineal ubicado a orillas del río del mismo nombre, que divide a Montería en dos grandes márgenes con 207 barrios y 500 mil habitantes.

Específicamente en la calle 27, en donde está ubicado el Teatrino de la Ronda del Sinú, se reúnen todas las tardes jóvenes de diferentes sectores de la ciudad, unidos por el interés de la música, las caricaturas, los cuentos. Allí, las nuevas tribus urbanas parecieran asomarse tímidamente en una ciudad que emerge hacia un contexto ‘glocal’, en la cual se insertan con fuerza las nuevas dinámicas juveniles.

Con personas jóvenes que frecuentan este espacio que lo asumen como inspiración y sitio donde se sienten incluidos se realizó el tercer grupo focal. De él participaron seis jóvenes de diferentes barrios de la capital, una buena mezcla de todos los estratos existentes en la ciudad, desde el uno hasta el seis, por tanto cada uno de estos muchachos reside en un barrio distinto. Sus percepciones sobre la Montería que habitan, que recorren, que viven; sus opiniones sobre la ciudad que los acoge, que les proporciona o les quita; sus constructos sobre el escenario en el que se desenvuelven con decisión o miedos son el insumo para llegar a conclusiones sobre las percepciones de los jóvenes con relación a Montería y a la seguridad de la ciudad.

”Montería es una ciudad pequeña”, “Montería es descomplicada”, “Montería es alegre”, “Montería es clasista”, “Montería es repetitiva”, “Montería es bonita pero peligrosa”, fueron las respuestas a la primera pregunta **¿Cómo definen a Montería en una frase?**

Los jóvenes del grupo asumieron un concepto que posteriormente sustentaron. Para Camila, quien reside en El Recreo, barrio ubicado al norte de la capital –estrato seis- decir que la ciudad es “repetitiva”, significa que “es un espacio aburrido en donde no pasan cosas muy distintas o mejor, no hay para hacer nada distinto, porque todos los días es lo mismo”. A esa definición se suma la de Óscar, quien reside en el barrio La Castellana, estrato cinco, quien considera que “por ser una ciudad pequeña es que justamente es repetitiva, lo cual la hace aburrida”.

Contrasta con las anteriores definiciones Juan Guillermo, residente en el barrio La Floresta –estrato tres-, quien asume a Montería como “alegre, divertida, cálida. Aquí hay tanto por hacer, que aburrirse es el resultado de no hacer”. Muy cercano al anterior concepto está el de Lina, habitante del barrio Villa del Río –estrato cuatro- quien suma al adjetivo calificativo de ciudad “descomplicada”, el de “espontánea y fresca”.

Lenin, residente en el barrio Dos de Septiembre –estrato uno- se aparta totalmente de las anteriores descripciones, para reflexionar sobre Montería, explicando que “es una ciudad clasista. Y eso lo siente uno porque el que tiene no se interesa por el que no tiene. En la calle, muchos están pendientes de cómo los miren o qué digan de ellos”.

María del Pilar, residente en el barrio Juan XXIII –estrato dos- denota en sus palabras amor y respeto: “Montería es mi ciudad, es bonita y la gente que vive también lo es, pero se ha vuelto peligrosa”. La advertencia pone a los muchachos a discutir sobre qué entienden por peligro en una ciudad en donde todavía hay posibilidades de conocerse con el vecino y de llegar a una dirección preguntándoles a todos en la calle.

La repregunta para María del Pilar, **¿Por qué se ha vuelto una ciudad peligrosa?** Sirve para repreguntar sobre si tienen nociones de **¿cómo era Montería?** María del Pilar asegura que “en los periódicos informan que la ciudad tiene un pasado violento. Y por lo

menos yo lo veo en mi barrio cuando escucho las historias de los desplazados”. Lina, estrato tres, dice que “en el colegio un profesor de historia nos relató la historia de la violencia en Colombia y por supuesto nos dijo que Montería no escapa a eso. Entonces creo que la ciudad sí se afectó por eso”. Juan Guillermo asegura “a mí me han contado la historia de los grupos irregulares en la Universidad de Córdoba, donde estudio. Eso ha sido para mí muy fuerte saberlo”.

Lo anterior demuestra que los jóvenes no han sido ajenos a la realidad violenta de esta tierra, que de alguna manera ha marcado a sus habitantes. Pero lo más interesante de sus respuestas es cómo relacionan estas historias contadas con lo que viven y creen que es Montería. “Montería es una ciudad que se ha llenado de gente y ha crecido bastante, según me cuentan mis papás, yo siento que es divertido vivir aquí”, precisa Juan Guillermo.

A la pregunta **¿Cuáles creen que son las características que debe tener una ciudad segura, y si Montería las tiene?**, mencionan: Óscar sostiene que “una ciudad segura debe tener suficiente policía”. Camila dice que “el Ejército también es importante, porque nos cuidan. Y lo creo porque mi papá es Mayor de la Brigada”. Lina menciona que “una ciudad segura debe tener espacio para que la gente viva sin miedo, y no solamente en la casa”. María del Pilar dice que “una ciudad segura es una en la que todos pueden vivir y estar sin que sean rechazado”. Surge el elemento inclusión, como factor fundamental que permite la seguridad. Lenin, por su parte, manifiesta que “una ciudad segura es en donde todos sus habitantes se sienten tranquilos, y no unos pocos”.

En cuanto a las características que debe tener una ciudad segura, hay palabras claves que así la definen: “limpieza”, “calles y parques adecuados para todos”. Ahora bien, con relación a si Montería es una ciudad segura, Lenin asegura que “no lo es porque a cada rato uno ve atracos y se entera de los asesinatos”. “Yo no creo que sea segura porque aquí matan

mucha gente, dice Lina”. “Si fuera segura no habría tanta noticia negativa”, infiere María del Pilar. Asocian los muchachos seguridad con las noticias judiciales que se conocen en la calle y que se publican en los medios de comunicación.

Camila agrega otra definición: “Montería es segura en algunas partes e insegura en otras”. Óscar afirma: “Yo me siento completamente seguro en mi casa, pero no es lo mismo en algunos lugares de la ciudad”.

Para los jóvenes consultados, un lugar seguro, en el que coinciden todos, es la casa. María del Pilar dice “ahí sé que me cuidan mis papás”. Lina agrega “es el único lugar de esta ciudad donde sé que no me va a pasar nada”. Sin embargo, ante la pregunta **¿Cuáles creen que son los lugares seguros e inseguros en Montería?**, los muchachos aportan otros puntos. “El aeropuerto es seguro, el mercado es inseguro”, dice Camila. “La iglesia y los parques La Ronda del Sinú y la Ronda del Norte son seguros, las calles del Centro son inseguras”, dice Óscar. “Mi colegio es seguro, barrios como Cantaclaro, Mogambo, donde alguna vez hicimos servicios sociales con el colegio, son inseguros”. “El centro por donde están las oficinas públicas, por donde trabaja mi mamá es seguro; los barrios de estratos más bajos, donde hay más necesidades, son inseguros”, dice Juan Guillermo. Lenin, quien reside en un sector donde pululan las necesidades básicas insatisfechas y el desempleo asegura: “donde yo vivo se observan muchas cosas, pero es más inseguro el Centro donde tú tienes que estar, porque corres el riesgo de que te atraquen”.

De alguna forma los jóvenes relacionan el concepto seguridad con el de sitios concurridos. “En donde hay más personas se corren más riesgos. El otro día en una discoteca en el Pasaje del Sol un tipo sacó un revólver”, dice Óscar. De inmediato es interpelado por Lenin, quien le dice “y eso pasa en el norte, donde se supone que uno no espera ese tipo de cosas”. Camila igualmente toma partido en el tema para asegurarle “sí,

pero en el norte uno ve menos policías que en los barrios del sur, como donde tú vives, entonces yo creo que por eso es más visible la inseguridad”.

La percepción que tienen los jóvenes sobre la seguridad en Montería es muy clara. El imaginario lo cruzan con las noticias de violencia que emergen de esta tierra permanentemente, y que ocupan las páginas de los medios locales, nacionales y más de las redes sociales. “Uno a veces sabe a dónde no debe ir porque están diciendo en una cadena de esas que mandan por PING que tal sector es peligroso”, dice Óscar. Juan Guillermo le agrega “y también te dicen no cojas una mototaxi en la calle, porque es un peligro”. Esto también demuestra los grados de dificultades o de cuidado que asumen los jóvenes cuando se desplazan por la ciudad y las diversas formas como se enteran de ellos: a través de las redes sociales, que cada día juegan un papel más importante en sus vidas.

Los jóvenes consultados mencionan que desplazarse en Montería, si bien es fácil porque es una ciudad pequeña, insisten en que “hay que tener cuidado”, como dice María del Pilar. “Yo antes iba de mi casa en la margen izquierda del río Sinú a la Ronda del Sinú, en la margen derecha, en moto o en planchón por el río. Ahora mi papá me dice que tenga cuidado con los mototaxistas, porque casi todos son desmovilizados, que prefiere que tome el bus o el planchón, porque es más seguro”.

Es importante precisar en este punto que la ciudad tiene una población flotante de reinsertados de los grupos irregulares, que una vez se reincorporaron a la vida civil, se emplearon informalmente como mototaxistas porque no hay fuentes de empleos directos. Muchos de ellos han terminado involucrados en acciones delictivas y por eso algunos jóvenes tienen la idea de que están asociados a inseguridad.

Las personas consultadas aseguran igualmente que “hay sitios por los que no se puede ir a diferentes horas de la noche”, menciona Lenin. “Es cierto, porque son sitios muy

oscuros o porque definitivamente no hay policías”, menciona Camila. Nuevamente el factor seguridad está asociado a la presencia oportuna y nutrida de los agentes del estado.

Un breve resumen sobre lo que consideran zonas críticas, sitúa varios puntos asociados a la venta y expedición de sustancias alucinógenas: El barrio Sucre, el barrio Santa Fe, la Zona, en el centro, las afueras del colegio Robinson Pitalúa y el Victoria Manzur. Estos sitios fueron descritos como inseguros por Lenin, Juan Guillermo y Lina, según la información que han recibido de amigos y de los medios de comunicación. “Yo he ido a uno, al barrio Robinson Pitalúa, y es cierto, es peligroso porque hay pandillas”, dice Lenin.

¿Qué tan libres y qué tanto derecho tienen los jóvenes a la ciudad? La pregunta surge a partir de las limitaciones y advertencias que ellos han mencionado en las anteriores respuestas. “Yo creo que los jóvenes tenemos poco espacio para nosotros”, dice Juan Guillermo. “Creo que esta ciudad no tiene suficientes sitios para la juventud, más son para los adultos”, menciona Lina.

De hecho cuando se trata de indicar en qué sitios se sienten cómodos y sienten que son de ellos, Camila, Lina y Óscar dicen que “el colegio”, Juan Guillermo asegura que “la universidad, pero donde yo estudio no es tan tranquila, entonces hay que tener cuidado”. María de Pilar y Lenin dicen que “algunos parques son la excusa para reunirnos, pero no es que nos sintamos tan tranquilos en ellos porque a veces llegan muchachos problemáticos”.

¿A esos sitios van a acompañados o andan solos? Se les consulta a María del Pilar y Lenin. “Siempre ando con amigos”, precisa la muchacha. “Andar sola es un riesgo”, agrega. Lenin dice: “Me reúno con amigos a jugar o a echar cuentos”.

El concepto compañía es importante en la medida en que los muchachos consideran que tienen derecho a la ciudad pero con seguridad y como a veces eso no se los

proporciona, ellos se hacen a sus maneras para lograrlo. “Los jóvenes siempre andamos en grupo, raras veces andamos solos. O por lo menos tenemos un buen amigo que nos acompaña”, precisa Óscar. Y agrega: “Por las calles de Montería es preferible andar con alguien. Pero ojo, hay calles por donde ni siquiera se puede andar. Es mejor no transitar las calles, sino ponernos sitios de encuentro que no sean las calles”.

Sentir que son muchos los lugares que representan riesgos es una constante para los jóvenes, y llama la atención las diferenciaciones que plantean entre hombres y mujeres, justamente por las limitaciones de género que quedan expuestas en sus niveles de respuestas. “Siempre será más riesgoso para las mujeres estar en las calles que para los hombres”, precisa María del Pilar. “Si voy sola, cuando transito por las calles del centro camino rápido, no me detengo con tranquilidad porque ajá, soy mujer”, dice Camila. “Yo por lo general evito andar sola o si voy al centro le pido a un amigo o a mi hermano que me acompañe”, dice Lina.

María del Pilar agrega que “Evito ir a las tiendas donde hay maquinitas, sola, porque hay siempre muchachos que te dicen cosas feas. Pero a veces ni yendo con el novio, te respetan”.

Muchas de estas consideraciones parecieran provenir de la herencia del machismo en una región como esta. A la pregunta **¿quiénes deben tener más cuidado en la calle?** Óscar responde sin titubeos: “Las mujeres”. A la contra-pregunta, **¿por qué?**, sostiene: “Por qué así ha sido siempre”. Lenin ayuda a soportar la respuesta: “Así siempre dice mi papá y la verdad es que en mi barrio a las muchachas que salen solas les pasan más cosas que a los hombres que andan solos”.

Esa consideración divide y excluye y ello de alguna forma es entendido y aceptado por las mujeres del grupo, cuando a la conversación agregan comentarios como: “Es cierto y luchar contra eso es una pelea perdida”.

Lo usos que hacen los jóvenes monterianos de los espacios en la ciudad, los lleva a reconocer los modos de asumir Montería, de cómo la perciben y de cómo la imaginan. Por lo tanto, la imagen de la capital no necesariamente está asociada a un espacio físico o urbanizado, también a uno que ellos prefieren resignificar, en donde cobran sentido aquellas elaboraciones imaginarias construidas socialmente. La Ronda del Sinú, sin duda, es un referente para estos muchachos, que la posicionan como un sitio de disfrute, de unión, de compartir y mejor aún, de seguridad.

“En la Ronda nos encontramos”, dice María del Pilar. “La Ronda es nuestro lugar porque justamente rompe con todo lo demás que nos es ajeno”, dice Lina. “La Ronda del Sinú es de los jóvenes, aunque vemos gente de todos lados, pero uno viene y encuentra cosas para los jóvenes, como las presentaciones de música en el teatrino”, dice Juan Guillermo.

Otros lugares igualmente para los jóvenes, son los Centros Comerciales, “Alameda y Plaza son los sitios que yo más frecuento porque son seguros. Voy más a estos que a la Ronda”, dice Camila.

Estas relaciones y descripciones con los sitios de la ciudad, permiten hacer una asociación importante con los elementos de la ciudad, según Kevin Lynch. Figuran entonces “la calle del Pasaje del Sol”, como una de las **sendas** (elemento uno) más visible para los jóvenes. La razón, es el sitio por excelencia de la rumba, la ‘zona rosa’.

“La Avenida Circunvalar”, como **borde**, (elemento dos) porque divide el Centro con sus peligros y soledades de los barrios o zona residencial. “Los barrios del norte”,

como **barrios** (elemento tres) más seguros; el “Centro Comercial Alameda”, como **nodo** o punto de encuentro (elemento cuatro); y “La Ronda del Sinú”, como **ícono** por excelencia (elemento cinco).

Como conclusión, la percepción de inseguridad o miedo que sienten los jóvenes monterianos al caminar por algunas calles de la ciudad es notoria. Expresiones como “Montería es insegura”, “antes había más tranquilidad, según nos relataban nuestros padres”, sin duda muestran los temores y las apropiaciones distintas que hacen los jóvenes de los sitios de la ciudad.

Desear una ciudad más segura hace parte de la percepción que tiene una proporción de los entrevistados cuando aseguran que Montería es peligrosa y que de alguna forma es un lugar donde la vivencia y el disfrute no es tan fácil, donde se ha vuelto un privilegio el goce para algunos y lo seguro es el peligro para otros.

4.2. Resultados de las encuestas

Elementos de la ciudad	Encuesta	Totalmente de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo/ Ni en desacuerdo	En desacuerdo	Totalmente en desacuerdo
Sendas	1. Las calles de Montería son seguras.	3%	10%	8%	36%	43%
	2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro.	7%	24%	16%	30%	23%
	3. Las mototaxis son seguras para los hombres.	3%	12%	31%	37%	17%
	4. Las calles de los barrios del sur de la ciudad son más inseguras que las del centro.	12%	29%	29%	22%	8%
	5. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería.	33%	44%	10%	9%	4%
	6. Yo puedo transitar por las calles del sur de Montería a cualquier hora.	3%	5%	14%	55%	23%
	7. Cuando camino la ciudad solo (a) me siento seguro (a).	1%	7%	15%	48%	29%
	8. Prefiero caminar la ciudad en compañía de otras personas.	44%	47%	5%	3%	1%
	9. La presencia de policía en las calles me representa seguridad.	20%	38%	21%	15%	6%
	10. Yo puedo transitar por las calles del centro de Montería a cualquier hora.	2%	8%	20%	51%	19%
Bordes	11. Las esquinas de las calles donde hay tiendas y billares son sitios por donde las mujeres pueden transitar tranquilas.	2%	8%	17%	48%	25%
	12. La Avenida Circunvalar de Montería es segura.	10%	29%	38%	20%	3%
	13. Las pandillas que se instalan en las fronteras de los barrios protegen a los jóvenes.	2%	4%	25%	37%	32%
Barrios	14. El cerro es un sector asociado a las pandillas.	26%	32%	30%	7%	5%
	15. El barrio Cantaclaro es un sector por el que transitarías con tranquilidad.	2%	5%	13%	40%	40%
	16. El barrio Rancho Grande es seguro de noche.	1%	4%	35%	37%	23%
	17. Los barrios del norte son seguros.	8%	22%	43%	23%	4%
	18. Los barrios del sur son seguros.	2%	5%	31%	47%	15%
	19. El Centro es un lugar seguro para hombres y mujeres.	2%	14%	41%	35%	8%
	20. En el barrio en el que vivo los hombres son más respetados que las mujeres.	7%	17%	40%	26%	10%

Elementos de la ciudad	Encuesta	Totalmente de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo/ Ni en desacuerdo	En desacuerdo	Totalmente en desacuerdo
Nodos	21. Puedes entrar con facilidad a cualquier sitio del Pasaje del Sol.	22%	36%	27%	13%	2%
	22. Cuando visitas el Centro Comercial Alamedas te sientes cómodo y aceptado.	33%	46%	14%	6%	1%
	23. Los barrios del sur tienen suficientes espacios públicos para los jóvenes.	2%	17%	34%	32%	15%
	24. Soy conocido en mi barrio y por eso me siento segura (o).	12%	32%	27%	23%	6%
	25. Las calles y parques sin iluminación y los lotes abandonados me producen temor a la hora de transitar.	49%	28%	5%	10%	8%
	26. Los jóvenes acceden sin limitación al Centro Comercial Alamedas del Sinú.	27%	55%	12%	5%	1%
	27. El Pasaje del Sol es un sitio exclusivo para hombres y mujeres adinerados.	16%	22%	31%	24%	7%
	28. Prefiero encontrarme con mis amigos en lugares privados.	14%	33%	21%	26%	6%
	29. Prefiero los lugares abiertos para compartir con los amigos.	24%	39%	23%	12%	2%
	30. El Puente Metálico es un sitio seguro para los jóvenes de Montería.	1%	5%	17%	52%	25%
	31. Los bajos del Puente Segundo Centenario es el barrio Sucre es un sitio seguro para transitar.	1%	3%	15%	38%	43%
Mojones	32. A la Ronda del Sinú acceden hombres y mujeres de todos los estratos.	38%	49%	10%	2%	1%
	33. La Ronda del Sinú es segura.	10%	40%	30%	17%	3%
	34. La Catedral San Jerónimo es un símbolo de seguridad en Montería.	9%	35%	40%	13%	3%
	35. La Ronda Norte es un espacio libre para el ciudadano joven.	14%	48%	24%	10%	4%
	36. Sierra Chiquita, en el Cerro de Montería, es un sitio seguro.	1%	3%	28%	35%	33%

El derecho a la ciudad y a la seguridad les asiste a todos los que ocupan el espacio y mejor, “son” y “están” en él. Sin embargo, no todos lo perciben de la misma forma ni lo expresan con libertad, y más cuando se trata de jóvenes. Los jóvenes comprenden que tienen derecho a no ser excluidos, a vivir dignamente y a gozar de justicia social, como todos los hombres tal cual lo plantea a nivel general en su tesis el pensador Henri Lefebvre. Los jóvenes monterianos gritan en sus propios espacios sus derechos, los que han construido, renombrado y resignificado, pero algunos lo expresan con cierto desenfado, timidez o desinterés, a la hora de ser consultados, porque sus voces se han golpeado con ciertas barreras en determinados momentos.

Los 386 jóvenes consultados mediante el instrumento de encuestas aplicadas en Montería a 193 hombres y 193 mujeres entre los 14 y 26 años de edad, de los seis estratos en que está dividida socioeconómicamente la capital dieron sus respuestas a preguntas que midieron las percepciones que tienen sobre: la ciudad y sus características, la seguridad de Montería, los lugares peligrosos y los seguros, los espacios que concitan a la participación, al encuentro, al compartir, los sitios que resultan exclusivos para hombres y para mujeres, la seguridad o inseguridad de los servicios de transporte público, la mucha, poca o nula presencia de las mujeres en algunos espacios de la ciudad, entre otros temas abordados en un total de 36 preguntas.

Para aportar claridad a los hallazgos se analizan los resultados mediante cuatro acápite:

- Características de los espacios públicos.
- Percepción de seguridad urbana.
- Diferencia de género en el uso del espacio público.

- Influencia de las percepciones en el uso del espacio público.

4.2.1. Características de los espacios públicos

Los jóvenes en general existen y actúan en la ciudad, resignificando e incluso renombrando los espacios, para el disfrute, para el goce, para el sentir, para expresarse, pero también para asumir cuidados y estar alertas de acuerdo a los cambios que cada uno va imprimiendo desde el momento en que participa activamente de su construcción. Como cada individuo tiene derecho y por ende necesidades, cada individuo de la misma forma tiene percepciones que demarcan los espacios y de paso los transforman.

A la luz de la tesis expuesta por Henri Lefebvre en El derecho a la ciudad, mediante la cual plantea que el uso de la misma está determinado por el espacio y el derecho que los seres humanos tienen de él para “ser” y “estar”, resulta claro que la mayoría de los muchachos lo comprenden. “Están” los jóvenes en una ciudad cuyas calles (**sendas**) son inseguras. La conclusión se desprende del resultado que le dieron a la afirmación: **Las calles de Montería son seguras**. Un 79 por ciento está en desacuerdo, es decir que este alto porcentaje considera que las calles de Montería son inseguras.

El dato confirma las diversas expresiones lanzadas por los jóvenes en los tres grupos focales realizados para esta investigación. Muchachos que viven en los barrios de estratos alto, medio y bajo de la ciudad coincidieron en que la ciudad reviste peligro en sus calles. En el estrato alto lo asocian a la ausencia de agentes de policía, bajo el argumento, según ellos, de que están reservados para los estratos bajos donde se presentan mayores hechos delincuenciales. En el estrato medio los jóvenes consideran que se han incrementado los atracos en las calles, lo cual las hace peligrosas, y asocian esta situación a las transformaciones y cambios que ha asumido Montería al recibir tanta población desplazada

que ha llegado a engrosar los cordones de miseria y a sufrir la falta de oportunidades, viendo en el crimen la posibilidad de emplearse. Los muchachos de los barrios de estrato 1, 2 (bajos) sostienen que la inseguridad tiene que ver con el desplazamiento de población afectada por la violencia y con presencia de pandillas juveniles que han demarcado los territorios, justamente en las calles, creando una especie de fronteras invisibles por las cuales resulta imposible transitar, pues allí impera la ilegalidad y el miedo.

Analizando los resultados de la encuesta de acuerdo a los estratos, en lo concerniente a la inseguridad de las calles de Montería: El 70 por ciento de los muchachos del estrato alto considera que la ciudad es insegura; para el 84 por ciento de los consultados del estrato medio también están de acuerdo en que es insegura y el 78 por ciento de los residentes en el estrato bajo se unió a la conclusión de la inseguridad de las calles.

De hecho, en los grupos focales fue contundente la respuesta de que los chicos prefieren reunirse en sitios específicos antes que deambular o transitar por las calles de la ciudad. Uno de ellos expresó: “La ciudad ha cambiado, antes caminaba con más tranquilidad, pero ahora me cuido mucho”. Otro sostuvo: “Por las calles de Montería es preferible andar con alguien. Pero ojo, hay calles por donde ni siquiera se puede andar. Es mejor no transitar las calles, sino ponernos sitios de encuentro que no sean las calles”. Los jóvenes de los grupos focales manifestaron que en la ciudad no son visibles con claridad los espacios de encuentro para los jóvenes (**nodos**), y claramente las calles no lo son.

Los encuestados están de acuerdo en un 41 por ciento en que las calles de los barrios del sur son más inseguras que incluso las del Centro, contra un 30 por ciento que está en desacuerdo; el porcentaje restante no opinó al respecto. Este resultado también coincide con lo expresado por los jóvenes que participaron de los grupos focales, cuando fueron enfáticos en señalar que los barrios del sur se han tornado riesgosos en la medida en

que más desplazados han llegado a ellos producto de la violencia que impera en ciertas zonas del territorio cordobés, dando paso a la conformación de pandillas y bandas. Uno de los individuos expresó “En un año lo atracaron dos veces aquí en el barrio...”, refiriéndose al hermano que vive en un barrio del sur de Montería. “Es que con la llegada de tanto bacrim¹⁵ la cosa cambió”, dijo otro joven.

Es tan riesgoso transitar por los barrios del sur pero en especial por las calles, que el 78 por ciento está en desacuerdo con el enunciado de que se puede transitar por esas calles de Montería a cualquier hora, en contraste con un 8 por ciento que dice que sí es posible. En cuanto a transitar por las calles del centro, el 70 por ciento no lo haría libremente ni a cualquier hora, en contraste con un 10 por ciento que dice que sí. En los grupos focales fueron repetitivas las expresiones: “La sensación de inseguridad ha aumentado...”.

Y en esa descripción de sitios peligrosos encajan los barrios El Cerro y Cantaclaro (**barrios**). Por lo menos un 58 por ciento está de acuerdo en que El Cerro es un barrio asociado a pandillas, mientras que un 12 por ciento están en desacuerdo. En cuanto a Cantaclaro, es un sector por el cual el 80 por ciento de los encuestados no transitaría con tranquilidad. Otro sector periférico, e igualmente ubicado en zona estrato 2, que no cuenta con buenos servicios públicos es el barrio Rancho Grande; el 60 por ciento de los encuestados no transitarían con tranquilidad por las calles de este barrio. En definitiva, para el 62 por ciento de los jóvenes los barrios del Sur de Montería no son seguros, frente a un 7 por ciento que piensa lo contrario.

Otra de las características de los espacios públicos de la ciudad, que se deduce de las consultas hechas tanto en grupos focales como en las encuestas, es que no hay

¹⁵*Bacrim* es un término adoptado por la Policía Nacional de Colombia que significa Bandas Criminales. Organizaciones delictivas dedicadas al crimen que nacieron tras la desmovilización de los paramilitares en 2006. Son propiamente ejércitos ligados al narcotráfico.

suficientes espacios (**nodos**) que prestan un servicio público, que concite a los jóvenes en la ciudad, y los que existen, de obligatorio uso, no son tan seguros. Ejemplo de ello los puentes de Montería que conectan las dos márgenes de la ciudad (derecha e izquierda), separadas por el emblemático río Sinú. Para el 52 por ciento de los encuestados, el Puente Metálico (calle con 20 con Avenida Primera) es un sitio inseguro. Con relación al otro puente, el Segundo Centenario (Calle 41 con Avenida Primera), el 77 por ciento de los encuestados lo considera igualmente inseguro. Se salva del ambiente de inseguridad la Ronda del Sinú, el parque lineal más extenso de Colombia, que es seguro en un 50 por ciento, en contraste con un 20 por ciento de los encuestados que considera que no lo es.

Para los jóvenes consultados en los grupos focales, los puentes son zonas de alta peligrosidad, porque permanecen solos y no hay policía en los mismos. Generando nuevamente la lectura de que un sitio público tiene más posibilidades de ser seguro en tanto hay autoridad permanente en él.

Otra característica de los espacios de la ciudad, que se desprende de las respuestas de los encuestados, es que Montería no es una urbe en la que los jóvenes puedan transitar solos por sus espacios públicos, porque no se sienten seguros. De hecho el 77 por ciento de hombres y mujeres se muestra en desacuerdo con el planteamiento: **Cuando camino la ciudad solo(a) me siento más seguro (a)**. Ahora bien, el 81 por ciento de las mujeres manifestó tener miedo cuando transitan solas por la ciudad; mientras que el 71 por ciento de los hombres dijo que tampoco caminaban solos la ciudad. De hecho, el 91 por ciento prefiere caminar la ciudad en compañía de otras personas. Al disgregar este resultado, el 92 por ciento de las mujeres opta por hacerse acompañar y el 90 por ciento de los hombres también lo hace.

Ahora bien, hay que tener claro que la seguridad de las ciudades no la determina solamente la presencia de autoridad y fuerza policiva y represiva. Otros constructos urbanos como contar con suficientes sitios públicos en buenas condiciones a los cuales se pueda ir sin correr riesgos y gozar de servicios públicos acordes que satisfagan las necesidades básicas, aportan a la característica de ciudad segura, lo cual la hace competitiva e incluyente.

A la afirmación: **El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro**, el 53 por ciento se mostró en desacuerdo, por lo que este servicio es inseguro para ellos. El anterior resultado frente al 31 por ciento que está de acuerdo. Se agrega a ello que los vehículos no son suficientes para el número de población que tiene. Disgregando el resultado, el 66 por ciento de los jóvenes pertenecientes al estrato alto están de acuerdo con la inseguridad reinante en este servicio; lo mismo percibe el 55 por ciento del estrato medio al igual que el 51 por ciento de los muchachos del estrato bajo.

Y como justamente la ciudad ha crecido y los vehículos se tornan insuficientes, desde hace cinco años ha venido adquiriendo relevancia un fenómeno social notorio llamado ‘mototaxismo’ (motociclistas que trasladan a las personas de un lado a otro por un costo menor al de los buses de servicio urbano, pero no regulado por autoridad alguna, lo cual hace de él un servicio ilegal). Con el ‘mototaxismo’ se intenta solventar la necesidad de los habitantes de trasladarse de un sitio a otro en la ciudad, pero a juzgar por las respuestas de los encuestados, este fenómeno de transporte ilegal contribuye a la inseguridad ciudadana. El 54 por ciento de los individuos encuestados manifestaron que las ‘mototaxis’ son inseguras. Un mujer, participante en el grupo focal, dijo: “...Ahora mi papá me dice que tenga cuidado con los mototaxistas, porque casi todos son desmovilizados, que prefiere que tome el bus o el planchón porque es más seguro”.

Disgregando esta información, el 70 por ciento de los jóvenes del estrato alto consideran que las mototaxis son inseguras; el 53 por ciento de los consultados pertenecientes al estrato medio consideran lo mismo; al igual que el 52 por ciento del estrato bajo.

Los jóvenes monterianos que participaron de los grupos focales, manifestaron en sus respuestas que la ciudad ha sido marcada por fenómenos violentos que se han enquistado en el inconsciente colectivo de la ciudadanía. De tal suerte que algunos sitios han adquirido lo que en palabras de la investigadora Alicia Lindón se denomina el vestido de la violencia/miedo. Sectores que incluso, pasado el tiempo, se han quedado con el estigma de peligrosos, y ello prima tanto, que son territorios por los cuales es mejor no transitar, o hacerlo con mucho cuidado. Tal es el caso de las calles de algunos barrios del sur, los bajos y alrededores de los puentes metálicos, por los cuales ni siquiera es recomendable transitar, el servicio de transporte público legal, como buses, y mucho menos el ilegal, como las mototaxis, según lo evidencian los resultados de las encuestas.

4.2.2. Percepción de seguridad ciudadana

La imagen pública de Montería, como la de todas las ciudades, resulta de sobreponer esos conceptos individuales que se forman cada uno de los seres humanos que transitan los espacios. Así lo define Kevin Lynch. Esta mezcla de sentires da origen a las percepciones que se forman de los sitios, algunas veces altamente influenciadas por la información consignada en los medios de comunicación.

De hecho en los tres grupos focales los jóvenes se refirieron a la información que les ha llegado bien sea por el periódico local o de primera mano, en el sentido de que hay pandillas que alteran la noción de seguridad, que reprimen el uso del espacio público y

representan un grave peligro para las comunidades, sobre todo de barrios como Cantaclaro, generando una especie de fronteras invisibles con otros sectores (**bordes**).

Las calles (**sendas**) de la capital del Sinú medio, como también se le conoce a Montería, son percibidas por los ciudadanos consultados como una ciudad en crecimiento que se tornan inseguras según un 79 por ciento que respondió negativamente al enunciado **Las calles de Montería son seguras**. El resultado se obtiene de sumar a quienes están en desacuerdo (36 por ciento) y totalmente en desacuerdo (43 por ciento), lo cual contrasta con el 13 por ciento que dice que sí es segura. Esas percepciones sobre la seguridad urbana se puede explicar de mejor forma al extrapolar los cinco elementos de los que habla Lynch en La imagen de la ciudad: Sendas, Bordes, Barrios, Nodos y Mojones.

La Avenida Circunvalar, una **Senda** importante de Montería (la arteria vial más transitada y que conecta a la ciudad con el interior del país y el resto del Caribe colombiano), es segura según el 39 por ciento de los consultados, mientras que un 23 por ciento está en desacuerdo. Es importante en esta respuesta considerar que un 38 por ciento de los jóvenes no está de acuerdo ni en desacuerdo, lo que de alguna manera confirma los argumentos de la investigadora Rossana Reguillo en su libro Emergencia de culturas juveniles, estrategias del desencanto, en el que expresa que hay una consigna de indiferencia ligada a la de "no hay futuro", que ha operado como bandera interclasista entre los jóvenes (por diferentes motivos), que señalaría que el presente es absurdo, por tanto ni me interesa ni me importa, por lo que no participo. Una frase que recoge esa sensación de molestia y que de alguna forma conlleva a no querer participar o inmiscuirse, la cual manifestó uno de los individuos en los grupos focales fue: "...Una ciudad que no tiene en cuenta a los pobres, a pesar de que somos mayoría".

Otro punto importante de cómo medir la seguridad e inseguridad de los jóvenes en las calles de Montería, se deduce de la pregunta número 24 de la encuesta aplicada, cuando se consulta: **La presencia de policías en las calles me representa seguridad.** El 58 por ciento está completamente de acuerdo (El 77 por ciento de los jóvenes del estrato alto está de acuerdo con ello; el 56 por ciento del estrato medio igual; lo mismo que el 56 por ciento de los jóvenes del estrato bajo).

Ello confirma la tesis de los participantes en los grupos focales, quienes indicaron que definitivamente hay calles en Montería donde se sienten más seguros siempre y cuando haya presencia de agentes de la policía. En los grupos focales, a la pregunta: **¿Qué características debe tener un lugar seguro?**, un individuo contestó: “Que tenga policías”.

En cuanto a **Bordes** o fronteras, la encuesta consultó sobre la incidencia que tienen las pandillas juveniles en ellas y si estas aportan a la construcción de un clima de seguridad o inseguridad, de tal suerte que el 69 por ciento de las respuestas se asocian a que dichos grupos en nada aportan a la seguridad de los jóvenes en las fronteras o Bordes de los barrios, por el contrario, solo un escaso 6 por ciento manifiesta estar de acuerdo. Las frases de los individuos que participaron de los grupos focales, en el sentido de la presencia de las pandillas fueron contundentes al reflejar el miedo que estas representan: “Allá hay pandillas duras que no admiten que gente desconocida pise su territorio”.

En lo que tiene que ver con los **Barrios**, es clara la percepción en el sentido de que los barrios del sur de Montería son más inseguros que los del norte de la capital. De hecho el 62 por ciento de los consultados confirma que los del sur son inseguros, lo cual contrasta con el 27 por ciento de los consultados, que sostiene que los del norte son inseguros. Esa diferencia social también fue notoria en los grupos focales. Una de las participantes que reside en un barrio del sur de la ciudad, con relación a la inseguridad en su sector expresó:

“... Lamentablemente es así, y aunque yo vivo en Nueva Belén y soy feliz porque por lo menos tengo una casa, este sector es muy peligroso...”.

El clima de inseguridad también lo confirman resultados como el hecho de que el 77 por ciento de los jóvenes encuestados dice que no camina solo por la ciudad porque se siente inseguro, en contraste con un 8 por ciento que dice sí sentirse seguro. La encuesta confirma aún más la percepción de que andar solo en las calles y barrios de Montería es riesgoso. De hecho, el 91 por ciento prefiere transitar, pero siempre acompañado. Es decir que ellos perciben mayormente la inseguridad cuando son peatones y andan solos. En los grupos focales hubo respuestas en ese sentido: “Siempre ando con amigos”, “Andar sola es un riesgo”, “Por las calles de Montería es preferible andar con alguien”.

Los jóvenes insistieron en que con el paso de los años en Montería no es recomendable andar solo caminando en lugares públicos, sin embargo, reconocen algunos sitios específicos en los que se sienten seguros, como la Ronda del Sinú, la cual es segura porque propicia el sentido de pertenencia, porque es un sitio de encuentro para los jóvenes ya que allí se realizan actividades relacionadas con sus gustos y edades y porque hay policía de manera permanente.

En Montería los puntos de encuentro o **Nodos** son relativamente nuevos en cuanto al espacio público recién reorganizado pensando más en el ciudadano y en el concepto de ciudades al servicio de la gente. En los barrios, lo tradicional son los parques, pero la infraestructura física de los mismos no es la mejor: juegos deteriorados, bancas dañadas, canchas sucias y sin luminarias son las características comunes que observan los jóvenes y que los hacen alejarse de estos sitios, otrora Nodos. De hecho, el 77 por ciento siente temor al transitar por calles y parques oscuros y lotes abandonados.

Prefieren el parque natural Ronda del Sinú y el Centro Comercial Alamedas, ubicado en El Centro de la capital. El 50 por ciento de los encuestados considera que la Ronda es segura en contraste con un 20 que no lo cree y el 82 por ciento accede sin limitaciones al Centro Comercial Alamedas del Sinú. “En la Ronda nos encontramos”, “Alameda y Paza son los sitios que yo más frecuento porque son seguros”, dijeron los jóvenes sobre los lugares seguros de Montería.

Ahora bien, sobre la seguridad en la Ronda del Sinú, sitio emblemático de Montería y frecuentado porque representa mayor tranquilidad para los jóvenes, es importante precisar que el 47 por ciento de los jóvenes del estrato alto, consultados, consideran que es segura; al igual que el 50 por ciento del estrato medio y que el 51 por ciento de los muchachos del estrato bajo.

En la capital hay otro sitio que podría ser **Nodo**, el Pasaje del sol, que por ser el espacio de rumba, constituido hace unos cuatro años, concitaría a los jóvenes en masa, sin embargo, en su mayoría los jóvenes perciben al Pasaje del Sol como una zona de prestigio a la que solo acceden el 38 por ciento de hombres y mujeres porque son adinerados, en contraste con un 31 por ciento que lo frecuentan para compartir y que no se sienten excluidos. Vale la pena mencionar que un porcentaje alto: el 31 por ciento, no está ni acuerdo ni en desacuerdo.

En cuanto a **Mojones**, o sitios emblemáticos, percibidos como tal por el alto valor histórico que tienen en las ciudades, que son otro tipo de punto de referencia en el que necesariamente el observador no entra en ellos, pero se lo apropia como señal de algo o que representa algo, los jóvenes encuestados reconocen en un 44 por ciento a la Catedral San Jerónimo de Montería.

Las percepciones así como los imaginarios, en palabras de Henri Bergson, según lo explica Alicia Lindón, hacen parte del mundo de los no sólidos (espacio vivido, percibido, representado, experimentado), por tanto, la subjetividad impera en el sentir del ciudadano, en este caso el joven, quien se apresta a la expresión del concepto sobre el espacio que ocupa. Esas expresiones son las respuestas a las preguntas de las encuestas. La Ronda del Sinú, por considerarse un sitio seguro, ícono de Montería, entra igualmente en esta categoría.

Sin duda, de acuerdo a las expresiones de los jóvenes en los grupos focales, la percepción de seguridad urbana es esquivada en Montería. Las razones expuestas por ellos saltan a la vista, en el sentido de que notan ausencia de policía en muchos sectores, pues los agentes se concentran en sitios públicos de alta circulación de personas, como la Ronda del Sinú, el Pasaje del Sol y los parques centrales de la capital. Se concentran en que a mayor presencia de autoridad, mayor seguridad. Los sitios mencionados son justamente los que han sido construidos o reformados en los últimos tiempos, por tanto su aspecto físico determina seguridad para los muchachos, mientras que los sitios viejos, que obviamente lucen deteriorados, como no son cuidados son sinónimo de lugares inseguros; así como son los parques sucios o las esquinas oscuras, sin luminarias.

4.2.3. Diferencia de género en el uso del espacio público

Es claro que hombres y mujeres jóvenes no se apropian del espacio público de la misma forma por diferentes motivos, por tanto el uso que hacen de él está asociado más al mundo del blanco y negro, de las limitaciones y de las libertades; es decir, el mundo de los extremos.

Según Henri Lefebvre, los hombres coexisten en la ciudad con sus necesidades, las cuales pueden agruparse en tres tipos: Necesidades sociales inherentes a la sociedad urbana, como la necesidad de seguridad; necesidades de actividad creadora, mediante las cuales el hombre desarrolla sus actividades creativas; necesidades de ciudad y vida urbana, que no es más que el deseo de propiciar el encuentro y el cambio. Pero cada una de estas necesidades se manifiesta de manera diferente en los hombres y mujeres de la ciudad de Montería, confirmando temas como la exclusión y el trazado invisible de los mapas o cartografías del miedo, de acuerdo a los géneros.

Por ejemplo, de acuerdo a los resultados de la encuesta, a la afirmación **Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería** el 77 por ciento de los encuestados confirman la tesis. Del anterior resultado, el 84 por ciento en total de solo las mujeres, también lo confirma mientras que el 72 por ciento en total de solo los hombres también está de acuerdo con la afirmación.

Disgregando los resultados de acuerdo a los estratos alto, medio y bajo, contestaron: el 87 por ciento de los jóvenes de estratos altos (hombres y mujeres) considera que las mujeres afrontan más peligros; el 75 por ciento del estrato medio (hombres y mujeres) también está de acuerdo con que las mujeres son las que más sufren en las calles y el 77 por ciento (hombres y mujeres) de los muchachos del estrato bajo lo cree igual.

En los grupos focales una de las participantes dijo: “Si voy sola cuando transito por las calles del Centro, camino rápido, no me detengo con tranquilidad porque ajá, soy mujer”.

El 86 por ciento de las mujeres consultadas considera que las calles de Montería son inseguras y el 78 por ciento sostiene además que ellas evitan las esquinas de las calles de los diversos barrios donde hay tiendas y billares. De hecho uno de los jóvenes que participó

de los grupos focales conceptuó: “En Montería las mujeres están más expuestas en la calle que uno”, y lo sustentan con la expresión: “Eso del sexo débil es cierto en cuestiones de fuerza física, y como a las mujeres las ven debiluchas, pues se meten con ellas”.

Es importante igualmente destacar el altísimo porcentaje, 80 por ciento de mujeres que no pueden transitar las calles del sur a cualquier hora y de manera libre, como desearían. De hecho ni siquiera el 75 por ciento de ellas transita las calles del centro con absoluta tranquilidad. “Evito ir a la tiendas donde hay maquinitas, sola, porque hay siempre muchachos que te dicen cosas feas...”. El transitar por las calles implica también cambios obligatorios en la vestimenta, aun cuando no estén de acuerdo, lo cual atenta contra la libertad a la que tienen derecho las mujeres. Algunas de ellas en el grupo focal, refiriéndose a ese tema dijeron: “Yo no me pongo chores para andar por el Centro”, “Las minifaldas la erradiqué de mi clóset”.

Otro resultado significativo es el hecho de que el 81 por ciento de las mujeres encuestadas considera un riesgo caminar las calles solas, por lo que el 92 por ciento prefiere caminar la ciudad en compañía de otra(s) personas. Andar sola representa un verdadero peligro para ellas. “En mi barrio las muchachas evitan andar solas...”, “Soy capaz de defenderme sola, pero soy vulnerable”, dijeron en los grupos focales.

Aun cuando en las calles de Montería las encuestadas consideran que hay mayor inseguridad y se afrontan mayores riesgos, algunos barrios no son tampoco prenda de garantía para un tránsito libre de temores. **A la pregunta: El barrio Cantaclaro (suroriente) es un sector por el que transitarías con tranquilidad**, el 82 por ciento está en desacuerdo. Es importante precisar que en ese barrio hay presencia notoria de pandillas, según informaciones publicadas en los medios de comunicación. Justamente con relación a

si estos grupos protegen a los jóvenes, el 71 por ciento no está de acuerdo con la apreciación.

Todo lo anterior también es punto de encuentro con la expresión recopilada en el primer grupo focal: “Uno por lo menos es hombre y se meten menos con uno; aunque a uno le pasan cosas, corre menos peligro que las mujeres”.

De otro lado, el 44 por ciento de los encuestados, tanto hombres como mujeres, se refieren a la importancia de ser conocido en el barrio, lo cual representa seguridad para movilizarse, en contraste con un 29 por ciento que no está de acuerdo con la premisa y con el 27 por ciento que ni está de acuerdo ni en desacuerdo.

Tanto para hombres como para mujeres (58 por ciento) es determinante la presencia de autoridad en las calles para sentirse seguro y un 63 por ciento de ambos sexos prefiere los lugares públicos ante el 37 por ciento que opta por los privados para compartir con los amigos. Una de las razones de preferir esos sitios abiertos la expresó un individuo en un grupo focal: “Allí nos reencontramos con los de nuestra edad, porque nos divertimos, porque allí nos sentimos libres, porque hay policías”.

En materia de **Sendas**, las mujeres prefieren las calles del Centro que las de los barrios de Montería, especialmente las del sur; en lo que tiene que ver con **Bordes**, prefieren no transitar solas por tiendas y billares porque son objetos de abusos. De hecho el 78 por ciento de las mujeres respondieron en la encuesta que no aporta tranquilidad alguna transitar por tiendas y billares. En los grupos focales varias mujeres insistieron en que evitan las tiendas con maquinitas, porque se reúnen muchachos que les faltan el respeto. Curiosamente una de ellas precisó que ni siquiera yendo con el novio es garantía de que la respeten. En cuanto a **Nodos**, prefieren la Ronda del Sinú; sobre **Barrios**, los del sur son más propensos a representar un riesgo que los del norte. La razón según la expusieron en

los grupos focales, es que en los barrios del Sur hay menos presencia de policía que en la Ronda o los barrios del norte. Es decir que asocian seguridad a la presencia de la autoridad.

Extrapolando las respuestas de quienes participaron en los grupos focales y las de las personas encuestadas, las mujeres se limitan en lo público, se cohiben y requieren de alguien con quién estar para sentirse cuidadas o protegidas. En el grupo focal una respuesta importante es: “Cuando voy acompañada me siento más segura en las calles”. Y los hombres lo refrendan cuando afirman: “En mi barrio las muchachas evitan andar solas, incluso ir a una tienda en particular solas, porque como ahí hay maquinitas, llegan los pandilleros, y si a ellos les gusta la pelada, se la montan para que sea su novia”.

Es confirma una vez más que las sendas (calles), los bordes (fronteras) y barrios (barrios, comunas), es decir, los sitios públicos, son lugares que representan temor para las mujeres jóvenes. En el grupo focal una respuesta lo encierra todo: “Si voy sola, cuando transito por las calles del centro camino rápido, no me detengo con tranquilidad porque ajá, soy mujer”.

Mientras para los hombres del grupo focal hay más libertad de caminar por ciertos sectores, especialmente los **bordes** o fronteras, dada su condición de género, ellos inmediatamente alertan sobre la imposibilidad que tienen las mujeres para hacer lo mismo. Ellas por su parte, asienten, dejando ver cierta molestia porque incluso se ven obligadas a dejar de usar ciertas prendas para salir a la calle o caminar por los barrios, como son las minifaldas o los pantalones cortos.

Llama la atención en este apartado que las mujeres consultadas en los grupos focales, que residen en barrios de los estratos bajos, coincidieron en que la vestimenta es fundamental para sentirse seguras, por lo que han anulado de su ropero algunas prendas que según ellas despiertan la provocación entre los muchachos. Una que otra joven de los

barrios de estratos altos se suma a esta tesis, pero asegura que tiene otras estrategias para combatir esa inseguridad que le representa de alguna forma su feminidad ante los hombres, y es caminar rápido por los lugares inseguros, como las calles del Centro de Montería. Es decir, según ellas, no detenerse ni hablar con nadie e incluso adoptar un comportamiento tosco que las aleja de los hombres que intentan acercarse.

4.2.4. Influencia de las percepciones en el uso del espacio público

No hay duda entonces que lo que expresado por los jóvenes, en cuanto a las percepciones que tienen de seguridad en esta ciudad, determina el uso que ellos le dan al espacio público. Para los jóvenes encuestados las calles, parques y lotes enmontados sin iluminación son un sitio inseguro. Señalan como riesgosos sectores como El Cerro, Cantaclaro y Rancho Grande, en donde el alumbrado público es un problema notorio. El 77 por ciento de los individuos encuestados sienten temor al transitar por sectores que no tienen suficiente iluminación, como lo que justamente se encuentran muy a menudo en los barrios mencionados, como lo manifestaron algunos de los participantes en los grupos focales.

El 47 de los jóvenes consultados considera que los barrios del sur no tienen suficientes espacios públicos para estar, ser y compartir. El 34 por ciento se mostró indiferente a esta pregunta. Los muchachos de alguna forma están confinados a espacios, en el mejor de los casos, dotados de una infraestructura, pero inadecuada, que afea a los sectores y no concita a la participación, por tanto infunde temor o riesgo.

Las respuestas en el sentido de que al Centro Comercial Alameda se puede acceder sin obstáculos (el 79 por ciento considera que allí se siente cómodo y aceptado), mientras que en el Pasaje del Sol tienen acceso quienes más tienen dinero, confirma la inclusión y

exclusión notoria en algunos sitios, percepciones que van proliferando y generando constructos sobre los lugares en los que hay mayores libertades y participación y en los que se hace evidente la división.

Con relación al Pasaje del Sol, es importante detenerse a analizar algunas respuestas que determinan el uso de la zona. El 58 por ciento dice que puede acceder a cualquier sitio del espacio de la rumba en el norte de Montería, sin embargo el 40 por ciento no está de acuerdo. Y justamente para mayor precisión el 38 por ciento dice que es un sitio exclusivo para hombres y mujeres adinerados, frente a un 31 por ciento que no está de acuerdo con esa premisa.

La ciudad tiene, de esta forma, sitios vedados, cuyo uso es limitado, bien sea por el temor o miedo que produce en los jóvenes: los puentes Metálico y Segundo Centenario y las calles de los barrios de los barrios del Sur; y sitios absolutamente libres para el ser y compartir, como la Ronda del Sinú, a la cual acceden hombres y mujeres e todos los estratos, en un 87 por ciento.

El proceso de urbanización de una ciudad como Montería, hemos dicho que no estuvo ligada como otras urbes a etapas claras de industrialización y modernización. Más bien estuvo altamente determinada por los conflictos que desplegaron hordas campesinas a conformar los barrios de invasión en las zonas periféricas (entre ellas el Sur de la ciudad). Los jóvenes entre los 14 y 26 años, con toda esa carga, han ocupado la ciudad y han intentado reconstruir sus espacios en medio de lo público. Le dan uso a lo más actual y bonito, como un parque lineal que mezcla muy bien los elementos ambientales y urbanos, como la Ronda del Sinú; y a un Centro Comercial que es un sitio amplio, abierto al público pero con fronteras físicas que de alguna forma les representa mayor seguridad.

Precisa la investigadora Rossana Reguillo que “los jóvenes van a ser pensados como un sujeto con competencias para referirse en actitud objetivamente a las entidades del mundo, es decir, como sujetos de discurso, y con capacidad para apropiarse (y movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales, es decir, como agentes sociales”. En ese orden de ideas, los jóvenes monterianos son verdaderos agentes de cambio, que ocupan los espacios no simplemente para pasar por ellos, sino para dejarlos impregnados de sus percepciones, las cuales estimulan los diversos usos de estos sitios. Entonces en Montería se ve una Ronda del Sinú habitada por muchachos, mucho más que las mismas calles de los barrios del sur o de El Centro, donde es notorio el miedo debido a la inseguridad. De la misma forma se observa un Centro Comercial que concita a los chicos mientras que unos se ven unos puentes Metálico y Segundo Centenario y los parques de los barrios así como las esquinas donde hay billares, sitios propios para la movilidad y el tránsito, solitarios porque son sitios inseguros.

4.3. La ciudad en sendas, bordes, barrios, nodos y mojones

La percepción de seguridad que los jóvenes entre los 14 y 26 años de edad tienen de Montería, que surge de la mezcla entre lo observado de la realidad y lo construido internamente a partir de las sensaciones, se comprende con precisión tras aplicar los instrumentos contruidos a partir de de los cinco elementos de la ciudad, definidos por Kevyn Lynch:

- Sendas: Son las calles que recorren con seguridad o temor los jóvenes.
- Bordes: Las fronteras difíciles de ocultar.
- Barrios: Lugares para habitar.

- Nodos: Sitios para el encuentro con seguridad.
- Mojones: Emblemas que identifican al ciudadano hombre o mujer de Montería.

El reconocimiento de estos cinco elementos de Kevin Lynch, asociados a las sensaciones que dejaron ver los jóvenes tanto en los grupos focales como en las encuestas, permite describir la ciudad en tanto seguridad, así:

4.3.1. Sendas

Las calles de la ciudad que exponencialmente representan inseguridad para los jóvenes son: la carrera 2ª entre calles 40 y 38, en donde se ubican prostitutas y travestis (ubicada en el centro de la ciudad), la calle principal del barrio La Pradera (sur de Montería). La Avenida Circunvalar (arteria principal que divide a Montería en dos), las calles del barrio Pasatiempo, La Castellana y El Recreo, porque son muy solitarias (barrios estratos 5 y 6 de la ciudad), las calles del barrio La Floresta (estrato 3), la carrera 2ª (Centro de Montería que en el día alberga al comercio y en las noches a prostitutas y travestis), la calle 29 (vía de salida del Centro de Montería que conduce a los moteles), la calle de acceso al barrio Caracolí y las calles del barrio Cantaclaro.

Otras calles altamente riesgosas, sobre todo en horas de la noche son: La Principal de La Pradera, la calle principal del sector La Isla de Cantaclaro, la vía de entrada al barrio Nueva Belén y la vía al Camajón. Todas ellas ubicadas en el sur-oriente y sur-occidente de la ciudad.

Las vías sobre las cuales la percepción de seguridad aumenta son:

La Avenida Primera, la Prolongación de la calle 41 que conduce a la Terminal de Transportes, la calle 27 en frente de la Gobernación de Córdoba y la calle 29 en frente del Comando de la Policía Nacional.

¿Cómo se manifiesta la diferencia de género en el uso del espacio público y cómo influye la percepción de seguridad que tienen unos y otros en el uso de las sendas?

Los hombres se sienten menos vulnerables que las mujeres en el uso del espacio público, tienden, en sus respuestas, a exteriorizar su fuerza para la defensa si se sintieran agredidos o cercados. Reconocen el riesgo que asumen las mujeres en las calles y consideran que mientras ellos pueden andar solos, ellas no.

Las mujeres se sienten vulnerables, prefieren transitar las calles acompañadas antes que solas, prefieren no utilizar prendas de vestir como minifaldas y chores, porque las expone. Se reconocen débiles y temerosas.

4.3.2. Bordes

Son los límites que dividen, pero que también conectan. En ellos no hay presencia de policías y el alumbrado público es deficiente:

La calle de acceso al barrio Caracolí, porque traza una frontera en la margen izquierda del río Sinú, entre la carretera principal que conduce desde la bajada del puente hacía el corregimiento Las Palomas, y la zona residencial del barrio. La calle es oscura.

La Principal del barrio La Pradera, porque divide a un barrio estratos dos: La Pradera, de uno cuyas viviendas primordialmente nacieron a partir de las invasiones producto de la violencia a finales de la década de los años 80: Cantaclaro.

La calle principal del barrio Rancho Grande, un sector en donde hay alta presencia de pandillas y prácticamente divide en dos el barrio de 25 mil habitantes. A juicio de los entrevistados, la margen derecha del barrio, que tiene un Centro de Atención Inmediata de la Policía (CAI), es más segura que el sector residencial de la margen izquierda de la vía.

La calle 34 del Centro de Montería, porque desde la 41 hasta la 34 hay bares, residencias en las que se paga por hora, y esquinas en las que se encuentran travestis y prostitutas. De la 34 en adelante está ubicada la zona bancaria, que goza de presencia policial y de agentes de seguridad privado, que representan seguridad para quienes viven en los edificios de ese sector o de quienes transitan por allí.

La carrera 35 que divide a los sectores La Represa y La Isla, ambos ubicados en el barrio Cantacaro. La gente ya no quiere caminar por ahí, porque las pandillas de La Isla amenazan con pasarse a La Represa, según las noticias publicadas en el periódico local, EL MERIDIANO de Córdoba, en noviembre de 2012, durante la realización de esta investigación.

La calle que divide a los barrios Nuevo Horizonte y Robinson Pitalúa. En ese sitio operan varios grupos de pandillas.

¿Cómo se manifiesta la diferencia de género en el uso del espacio público y cómo influye la percepción de seguridad que tienen unos y otros en el uso de las bordes?

Los hombres asumen que pueden transitar por todos los sectores, pero reconocen algunos límites y fronteras que resultan peligrosos, porque los grupos de pandillas han impuesto sus reglas. Sin embargo, aún así están dispuestos a correr riesgos, porque se sienten menos vulnerables que las mujeres.

Las mujeres, entre tanto, evitan totalmente las fronteras invisibles y los sitios que están en ellas, como los billares y las tiendas, en donde según sus conceptos permanecen muchos hombres que les significan riesgos.

4.3.3. Barrios

Cantaclaro, La Floresta, Rancho Grande y Santafé son los barrios que más inseguridad representan. Llama la atención porque los barrios están ubicados en sectores muy distintos: sur, suroccidente, suroriente y margen izquierda del río Sinú, lo que refrenda la respuesta común a la pregunta: ¿Es Montería una ciudad segura? “Ya no”.

¿Cómo se manifiesta la diferencia de género en el uso del espacio público y cómo influye la percepción de seguridad que tienen unos y otros en el uso de los barrios?

Tantos hombres como mujeres se sienten reconocidos en sus microsectores, en los colegios y sitios que acostumbran a frecuentar. Sin embargo, ese reconocimiento por el espacio ganado, lo perciben mayoritariamente los hombres a las mujeres. Estas últimas, al describir las limitaciones que perciben en el espacio público, no se sienten totalmente libres ni siquiera en sus barrios. Lo anterior, lógicamente determina el uso de ese espacio. Las mujeres evitan transitar por los sectores donde viven en las noches, mientras que los hombres se arriesgan.

4.3.4. Nodos

La Ronda del Sinú o Avenida Primera, el Centro Comercial Alameda del Sinú, el Pasaje del Sol y el Parque de la Catedral. Para los jóvenes estos sitios son nodos seguros porque allí hay policías, se encuentran y se divierten.

En los barrios identificaron los parques más grandes en Cantacaro, la cancha de la sexta etapa del barrio La Pradera, la Villa Olímpica ubicada en El Centro de la ciudad, los estadios de béisbol 18 de Junio (norte) y Eugenio Valdez (sur), son también puntos de encuentro seguros.

En cuanto a nodos inseguros están: los puentes de Montería que conectan las dos márgenes de la ciudad (derecha e izquierda), separadas por el emblemático río Sinú y el transporte público colectivo. Los consideran zonas de alta peligrosidad, porque no hay policías.

Los parques pequeños de muchos barrios del sur y del Centro de la ciudad dejaron de ser nodos seguros, pese a que durante la primera etapa del proceso de expansión de infraestructura de la ciudad, se recuperaron físicamente muchos de estos lugares. Los jóvenes tienen la percepción de que como no hay seguridad permanente por parte de la autoridad legítimamente constituida, el riesgo y la zozobra se hacen presentes.

¿Cómo se manifiesta la diferencia de género en el uso del espacio público y cómo influye la percepción de seguridad que tienen unos y otros en el uso de los nodos?

A los nodos seguros acceden todos, sin limitaciones. Sin embargo, tanto hombres como mujeres reconocen ciertas barreras relacionadas con la exclusión, que no les permite a los jóvenes sentirse totalmente aceptados en esos espacios. Un ejemplo clarísimo es el

Pasaje del Sol o la zona rosa de la ciudad, allí la exclusión aumenta el clima de inseguridad porque en ese sitio ellos manifiestan que no pueden ser. El vestuario y la carencia de dinero, perciben ellos, lo hace ver diferentes.

4.3.5. Mojones

Los sitios estratégicos son: La Catedral San Jerónimo, las Torres Garcés y la Ronda del Sinú. Esos sitios emblemáticos, según los jóvenes, los representan.

¿Cómo se manifiesta la diferencia de género en el uso del espacio público y cómo influye la percepción de seguridad que tienen unos y otros en el uso de los mojones?

Montería no es una ciudad que goce de muchos sitios emblemáticos o íconos que conciten a las jóvenes, los pocos, reconocidos como tal, son sitios seguros para ellos, uno muy visitado, como La ronda del Sinú, en donde la participación activa de hombres y mujeres por apropiarse de un espacio y moldearlo de acuerdo a sus percepciones, en notoria; los otros dos, se posan en el inconsciente colectivo de los jóvenes porque así lo recibieron como herencia de los adultos, pero son más íconos de paso, no para estar ni para convivir; pero son seguros. Además, respetados y queridos.

CAPÍTULO 5

CONCLUSIONES

Al finalizar esta investigación se plantean conclusiones importantes relacionadas con las percepciones que tienen los jóvenes de Montería entre 14 y 26 años de edad sobre la seguridad urbana de la ciudad y sus características:

- Montería es una ciudad emergente, en crecimiento y desarrollo que recibió una carga de violencia importante la cual se filtra en sus distintos espacios. El espacio público en esta ciudad, como en todas, es el eje central de la vida ciudadana en el que se construye la convivencia y se manifiesta el conflicto, producto de la diversidad y la pluralidad. Estas divergencias en la concepción del espacio han convertido algunos de sus sectores en sitios inseguros, como los barrios del sur y las zonas periféricas de la ciudad.
- De hecho, los jóvenes en sus respuestas manifiestan su preocupación porque el espacio público esté limitándose en Montería, a pesar de los nuevos constructos urbanos. Entonces, a cambio de parques con iluminación y espacios cuidados, a excepción de la Ronda del Sinú, se le está dando paso a los centros comerciales que, aunque son sitios de libre acceso, son a la postre lugares para comunidades enrejadas, que surgen a partir de la cruzada universal por hacer de la ciudad un sitio más seguro. Se imponen poco a poco las casas enrejadas y estos sitios públicos también enrejados. Estos sitios tienen una vocación urbana más limitada.
- Los jóvenes precisan que en estos nuevos sitios queda expuesta la exclusión y los peligros que justamente se propician a partir de una ciudad escindida. Algunos

se han acostumbrado a vivir así y no proponen, no les interesa participar o se aíslan en sus pequeños mundos, otros hablan y nos son escuchados, otros insisten y proponen, exigen y están dispuestos a participar de la construcción de políticas públicas que los incluyan.

- Los sitios inseguros representan un riesgo enorme para los jóvenes, los cuales han sido dibujados por ellos mentalmente, como la cartografía del miedo de la ciudad en la que definitivamente es difícil estar. De alguna manera la ciudad a veces se convierte en el espacio del miedo. Aplicando la distribución espacial y ambiental de Lynch, en esa cartografía se identifican: Sendas (calles del sur y centro, por las que no se atreven a caminar solos), Barrios (Rancho Grande, Cantaclaro, El Cerro, sitios inseguros), Nodos (El pasaje del Sol, sitio de encuentro en donde se estigmatiza al que no tiene dinero y por tanto allí es difícil “ser”), Bordes (las tiendas y billares de los barrios ubicadas en las esquinas de las calles por las cuales las mujeres prefieren no transitar). Muchos de estos puntos significan, modernidad, progreso, movimiento, pero en el caso de Montería también pobreza e inseguridad.

- Otros de los aspectos urbanos sobre los cuales los jóvenes perciben inseguridad es el transporte público, siendo las mototaxis las que representan el mayor peligro, en una ciudad que tiene alrededor de 8 mil motociclistas. Este tema merece una observación y análisis cuidadoso, porque toda la historia de violencia de los mototaxistas la refuerza una realidad publicada en los medios de comunicación y que ha sido bien percibida por quienes participaron de los grupos focales, en el sentido de que muchos de los conductores son desmovilizados de actores armados.

- Los jóvenes sienten que la ciudad se queda pequeña para ellos cuando no tienen donde compartir y participar. Identifican la Ronda del Sinú, el parque lineal de Montería ubicado a orillas del río Sinú en la Avenida Primera, como el sitio de las libertades por excelencia. El espacio que los concita a sentirse incluidos en la ciudad. Lo consideran un espacio cuidado no solo por la autoridad, también por el mismo ciudadano que allí asume posturas o comportamientos distintos que le dan valor al lugar.
- Para los jóvenes, la Ronda es el escenario preferido para reunirse, hablar, crear, expresarse y sentir. En ese orden de ideas otros espacios que en menor grado, también conllevan algunas de estas características como inclusión y participación, son el Centro Comercial Alameda del Sinú y el Pasaje del Sol. Sin embargo, dejan ver que por motivos como escasez de dinero son mirados de manera distinta en esos lugares, que los excluye.
- Los jóvenes tienen la percepción de que Montería es una ciudad con pocas posibilidades para el desarrollo y construcción de escenarios juveniles, y asocian esto a la falta de políticas participativas, ya que los gobernantes se enfocan más en el poder y menos en el ciudadano. Los jóvenes reconocen sus derechos a no ser excluidos y a la justicia social, pero no perciben que sean así entendidos por los adultos o por quienes tienen el poder administrativo del cambio.
- Dejan ver los jóvenes que la ciudad que habitan en tanto construyen, promueve prácticas fragmentarias que echan por tierra varios de sus derechos, uno de ellos la igualdad territorial que debería estar propiciada, entre otras cosas, por los servicios públicos para todos. Al existir barrios con calles, parques y esquinas

oscuras, se convierten en sitios excluyentes que hacen parte del sistema que sí tiene otras partes que sí funciona.

- Los códigos juveniles expuestos por las personas consultadas para la investigación reflejan lecturas muy claras con relación a las condiciones naturales que hacen de algunos sitios más privilegiados que otros; la discriminación espacial; también el difícil acceso a las políticas públicas.
- ¿Cómo superar las barreras y hacer que se instale por encima de las fragmentaciones el derecho a la ciudad? Los jóvenes consideran que garantizando la igualdad desde el punto de vista social y físico. Sobre lo primero se requiere una variación de conceptos que desde la masculinidad dejan al género por fuera de las posibilidades de acceso al derecho a la ciudad, solo por mencionar un grupo vulnerable que se anula en algunos espacios.
- Con relación al género femenino, la investigación refleja que ellas en el espacio público asumen más riesgos que los hombres. Es difícil insertarse y apropiarse de la ciudad cuando hay riesgos evidentes en las calles de Montería, en las esquinas de los barrios populares, e incluso en las calles del centro de la capital. Solo la presencia de la autoridad legítimamente constituida les devuelve la tranquilidad.
- Para las mujeres consultadas en los grupos focales y en las encuestas, es más que claro que la ciudad no les garantiza el salir solas y gozar de todo a lo que sí logran los hombres con más libertad. Ellas se privan de salir solas e incluso de frecuentar bares o lugares de esparcimiento sin la compañía de alguien, porque ello las pone en la mira de quienes les harían daño.

- Otro aspecto importante es que mientras los hombres jóvenes no se preocupan en lo absoluto por la manera de vestir para salir a la calle o moverse por los barrios de Montería, para las mujeres el tema sí resulta inquietante, ya que hay sitios en donde es mejor para la seguridad de ellas no usar ciertas prendas. Ello conlleva a dos tipos de conclusiones: o algunas mujeres jóvenes renuncian a la libertad en el vestir, o dejan de frecuentar algunos sitios públicos porque en ellos son observadas como objeto de deseo y pueden correr peligros.
- La seguridad urbana es un deber de las autoridades y es un derecho de todos los ciudadanos. Los fenómenos violentos mutantes se han enquistado en la sociedad y han demarcado los espacios de forma abrupta, creando verdaderas barreras, y los jóvenes lo reconocen y reclaman cambios. Una de las barreras son las pandillas, reconocidas como existentes en los barrios de sur, las cuales han trazado una especie de barreras invisibles que imposibilita el libre tránsito para hombres y mujeres, pero son ellas las que llevan la peor parte, dado que si los pandilleros se fijan en ellas, hacen lo posible por conquistarlas, generándoles zozobra e incertidumbre.
- Al tiempo en que los jóvenes reconocen las limitaciones y dificultades, plantean que se está a tiempo de coadyuvar como generadores de cambio en la ciudad, para cambiar la percepción de inseguridad por la de ciudad segura y con espacios para todos, ya que todavía no nos sentimos angustiados entre desconocidos, pues el espacio es moldeable y rescatable. Esto es una conclusión interesante, porque a pesar de las dificultades en la ciudad, dada la historia de violencia que ha marcado muchas zonas, sumado a la percepción de inseguridad que

es evidente producto de la pobreza y de la inequidad, los habitantes reflejan que hay posibilidades de rescatar la ciudad porque no ha crecido lo suficiente al punto de volver a sus habitantes desconocidos entre conocidos.

- Los jóvenes en la ciudad se reconocen con sus fortalezas y debilidades e intentan empoderarse del desarrollo que lleva su comunidad, sin involucrarse del todo. Ellos están ahí, construyen o moldean su espacio con el objetivo de incluirse. Con el pasar del tiempo adquieren una fuerza notoria que los involucra en procesos en los que pareciera ponérseles a prueba: un grupo se muestra dispuestos a asumir los retos en medio de las confusiones o dificultades que ello representa y otros se siguen mostrando ajenos e indiferentes porque nunca antes han sido tenidos en cuenta. El discurso que se ha usado con estos jóvenes ha sido el de que ellos son el futuro, no el presente, lo cual los ha alejado. Los que dicen sí, están jalando a los otros y por eso el parque lineal la Ronda del Sinú propicia el encuentro de tribus urbanas, de muestras culturales, musicales, teatrales, o simplemente el encuentro, sobre lo cual los jóvenes reclaman para multiplicar en más sitios de esta ciudad emergente.

- Cuando los ciudadanos entienden el significado que tiene el espacio público, se constituyen en auténticos ciudadanos capaces de construir una comunidad, capaces de reconocer una historia y construir un proyecto, y en ese punto de ebullición están los jóvenes monterianos. Con el interés marcado de que el espacio público genera apego y sentido de pertenencia.

- Para el caso que nos ocupa, los jóvenes comprenden claramente que la convivencia se construye sobre la base de los vínculos sociales y que estos requieren

de un espacio, el espacio público en la ciudad contemporánea. Así las cosas, el espacio público es un mecanismo fundamental para la socialización de la vida urbana y allí se aprende la tolerancia, como lo precisa el experto, arquitecto, Jodi Borja.

- La investigación refleja igualmente la necesidad de construir espacio público en la ciudad que haga posible el diálogo, la propuesta, el debate, el acuerdo, la pluralidad, la tolerancia, la identidad y pertenencia social para que una comunidad, en este caso la juvenil se reconozca en un espacio significativo. En ese sentido, el espacio público que reclaman los jóvenes involucra mucho más que estructuras físicas, involucra también aspectos sociales, culturales y políticos que derivan en su construcción, uso y aprovechamiento. Un lugar de la identidad en el que los individuos se reconocen en él y se definen en él.
- El espacio público que reclaman los jóvenes y dejan ver sus respuestas es un lugar de encuentro, recreación, movilidad, tránsito, acceso, llegada (de origen y destino). Un espacio vinculante, de intercambio y de producir hitos simbólicos, cuyo resultado parte de lo físico hacia la relación con el hombre por el uso que hace de él. Entonces el espacio público cumple dos funciones dentro de una ciudad, le da sentido y forma a la vida colectiva y es elemento de representación de colectividad. Claro está en ese espacio público los jóvenes, objeto de estudio, reclaman el reconocimiento de la alteridad y la diferencia.

CAPÍTULO 6

RECOMENDACIONES

La investigación realizada sobre la percepción de seguridad que tienen los jóvenes sobre Montería, permite sugerir los siguientes puntos:

- La construcción de políticas públicas para los jóvenes de Montería no se puede seguir haciendo desconociendo las percepciones de sus protagonistas, pues es evidente que la ciudad está creciendo dejando de lado los espacios para ellos, en los cuales se sientan seguros y puedan ser.

Una ciudad emergente debido a los proyectos de infraestructura en los que prevalece el cuidado por el medio ambiente, tal cual ha sido considerada por el Ministerio de Industria y Comercio y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), no debería desconocer a los diferentes grupos ciudadanos, y especialmente a los jóvenes, de la construcción de ese desarrollo, porque se estaría ampliando la brecha de la exclusión y se haría de esta una urbe escindida.

- El hecho de que el ciudadano joven considere inseguro el transporte público urbano, tanto colectivo (buses) como individual informal (mototaxismo), debe mover a las autoridades legítimamente constituidas a otro tipo de consideraciones, pero ello solo será posible en la medida en que se analicen este tipo de estudios, sobre lo que se respira y se conceptúa en la ciudad.
- Los medios de comunicación juegan un papel preponderante en la construcción de ciudadanía, sin embargo, el papel se desdibuja cuando los contenidos promueven modelos divisorios, excluyentes, inseguros. Esto es cuando

sin la respectiva profundización, las cartografías del miedo se comunican a los cientos de consumidores de la información, sin ahondar en los por qué y los para qué.

Este trabajo de investigación, entonces, abre otras ventanas para auscultar nuevas temáticas que se derivan de la complejidad universal que encierra la línea trazada entre juventud-ciudad-percepción urbana-seguridad. Futuros investigadores podrían a partir de los resultados descritos en esta tesis sobre la ciudad de Montería, ahondar sobre:

- Las políticas públicas construidas desde los jóvenes y con ellos. Cómo la transformación política en la que hay mayor participación juvenil, lo cual es evidente en la elección de los dos últimos alcaldes para los periodos 2008-2011 y 2012-2015 no moldea los nuevos espacios y los transforma justamente a favor los ciudadanos jóvenes.
- Los medios de comunicación son eventuales exhortadores de la seguridad, pero al mismo tiempo terminan haciéndole apología a la inseguridad, que se promueve con contenidos informativos cada día más enfocados a la denuncia y menos interesados en la investigación, en el periodismo para explicar.
- Las culturas juveniles en los espacios apropiados, transformados y usados, cómo logran insertar sus pensamientos y constructos a la nueva ciudad emergente.

Una ciudad es un universo en el que los imaginarios y las percepciones cruzan una línea delgada que incide de manera notoria en todo su desarrollo natural. Sería ideal que de

la misma forma esos constructos de la sociedad ejercieran una mayor influencia en la planeación urbana de la misma.

BIBLIOGRAFÍA

CAMPO, María Fernanda. MOCKUS, Antanas. BORJA, Jodi. (2005) Memorias del Foro Internacional sobre Espacio Público y Ciudad. Pág. 38.
http://camara.ccb.org.co/documentos/2974_documento._memorias_foro_espacio_publico_y_ciudad.pdf

CARTA mundial por el derecho a la ciudad (2004 – 2005). Págs. 1, 2 , 4, 6
http://www.lapetus.uchile.cl/lapetus/archivos/1239291239Carta_mundial_derecho_ciudad.pdf

CASTELLS, Manuel (1997) La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Alianza Editorial. Madrid.

CASTRO, Jaime. (2003). Historia Extensa de Montería. Pág. 45. Ediciones Funrayapi. Serie Patrimonio.

CASTRO, Pedro. (2003) ¿Qué es una ciudad? Aportaciones para su definición desde la prehistoria. Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona (España). Vol. VII, núm. 146(010). Párrafos. 3 y 10
<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146%28010%29.htm>

CEPAL (2000). Juventud, población y desarrollo: Problemas, posibilidades y desafíos. Pág. 13, 22
<http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/3/4973/lc11424.pdf>

DELGADO, Manuel. De la ciudad concebida a la ciudad practicada. Archipiélago Cuadernos de Crítica de la Cultura núm.62

DEL VALLE, Teresa (2005). El espacio y el tiempo en las relaciones de género. Centro de Estudios Miguel Enríquez. Archivo Chile. Pág. 5

FALÚ, Ana. SEGOVIA, Olga. (2007). Ciudades para convivir: Sin violencia para las mujeres. Pág. 25, 46.

<http://www.sitiosur.cl/publicacionescatalogodetalle.php?PID=3500&doc=Y&lib=Y&rev=Y&art=Y&doc1=Y&vid=Y&autor=&coleccion=Ediciones%20SUR&tipo=ALL&nunico=200701#descargar>

FEIXA, Carles. (1999). De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud. Editorial Ariel, Barcelona. Pág. 48. <http://es.scribd.com/doc/8753074/Carles-Feixa-De-Jovenes-Bandas-y-Tribus>

FLÓRES, Pamela. GÓMEZ, Nancy (2005) Ciudadanía Juvenil: Sin espacios ¿dónde construirla? Investigación y Desarrollo. Vol 13. N°1. Pág. 79, párr. 1 y pág. 86, párr. 4.

GARCÍA VÁSQUEZ, Carlos (2004) Ciudad Hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI. Primera edición. Pág. 2.

GARCÍA, María. Ciudad y Género. Consultado el 11 de agosto en http://www.ub.edu/multigen/donapla/lourdes_garcia.pdf

INFORME sobre Seguridad Urbana en las Américas de la OEA (2011). Pág. 11.

<http://es.scribd.com/doc/62651624/Alertamerica-2011>

JACOBS, Jane (1973). La vida y la muerte de las grandes ciudades. Barcelona, Editorial

Península. http://www.arq.ufsc.br/urbanismoV/artigos/artigos_jj.pdf

LEFEVBRE, Henri (1974) La producción del espacio. El texto corresponde a la traducción simultánea recogida en cinta magnetofónica. De ahí su estilo poco cuidado que pese a todo se ha preferido respetar. Artículo publicado en: Papers: Revista de sociología. Año 1974.

Núm. 3 Págs. 219-229. <http://es.scribd.com/doc/47404221/Lefebvre-Henri-La-produccion-del-espacio>

LEFEVBRE, Henri (1978). El derecho a la ciudad. Ediciones Península. Págs. 126, 136-138.

LEVA, Germán. PAZ, Sergio. Jóvenes y ciudad. Notas para una aproximación a los nuevos espacios urbanos juveniles. Revista Hábitat/Metrópolis. Universidad Nacional del Quilmes. Párr. 3. http://hm.unq.edu.ar/archivos_hm/GL_SP_jovenes_ciudad.pdf

LINDÓN, Alicia (2009) La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. Cuerpos, emociones y sociedad. N° 1. Año 1. Córdoba. Págs. 6-20

LINDÓN, Alicia (2008) Violencia/miedo, espacialidades y ciudad. Revista Casa del Tiempo. N° 4. Pág. 13.

[http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/04 iv feb 2008/casa del tiempo eIV_num04_02_07.pdf](http://www.difusioncultural.uam.mx/casadeltiempo/04_iv_feb_2008/casa_del_tiempo_eIV_num04_02_07.pdf)

LLEDÓ, Pilar. (1999). La seguridad ciudadana como política de bienestar social. (en Políticas sociales y Estado de Bienestar en España).

LYNCH, K. (2008). La imagen de la ciudad. Págs. 9, 12, 62, 103, 104. Editorial Gustavo Gili, SL, 1984, 1998

MARTÍNEZ, Carlos. SANZ, José Luis. (2012). Los viajes de la Mara Salvatrucha. El origen del odio. Elfaronet<http://www.salanegra.elfaro.net/es/201208/cronicas/9301/>

MURAD, Rocío. (2003) Estudio sobre la distribución espacial de la población colombiana. Proyecto regional de población Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL/Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). Págs. 7, 8, 28.<http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/0/14000/lcl2013-p1.pdf>

MORELO, Ginna. (2012) La ruta del despojo. Investigación periodística multimedial publicada en EL MERIDIANO de Córdoba.com.co <http://rutadeldespojo.blogspot.com/>

NÚÑEZ, Ana. (2009) De la alineación al derecho a la ciudad. Una lectura (posible) sobre Henri Lefebvre. Revista Theomai/TheomaiJournal. Pág 35. <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero20/ArtNunez.pdf>

REGUILLO, Rossana (2000) Emergencia de culturas juveniles, estrategias del desencanto. Editorial Norma. Párrs. 10 - 29 - 38 - 39 - 41. Resumen contenido en: http://perio.unlp.edu.ar/teorias/index_archivos/reguillo_emergencia.pdf

REGUILLO, Rossana (2000). Ensayo(s) sobre la(s) violencia(s): Breve agenda para la discusión. Revista Signo y pensamiento N° 29 Universidad Javeriana. Facultad de comunicación y Lenguaje (1996) Págs. 23-30
<http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/3068/2348>

RESTREPO, Marleny. (2007). Montería Imaginada. Editado por la Universidad de Córdoba. Págs. 14, 39. 65

REY, Germán. (2005). El cuerpo del delito. Presentación y narrativas mediáticas de la seguridad ciudadana. Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. http://www.fes.org.ar/PUBLICACIONES/El_Cuerpo_del_Delito_GRey.pdf

REYES, Alejandro (2009) Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia. Bogotá, Colombia. Págs. 18, 28, 86

SILVESTRO, José María. ROCA, Josep. (2007). La ciudad como lugar. Revista Arquitectura, ciudad y entorno. Vol.1, núm. 3. Pág. 405
http://upcommons.upc.edu/revistes/bitstream/2099/2495/1/29_silvestro.pdf

URIBE, Ignacio. MOLINA, Guillermo. CORREA, Marta. (2011). Ética Urbana. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana. Pág. 8.

VERDAD ABIERTA (2012). Farc, Bacrim y Eln: Radiografía del conflicto.
http://www.verdadabierta.com/bandera/index.php?option=com_content&id=3843

ZÁRATE, Martín, A (2002) El Espacio Interior de la Ciudad. Espacio y Sociedad N°12. Editorial Síntesis. Madrid. Pág. 175.

ZARZURI, Raúl. (2000). Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas. Última Década. Revista del Centro de Investigación y Difusión Poblacional, Viña del Mar. Número 13. Pp 81-96. Párr. 18

ANEXOS

ANEXO 1. Instrumento, ENCUESTA BASADA EN LA ESCALA DE LIKERT

CUESTIONARIO PERCEPCIÓN DE SEGURIDAD UBANA DE LOS JÓVENES EN MONTERÍA

SEXO: ☐ Femenino ☐ Masculino

BARRIO: _____

EDAD: _____

1. Las calles de Montería son seguras

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

3. Las mototaxis son seguras para los hombres

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

4. Las esquinas de las calles donde hay tiendas y billares son sitios por donde las mujeres pueden transitar tranquilas

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

5. Las calles de los barrios del sur de la ciudad son más inseguras que las del Centro

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

6. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

7. Yo puedo transitar por las calles del sur de Montería a cualquier hora

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

8. Yo puedo transitar por las calles del Centro de Montería a cualquier hora

1. Totalmente de acuerdo	2. De acuerdo	3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	4. En desacuerdo	5. Totalmente en desacuerdo
--------------------------	---------------	-----------------------------------	------------------	-----------------------------

9. Cuándo camino la ciudad solo (a) me siento más seguro (a)

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

10. Prefiero caminar la ciudad en compañía de otras personas

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

11. El Cerro es un sector asociado a las pandillas

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

12. La Avenida Circunvalar de Montería es segura

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

13. El barrio Cantaclaro es un sector por el que transitarías con tranquilidad

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

14. Las pandillas que se instalan en las fronteras de los barrios protegen a los jóvenes

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

15. ¿El barrio Rancho Grande es seguro de noche?

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

16. ¿Puedes entrar con facilidad a cualquier sitio del Pasaje del Sol?

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

17. Cuando visitas el Centro Comercial Alameda te sientes cómodo y aceptado

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

18. Los barrios del norte son seguros

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

19. Los barrios del sur son seguros

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

20. El centro es un lugar seguro para hombres y mujeres

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

21. En el barrio en el que vivo los hombres son más respetados que las mujeres

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

22. Los barrios del sur tienen suficientes espacios públicos para los jóvenes

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

23. Soy conocido en mi barrio y por eso me siento segura (o)

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

24. La presencia de policías en las calles me representa seguridad

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

25. Las calles y parques sin iluminación y los lotes abandonados me producen temor a la hora de transitar

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

26. A la Ronda del Sinú acceden hombres y mujeres jóvenes de todos los estratos

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

27. Los jóvenes acceden sin limitaciones al Centro Comercial Alamedas del Sinú

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

28. El Pasaje del Sol es un sitio exclusivo para hombres y mujeres adinerados

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

29. La Ronda del Sinú es segura

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

30. Prefiero encontrarme con mis amigos en lugares privados

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

31. Prefiero los lugares abiertos para compartir con los amigos

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

32. La Catedral San Jerónimo es un símbolo de seguridad en Montería

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

33. El Puente Metálico es un sitio seguro para los jóvenes de Montería

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

34. La Ronda del Norte es un espacio libre para el ciudadano joven

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

35. Los bajos del puente Segundo Centenario en el barrio Sucre es un sitio seguro para el transitar

<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

36. Sierra Chiquita, en el Cerro en Montería, es un sitio seguro

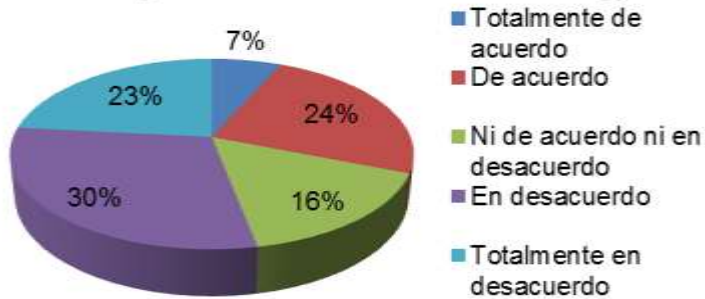
<input type="checkbox"/> 1. Totalmente de acuerdo	<input type="checkbox"/> 2. De acuerdo	<input type="checkbox"/> 3. Ni de acuerdo ni en desacuerdo	<input type="checkbox"/> 4. En desacuerdo	<input type="checkbox"/> 5. Totalmente en desacuerdo
---	--	--	---	--

ANEXO 2. Gráficos, RESULTADOS DE LA ENCUESTA

1. Las calles de Montería son seguras



2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro



3. Las mototaxis son seguras para los hombres



4. Las esquinas de las calles donde hay tiendas y billares son sitios por donde las mujeres pueden transitar tranquilas



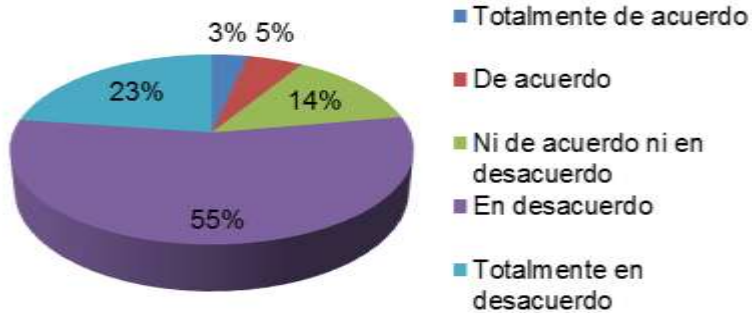
5. Las calles de los barrios del sur de la ciudad son más inseguras que las del Centro



6. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería



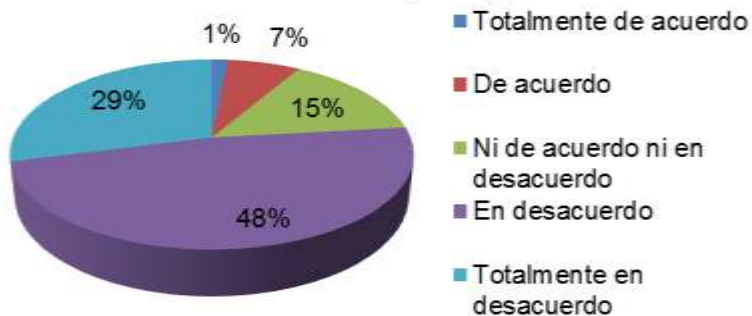
7. Yo puedo transitar por las calles del sur de Montería a cualquier hora



8. Yo puedo transitar por las calles del Centro de Montería a cualquier hora



9. Cuándo camino la ciudad solo (a) me siento más seguro (a)



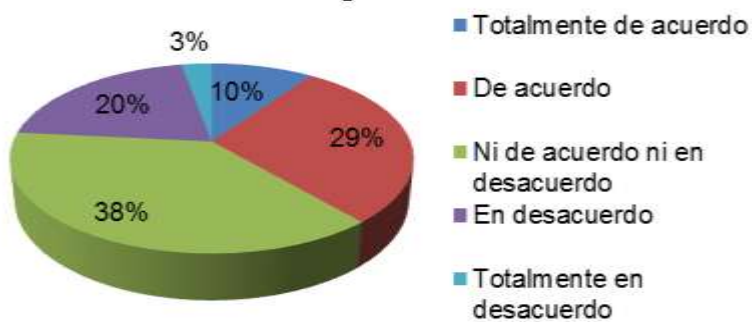
10. Prefiero caminar la ciudad en compañía de otras personas



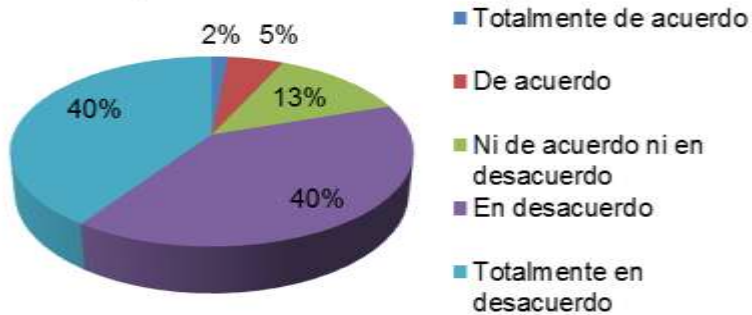
11. El Cerro es un sector asociado a las pandillas



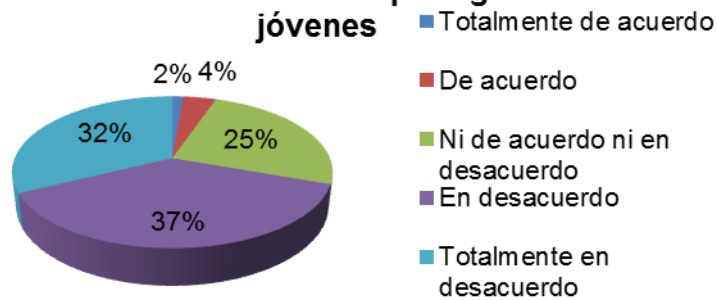
12. La Avenida Circunvalar de Montería es segura



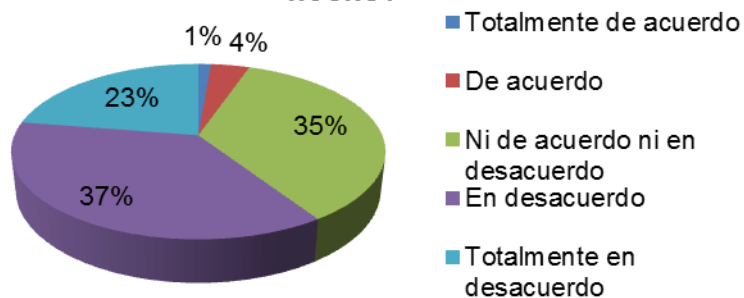
13. El barrio Cantaclaro es un sector por el que transitarías con tranquilidad



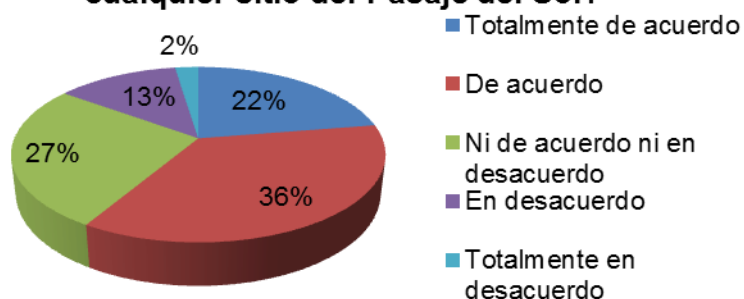
14. Las pandillas que se instalan en las fronteras de los barrios protegen a los jóvenes



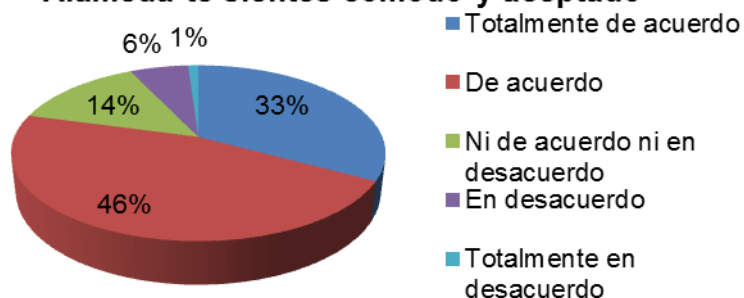
15. ¿El barrio Rancho Grande es seguro de noche?



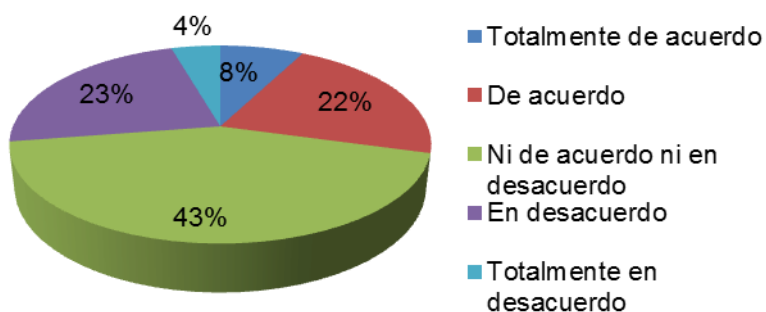
16. ¿Puedes entrar con facilidad a cualquier sitio del Pasaje del Sol?



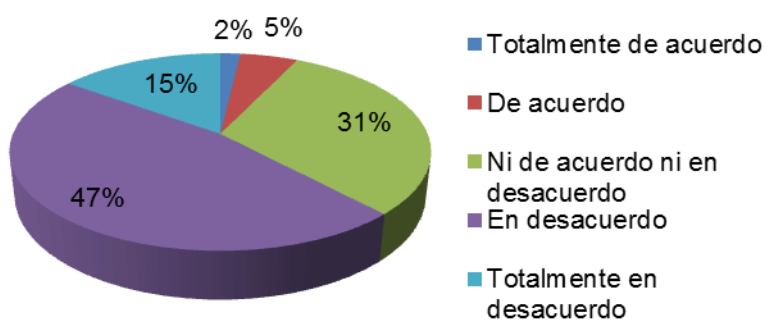
17. Cuando visitas el Centro Comercial Alameda te sientes cómodo y aceptado



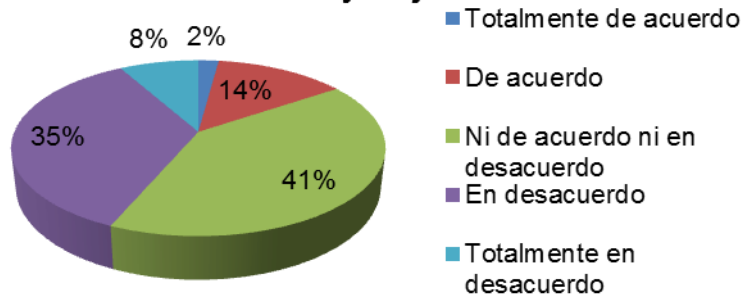
18. Los barrios del norte son seguros



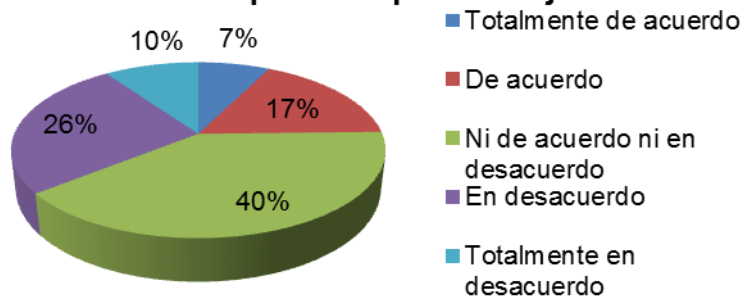
19. Los barrios del sur son seguros



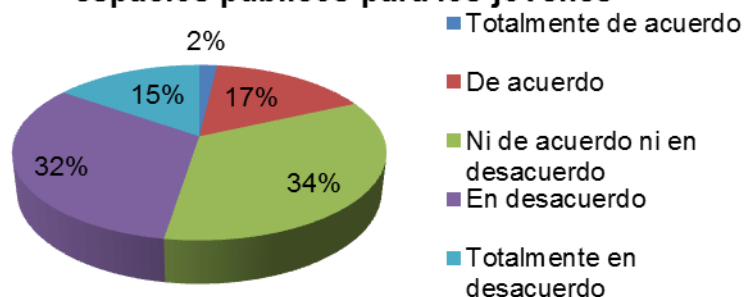
20. El centro es un lugar seguro para hombres y mujeres



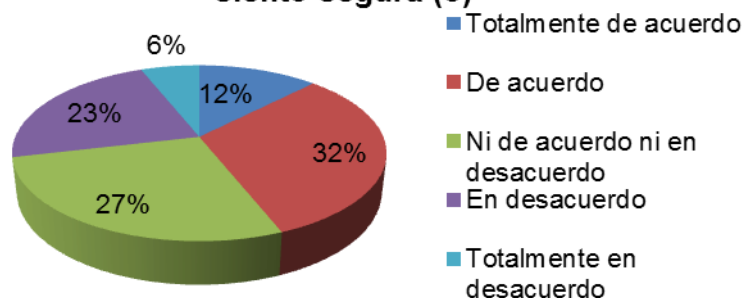
21. En el barrio en el que vivo los hombres son más respetados que las mujeres



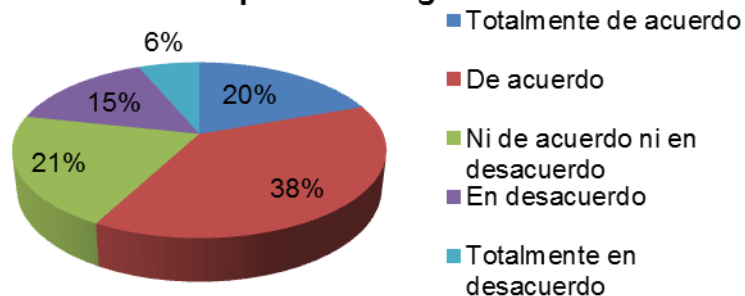
22. Los barrios del sur tienen suficientes espacios públicos para los jóvenes



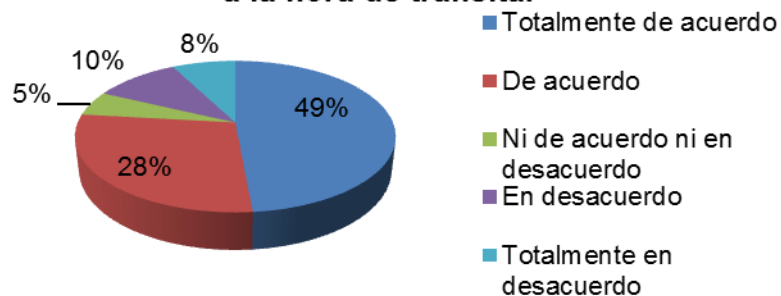
23. Soy conocido en mi barrio y por eso me siento segura (o)



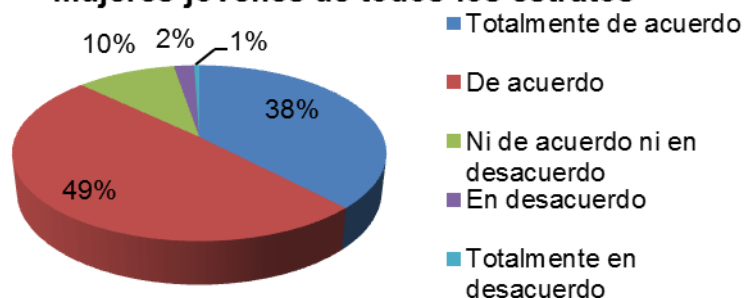
24. La presencia de policías en las calles me representa seguridad



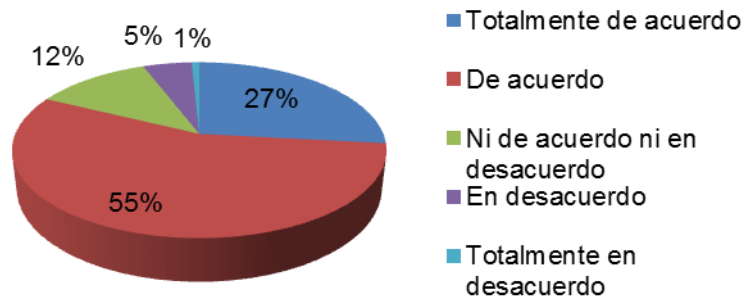
25. Las calles y parques sin iluminación y los lotes abandonados me producen temor a la hora de transitar



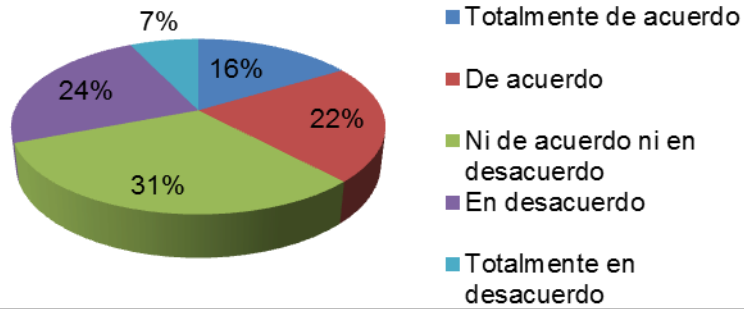
26. A la Ronda del Sinú acceden hombres y mujeres jóvenes de todos los estratos



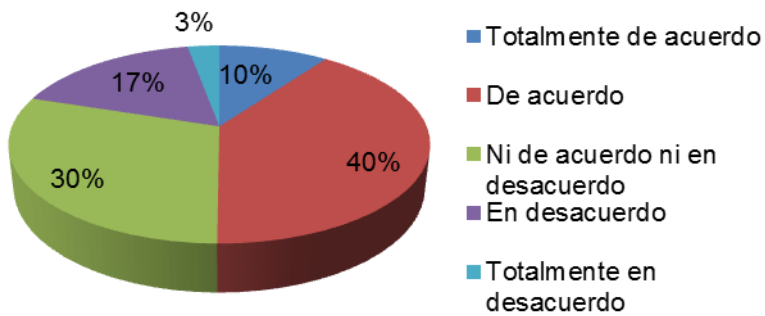
27. Los jóvenes acceden sin limitaciones al Centro Comercial Alamedas del Sinú



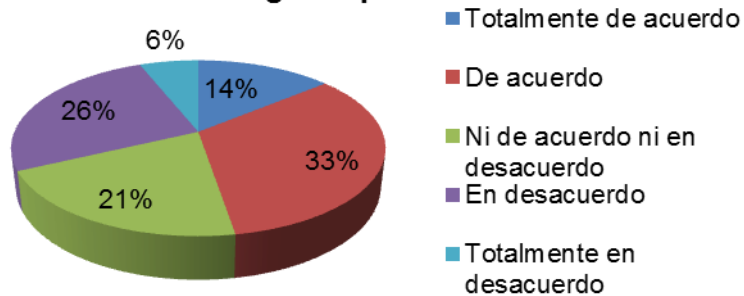
28. El Pasaje del Sol es un sitio exclusivo para hombres y mujeres adinerados



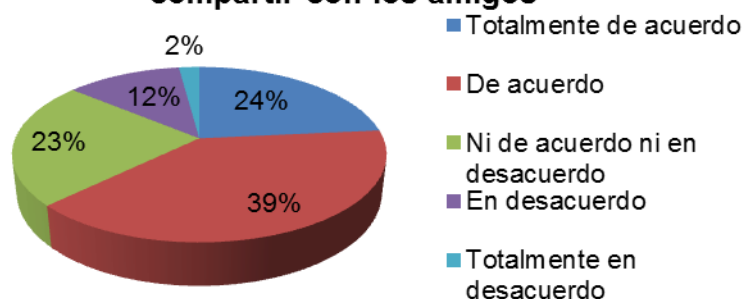
29. La Ronda del Sinú es segura



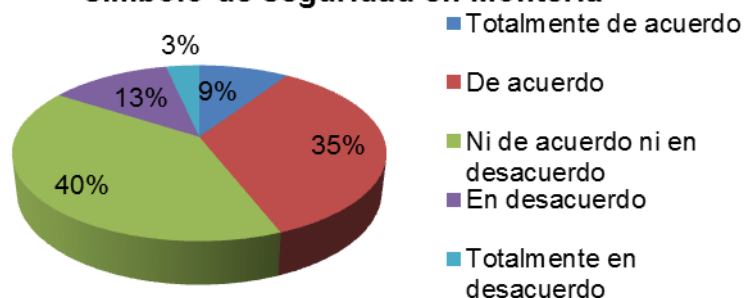
30. Prefiero encontrarme con mis amigos en lugares privados



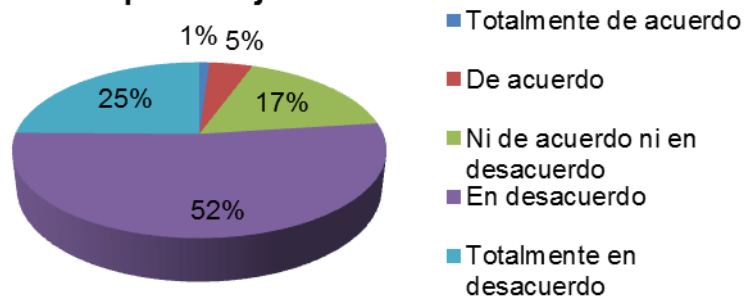
31. Prefiero los lugares abiertos para compartir con los amigos



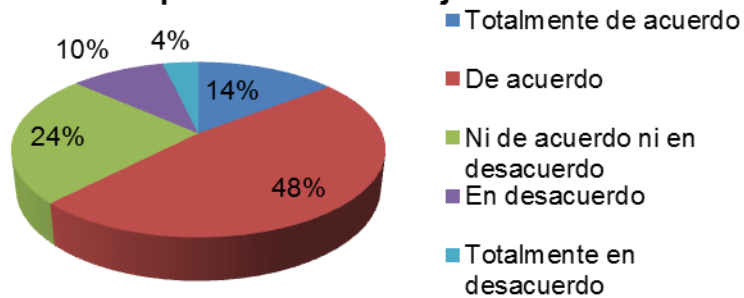
32. La Catedral San Jerónimo es un símbolo de seguridad en Montería



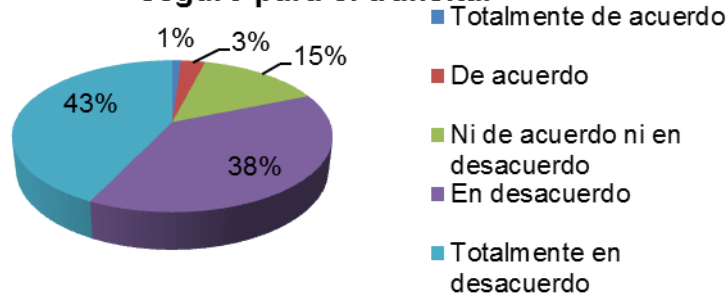
33. El Puente Metálico es un sitio seguro para los jóvenes de Montería



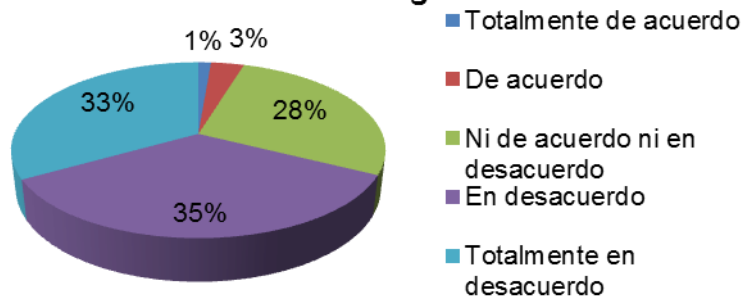
34. La Ronda del Norte es un espacio libre para el ciudadano joven



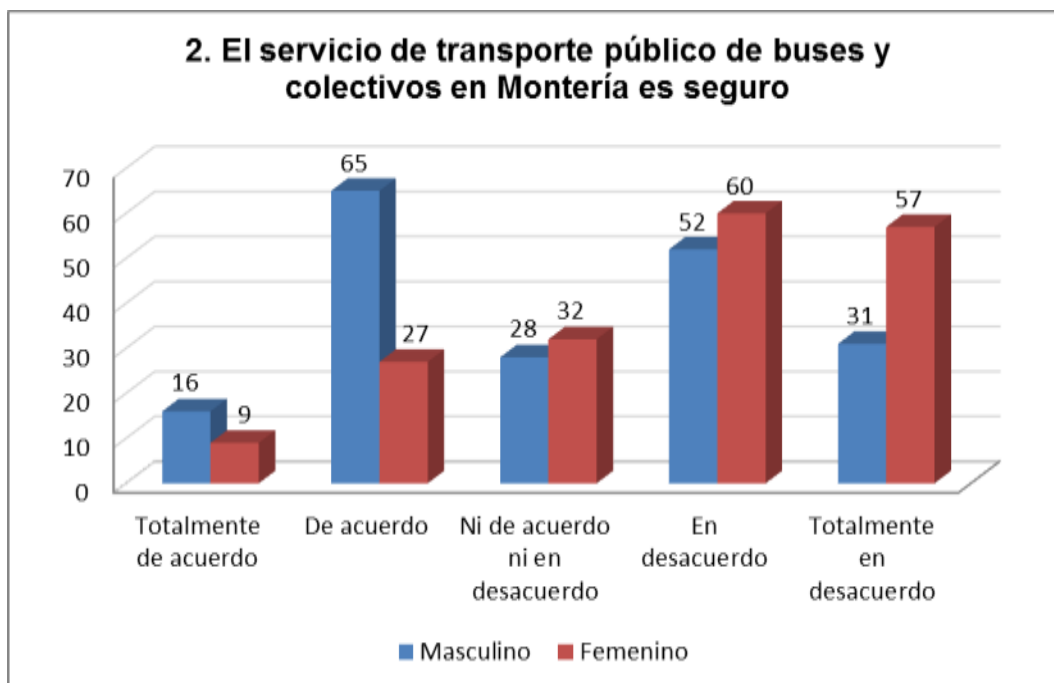
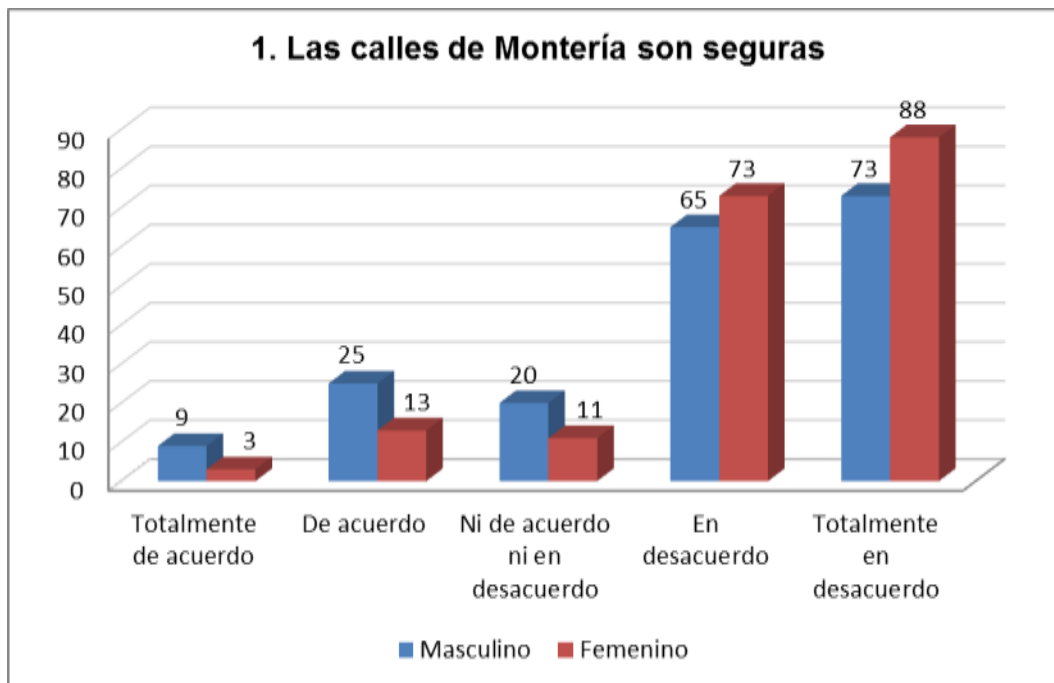
35. Los bajos del puente Segundo Centenario en el barrio Sucre es un sitio seguro para el transitar



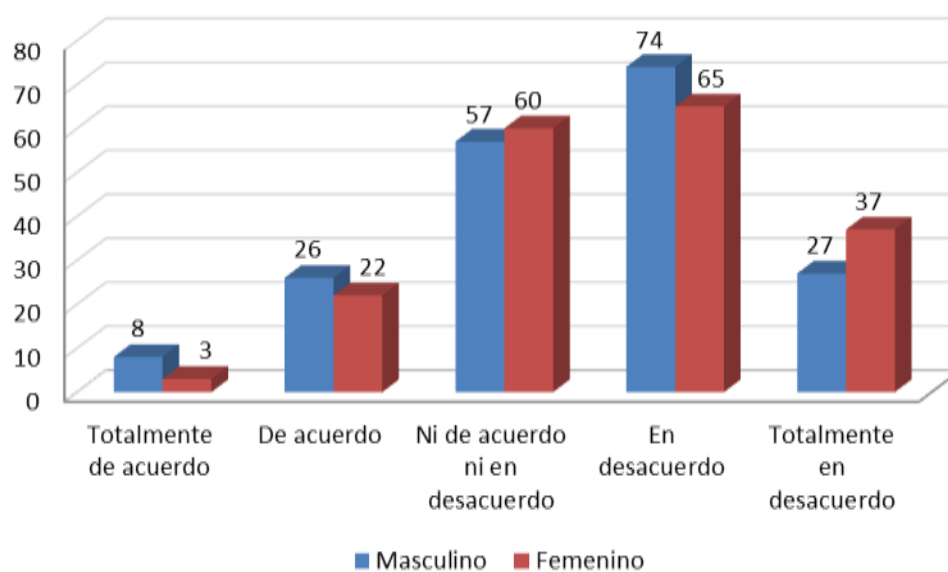
36. Sierra Chiquita, en el Cerro en Montería, es un sitio seguro



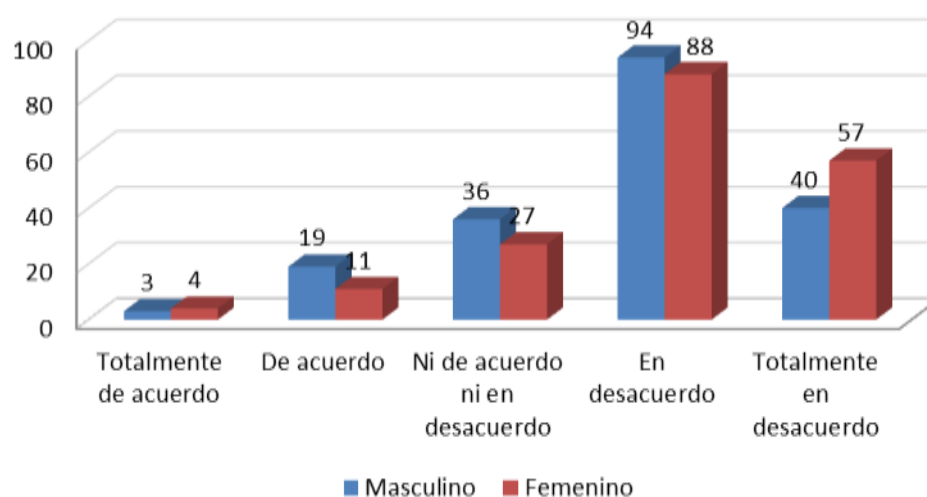
ANEXO 3. Gráficos, RESULTADOS COMPARATIVOS DE LA ENCUESTA POR GÉNEROS



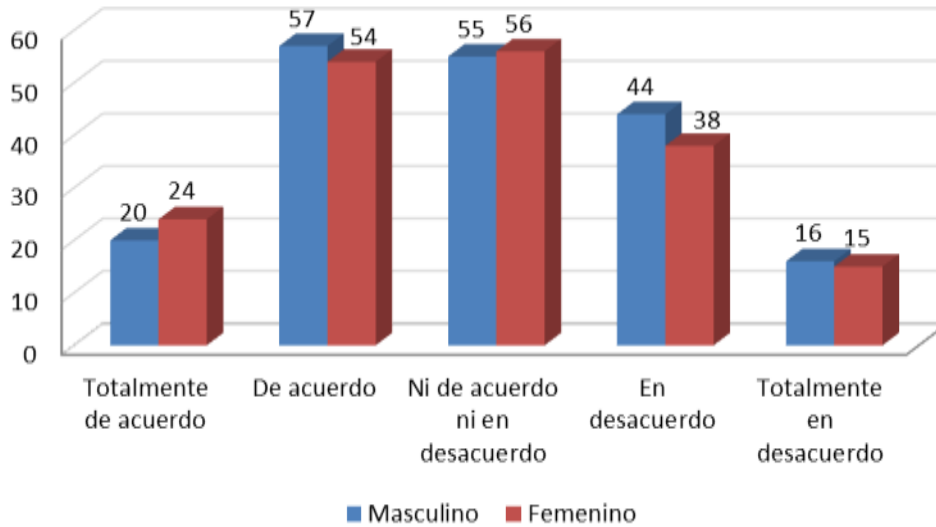
3. Las mototaxis son seguras



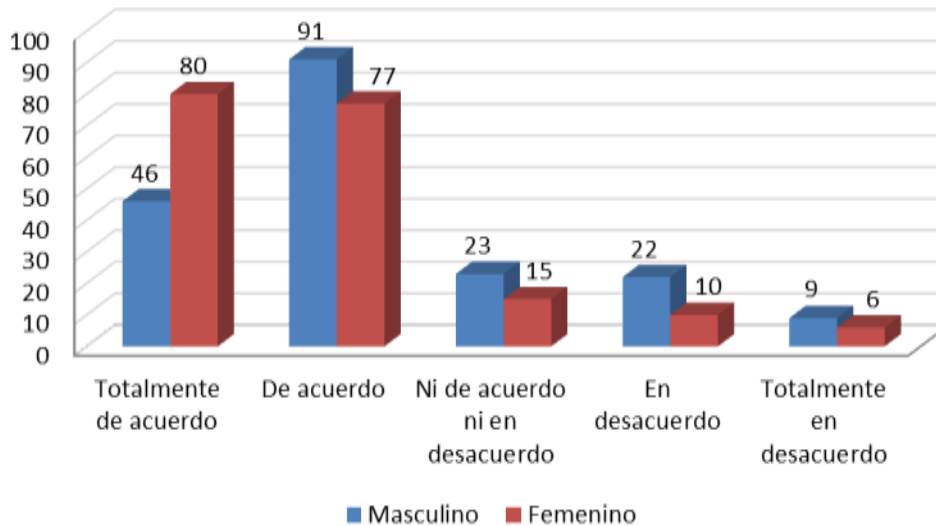
4. Las esquinas de las calles donde hay tiendas y billares son sitios por donde las mujeres pueden transitar tranquilas



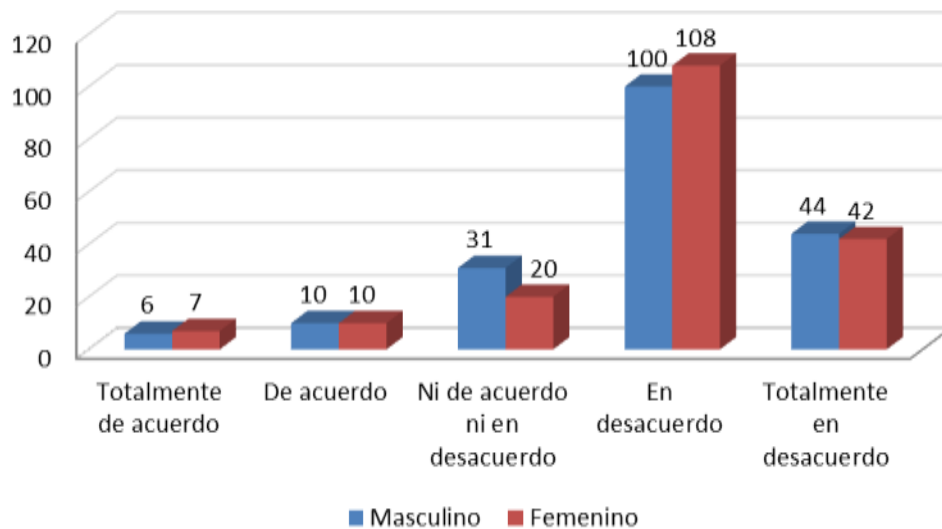
5. Las calles de los barrios del sur de la ciudad son más inseguras que las del Centro



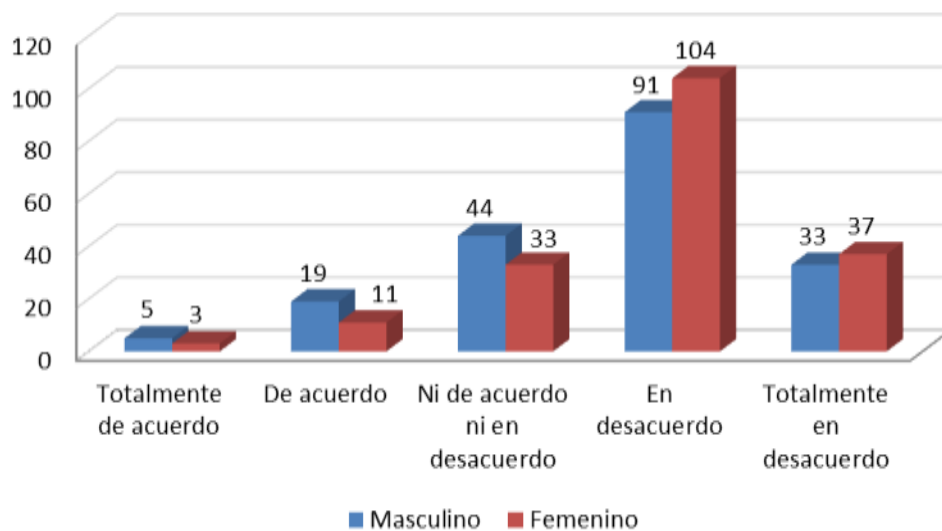
6. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería



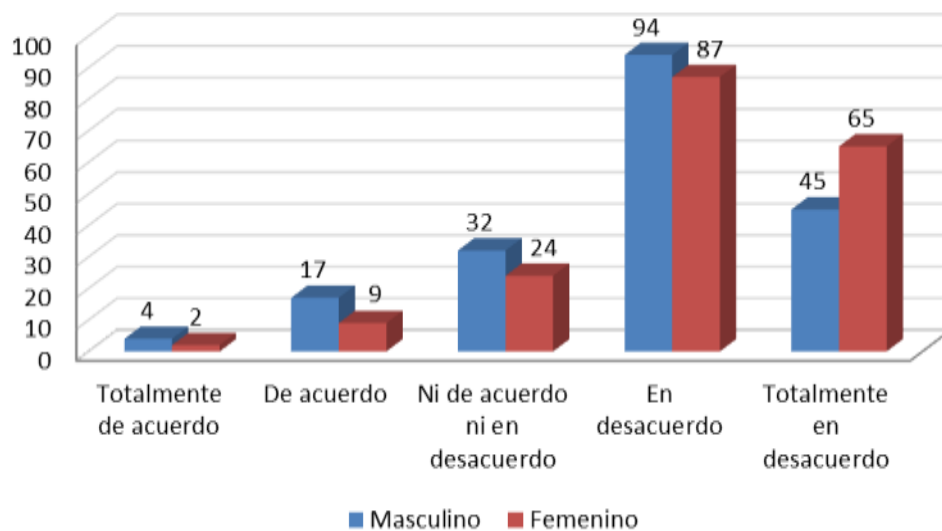
7. Yo puedo transitar por las calles del sur de Montería a cualquier hora



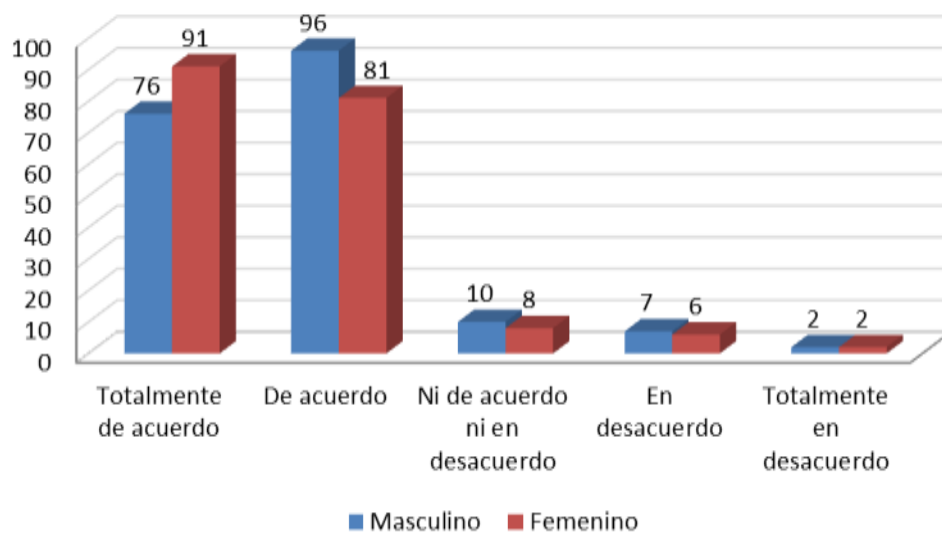
8. Yo puedo transitar por las calles del Centro de Montería a cualquier hora



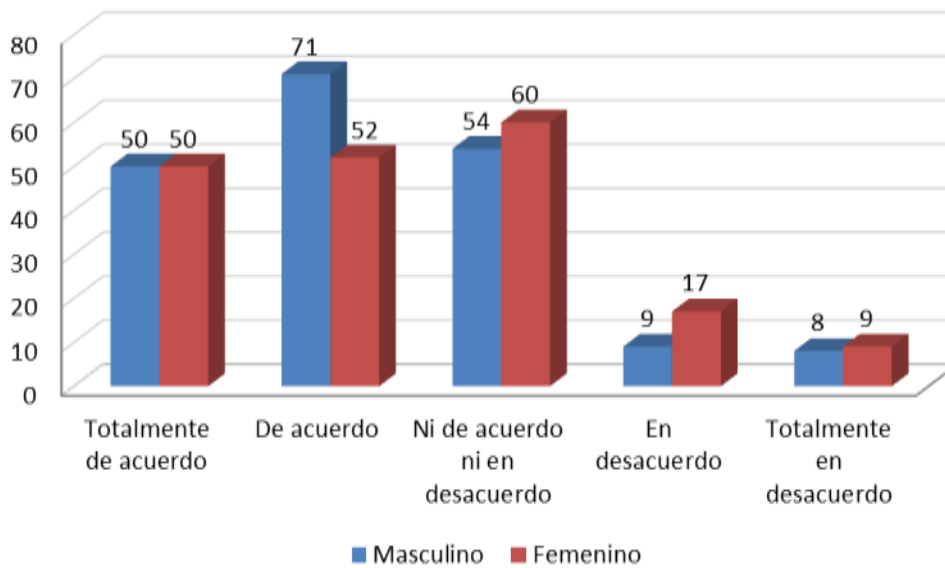
9. Cuándo camino la ciudad solo (a) me siento más seguro (a)



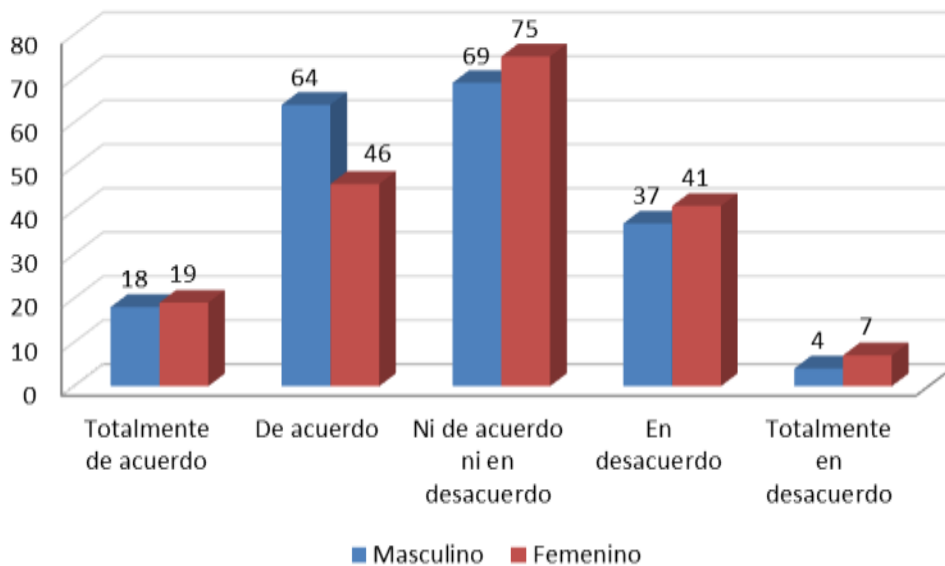
10. Prefiero caminar la ciudad en compañía de otras personas



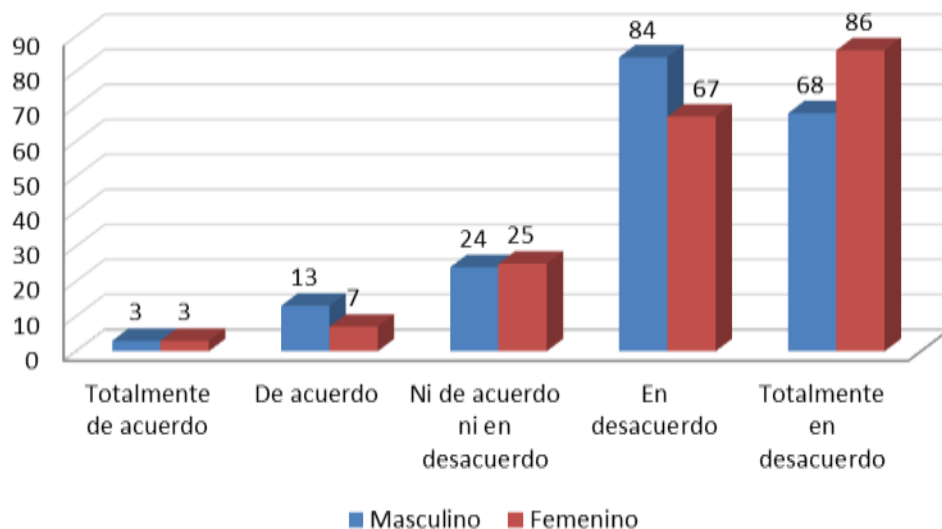
11. El Cerro es un sector asociado a las pandillas



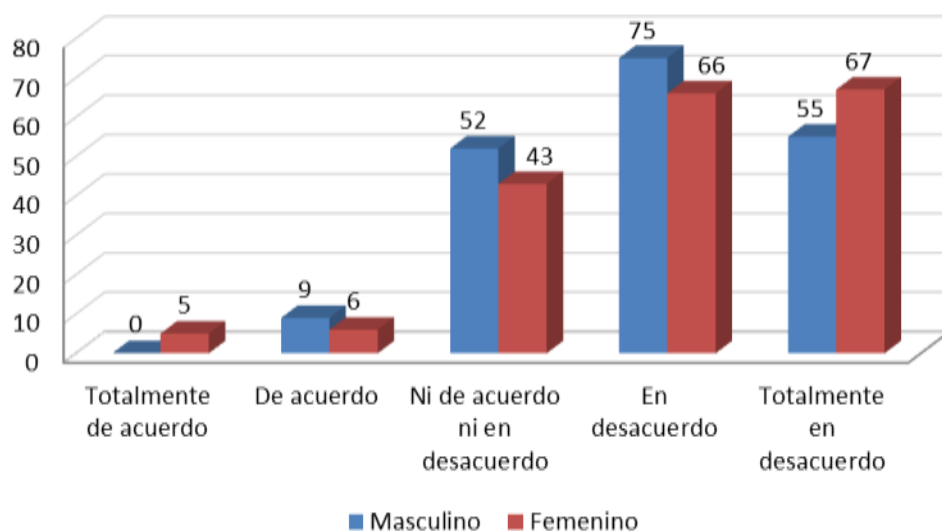
12. La Avenida Circunvalar de Montería es segura



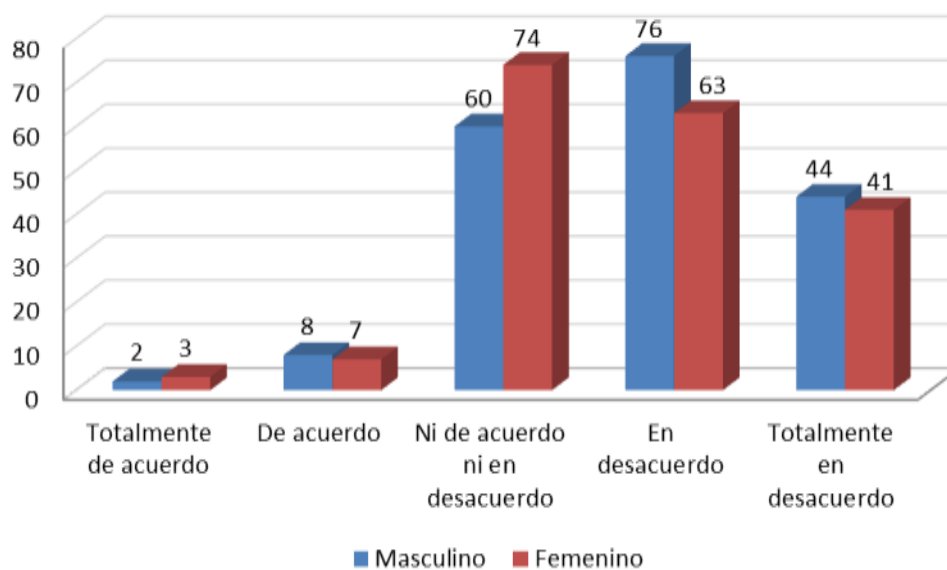
13. El barrio Cantaclaro es un sector por el que transitarías con tranquilidad



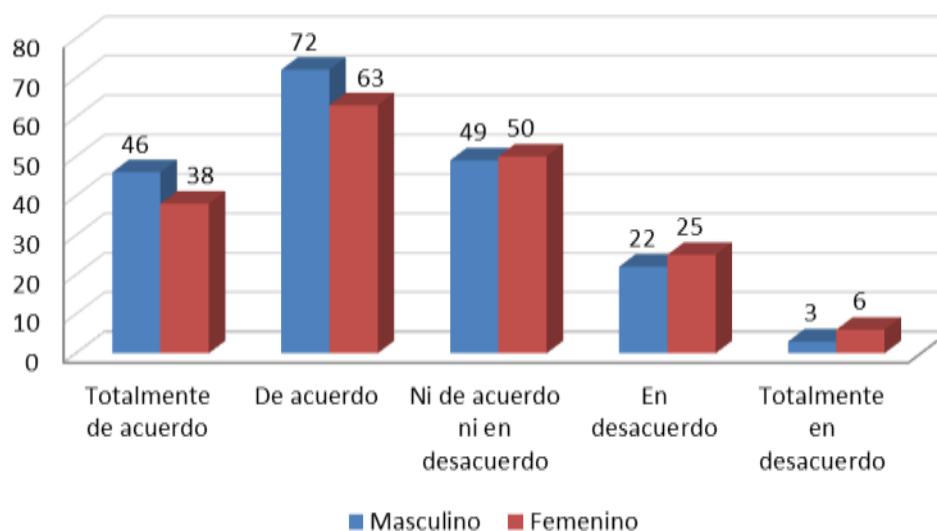
14. Las pandillas que se instalan en las fronteras de los barrios protegen a los jóvenes



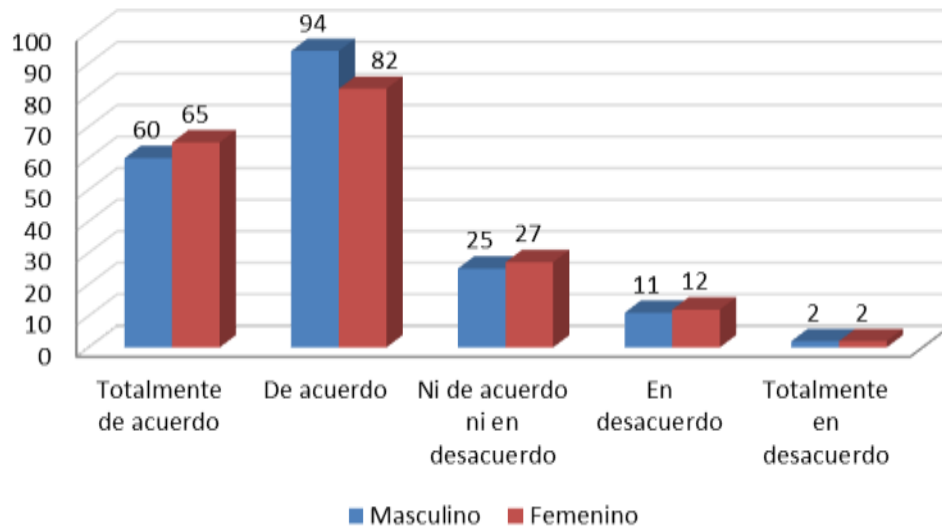
15. ¿El barrio Rancho Grande es seguro de noche?



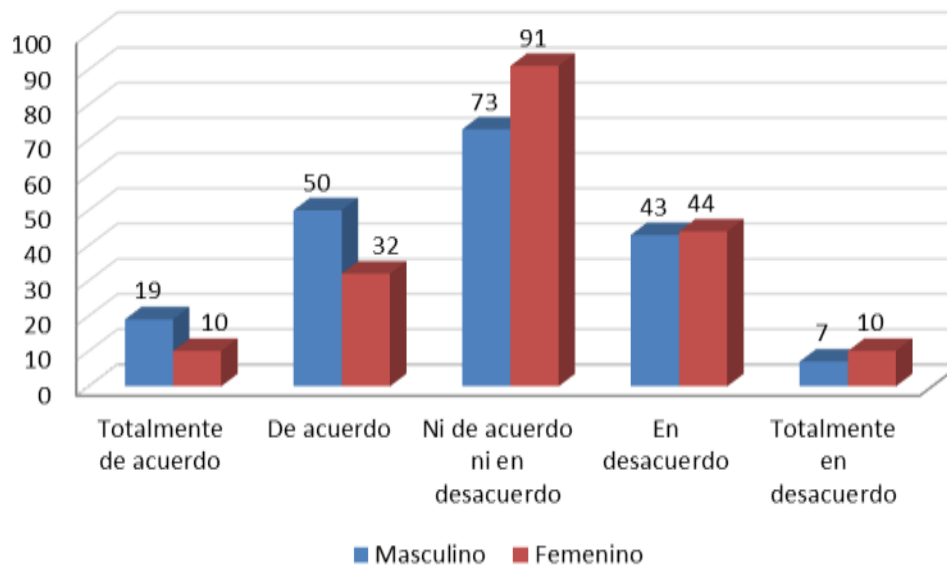
16. ¿Puedes entrar con facilidad a cualquier sitio del Pasaje del Sol?



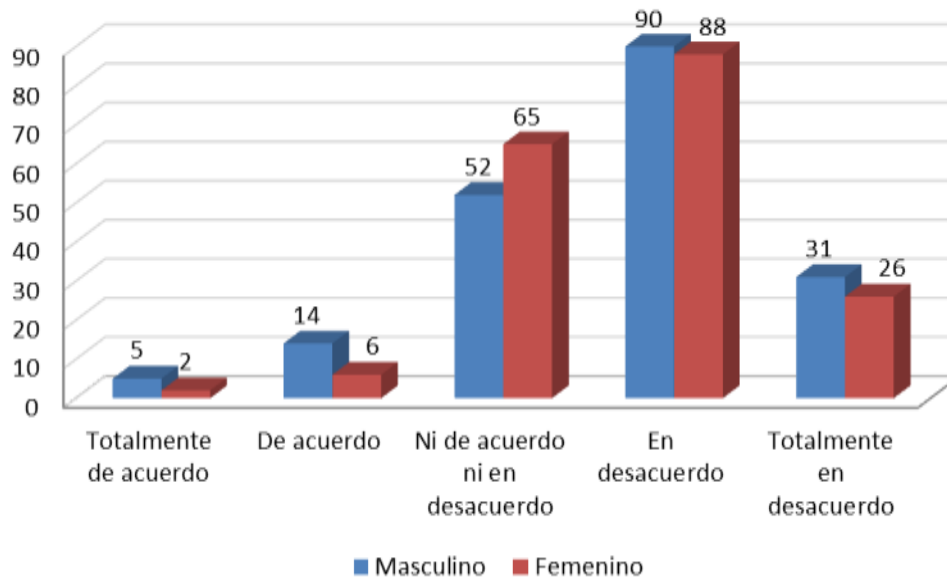
17. Cuando visitas el Centro Comercial Alameda te sientes cómodo y aceptado



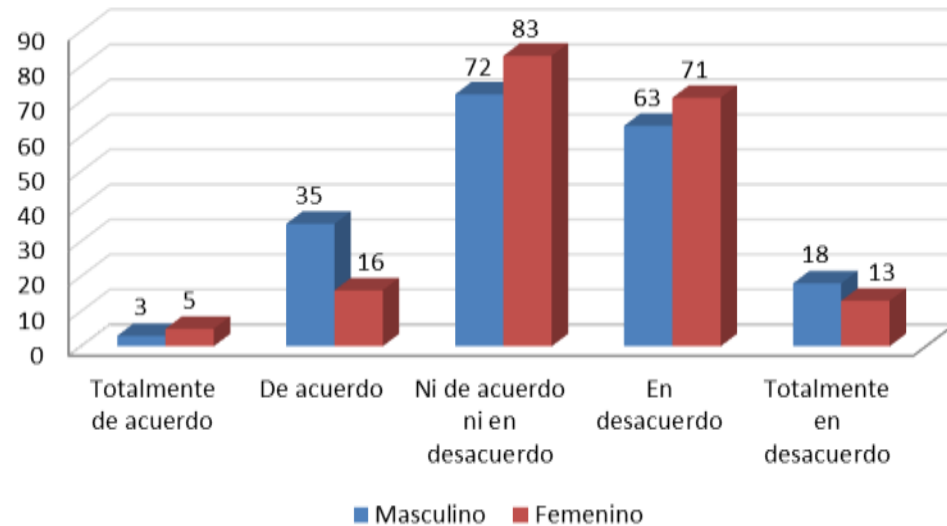
18. Los barrios del norte son seguros



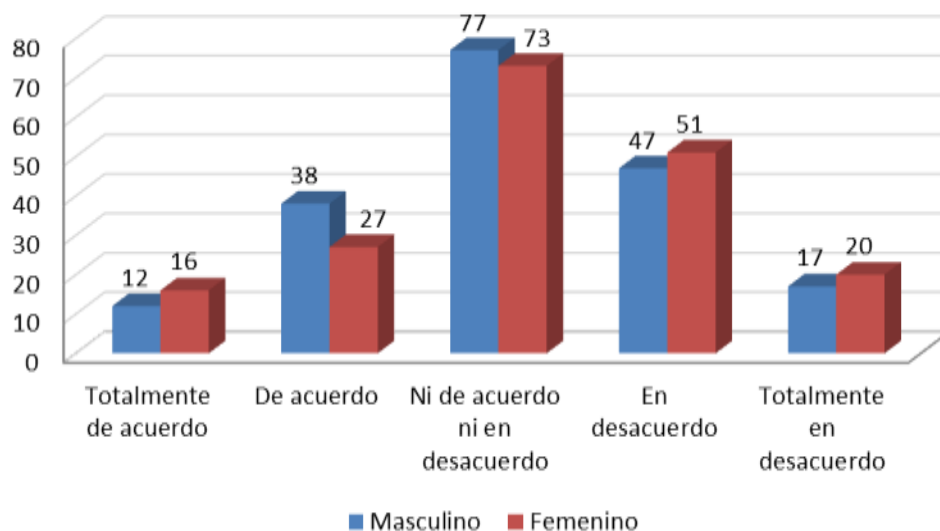
19. Los barrios del sur son seguros



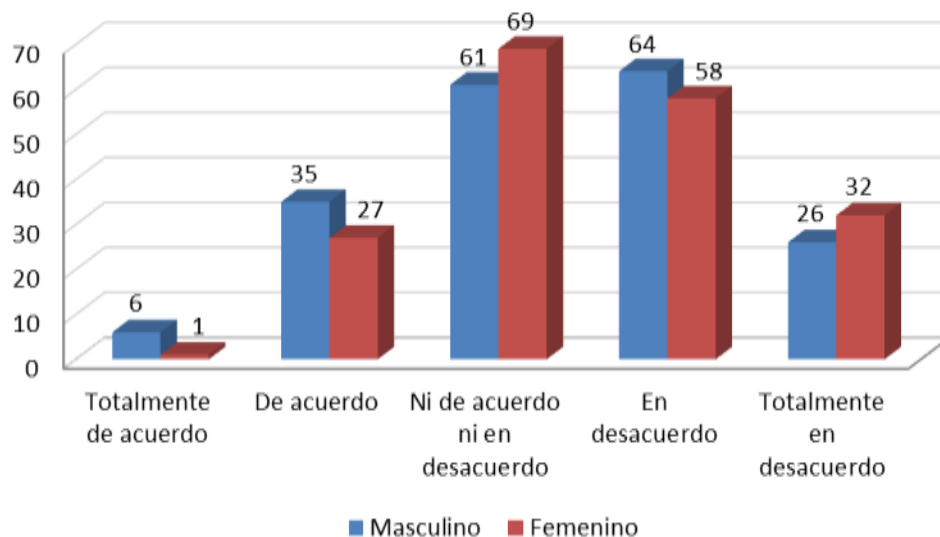
20. El centro es un lugar seguro para hombres y mujeres



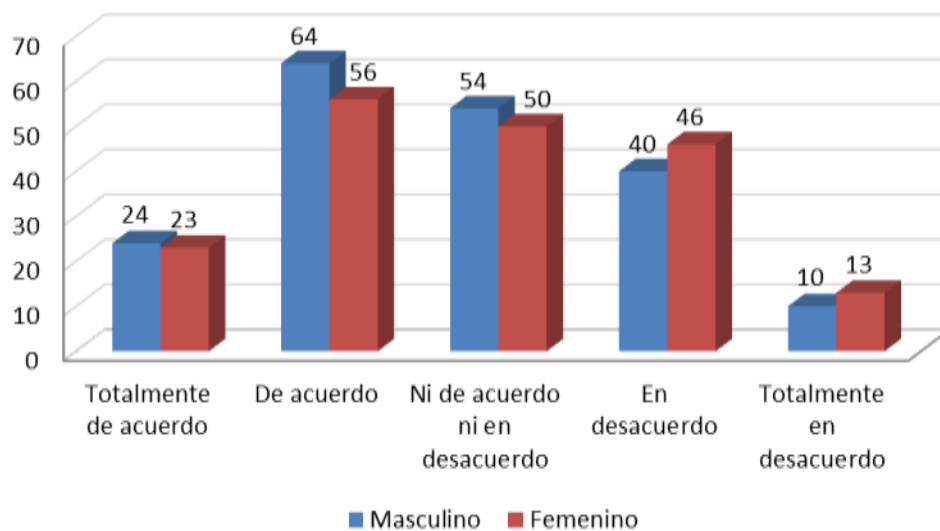
21. En el barrio en el que vivo los hombres son más respetados que las mujeres



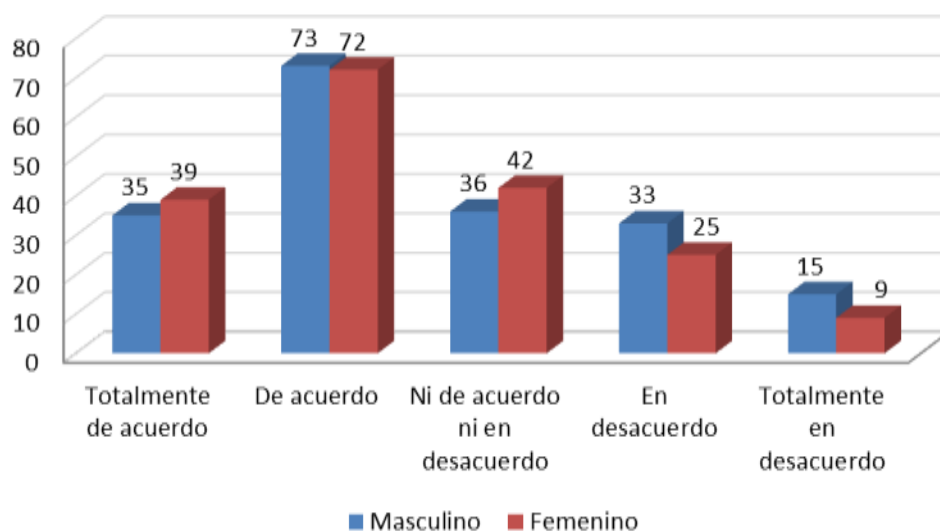
22. Los barrios del sur tienen suficientes espacios públicos para los jóvenes



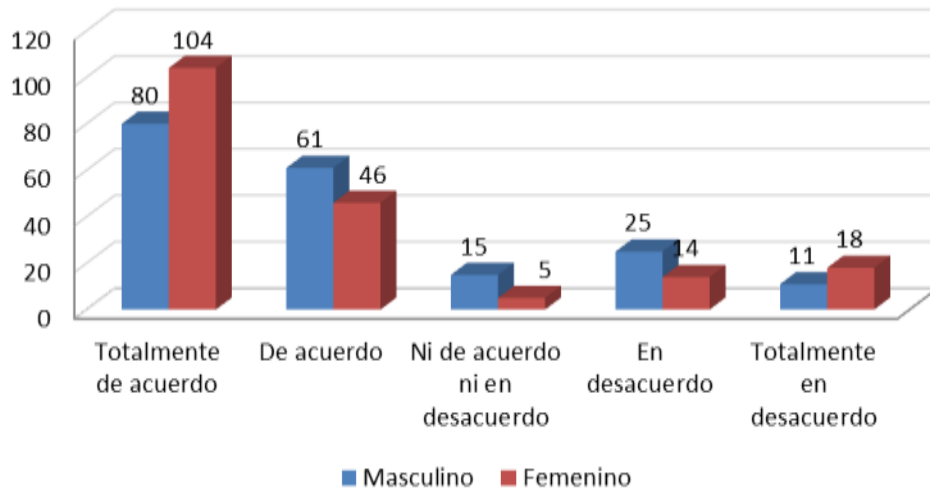
23. Soy conocido en mi barrio y por eso me siento segura (o)



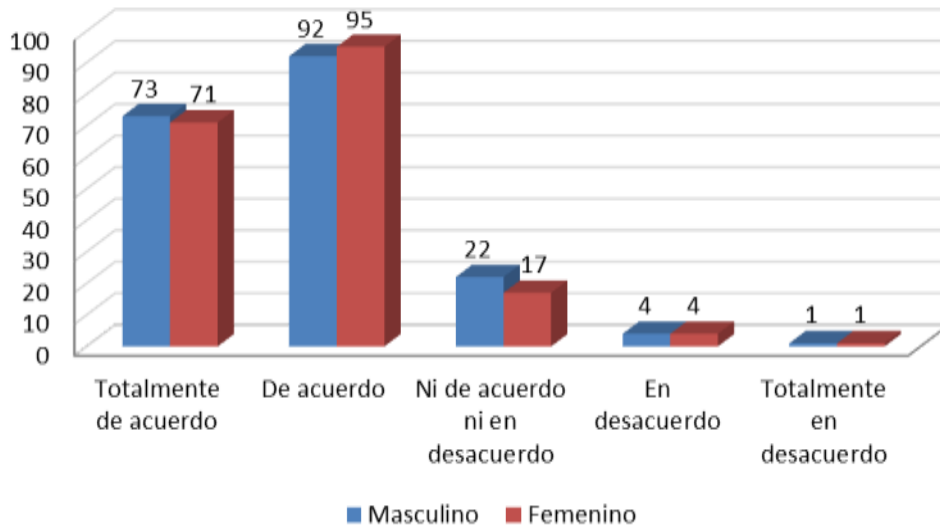
24. La presencia de policías en las calles me representa seguridad



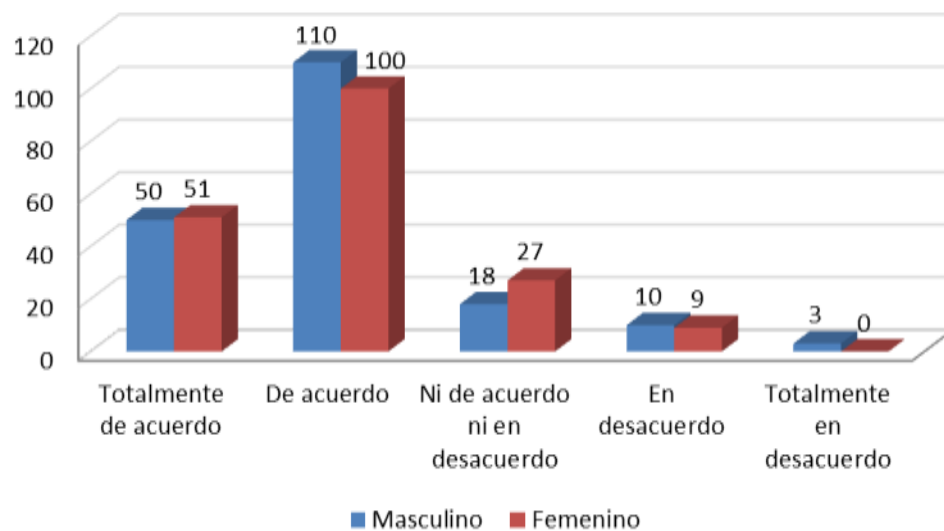
25. Las calles y parques sin iluminación y los lotes abandonados me producen temor a la hora de transitar



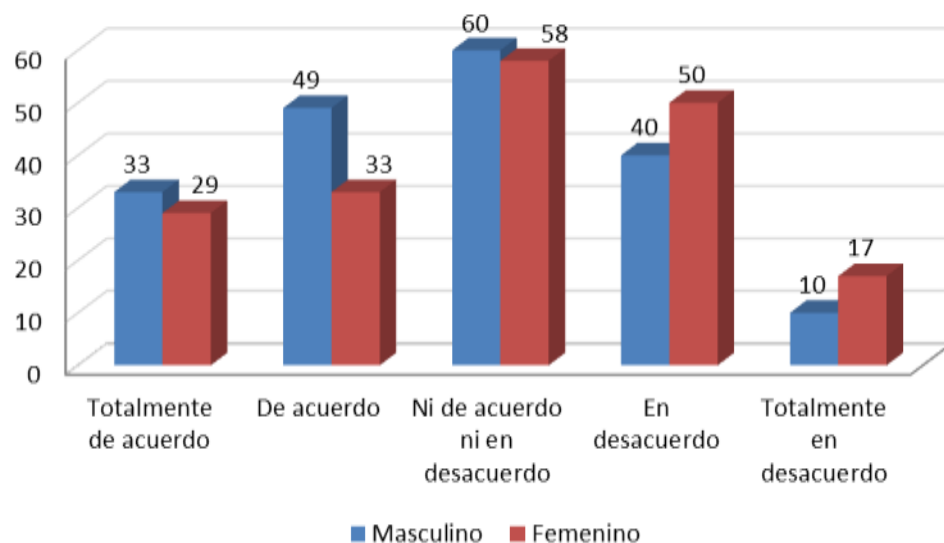
26. A la Ronda del Sinú acceden hombres y mujeres jóvenes de todos los estratos



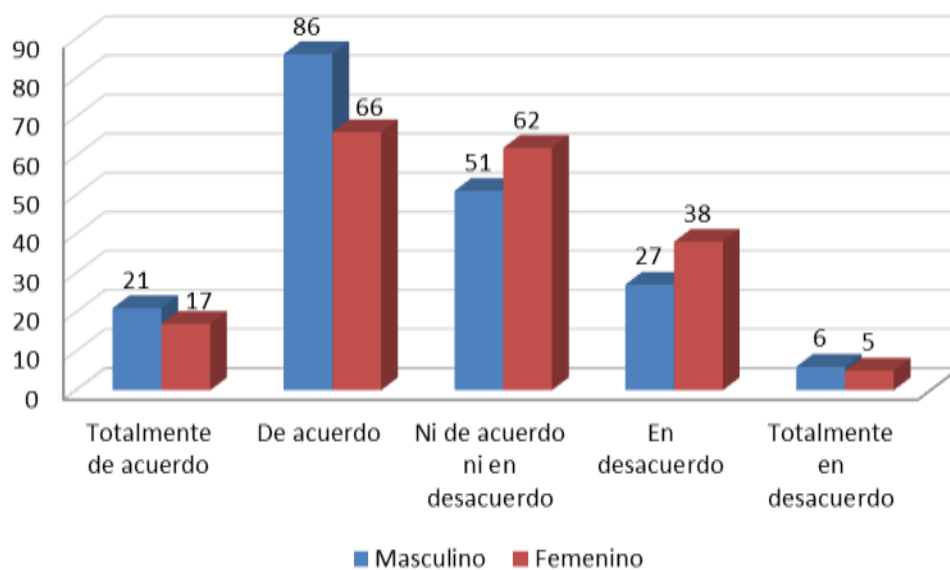
27. Los jóvenes acceden sin limitaciones al Centro Comercial Alamedas del Sinú



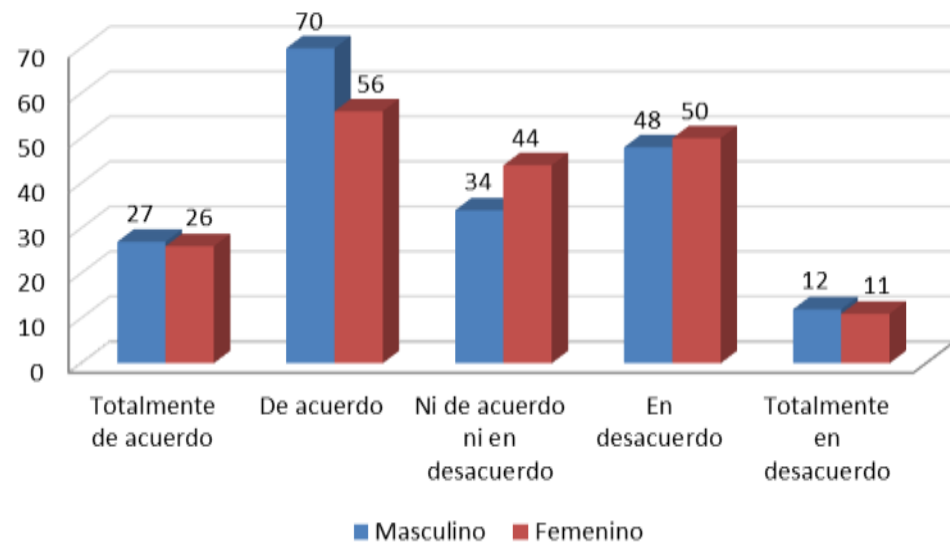
28. El Pasaje del Sol es un sitio exclusivo para hombres y mujeres adinerados



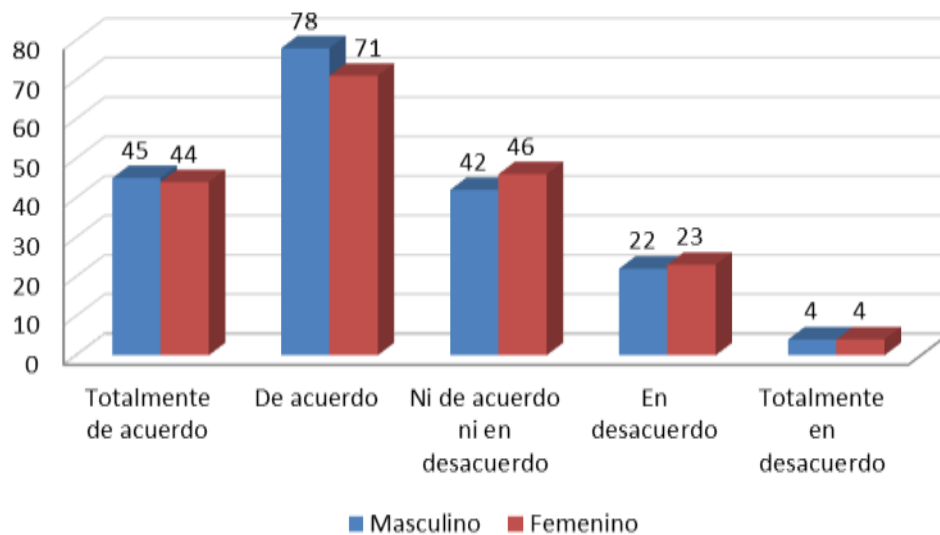
29. La Ronda del Sinú es segura



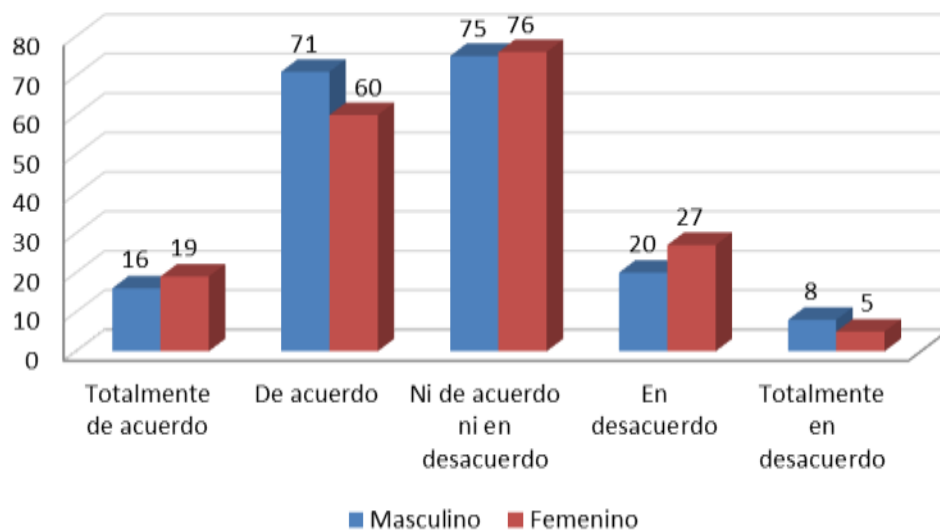
30. Prefiero encontrarme con mis amigos en lugares privados



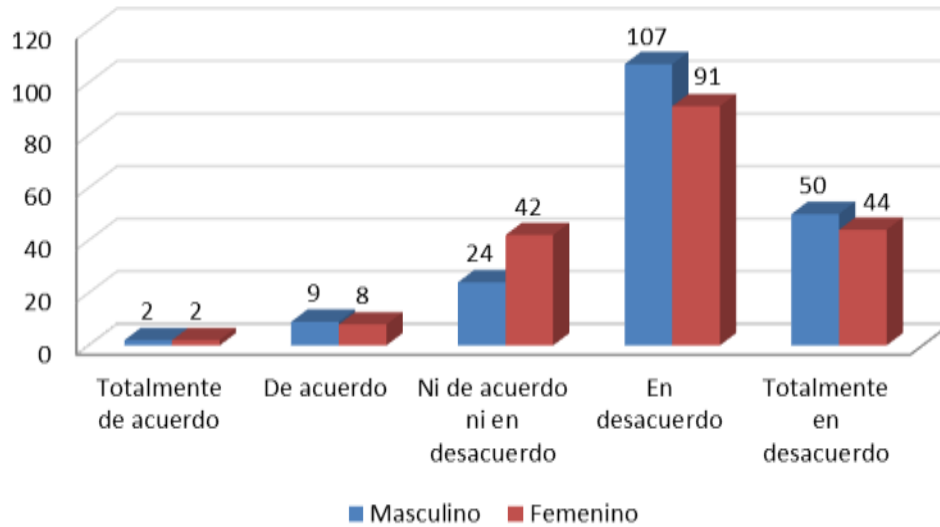
31. Prefiero los lugares abiertos para compartir con los amigos



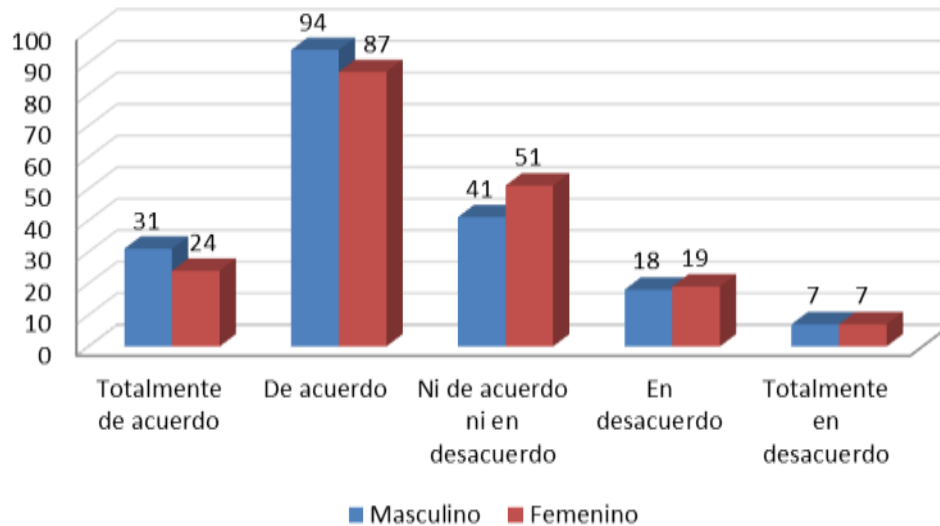
32. La Catedral San Jerónimo es un símbolo de seguridad en Montería



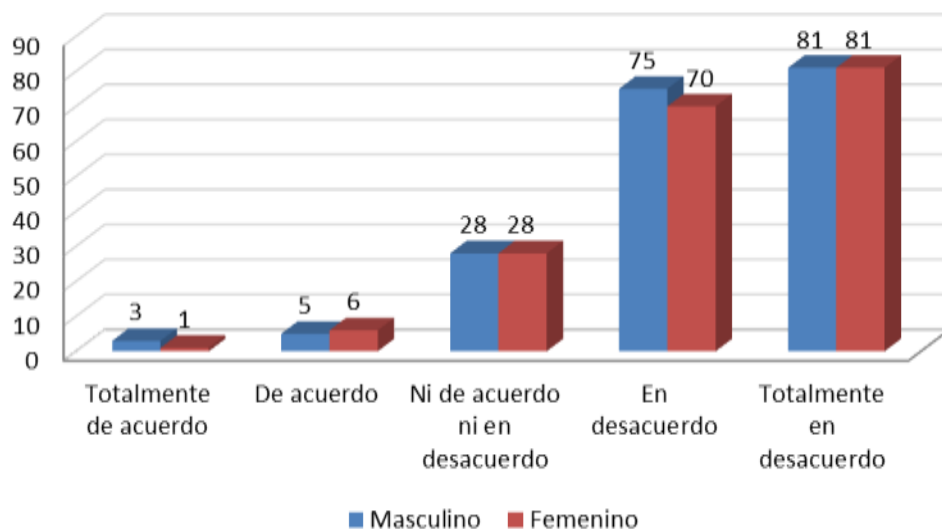
33. El Puente Metálico es un sitio seguro para los jóvenes de Montería



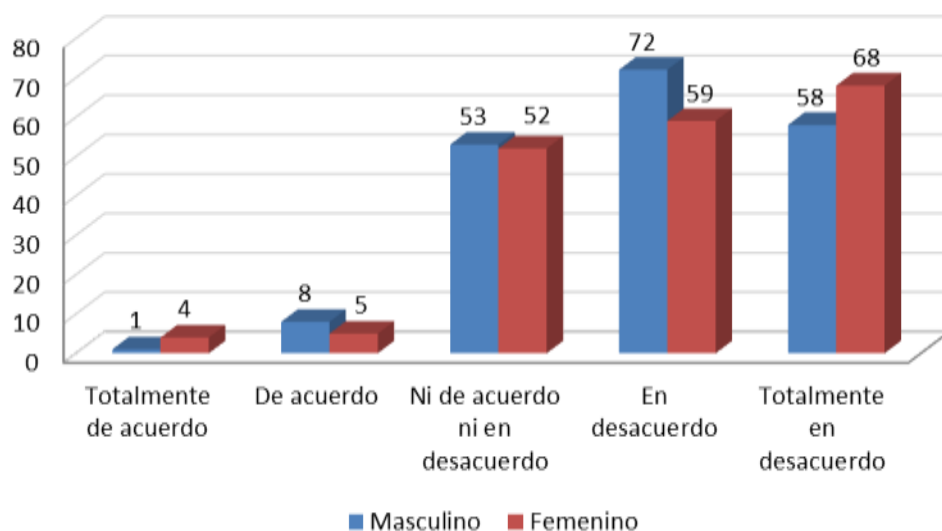
34. La Ronda del Norte es un espacio libre para el ciudadano joven



35. Los bajos del puente Segundo Centenario en el barrio Sucre es un sitio seguro para el transitar

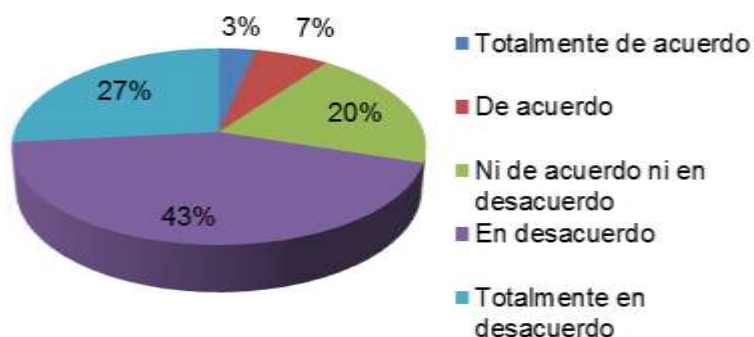


36. Sierra Chiquita, en el Cerro en Montería, es un sitio seguro

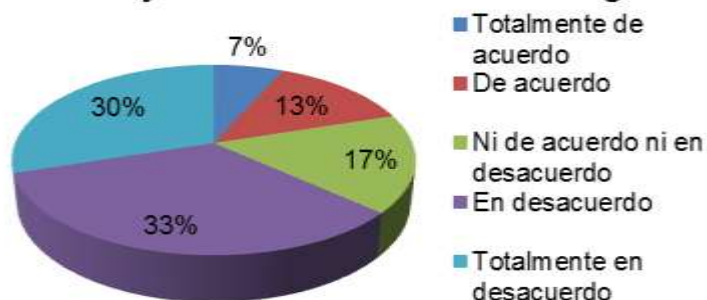


**ANEXO 4. Gráficos, RESULTADOS DE LAS ENCUESTA ANALIZANDO LAS
RESPUESTAS DE LOS HOMBRES Y MUJERES DE LOS BARRIOS DEL
ESTRATO ALTO**

1. Las calles de Montería son seguras



2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro



3. Las mototaxis son seguras



6. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería

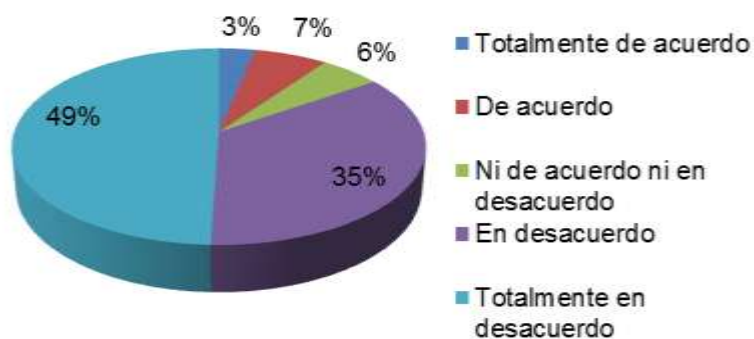


29. La Ronda del Sinú es segura

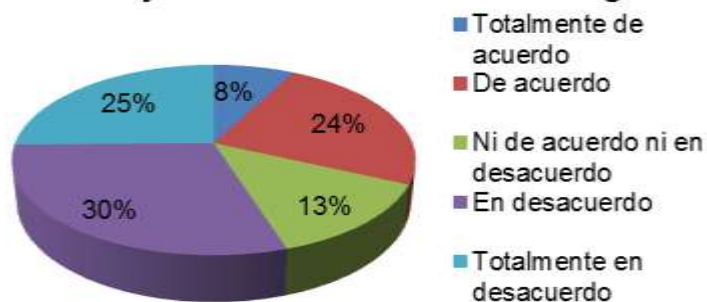


**ANEXO 5. Gráficos, RESULTADOS DE LAS ENCUESTA ANALIZANDO LAS
RESPUESTAS DE LOS HOMBRES Y MUJERES DE LOS BARRIOS DEL
ESTRATO MEDIO**

1. Las calles de Montería son seguras



2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro



3. Las mototaxis son seguras



6. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería

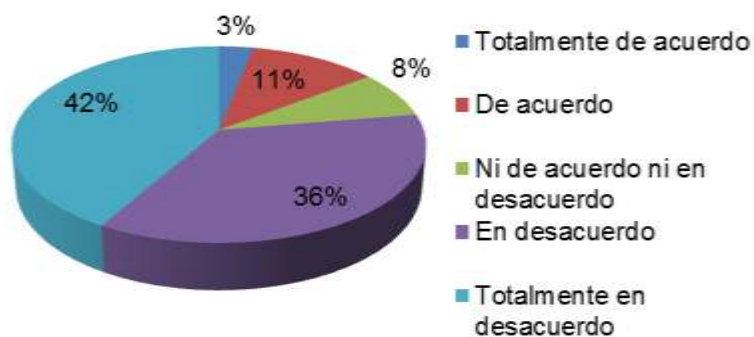


29. La Ronda del Sinú es segura

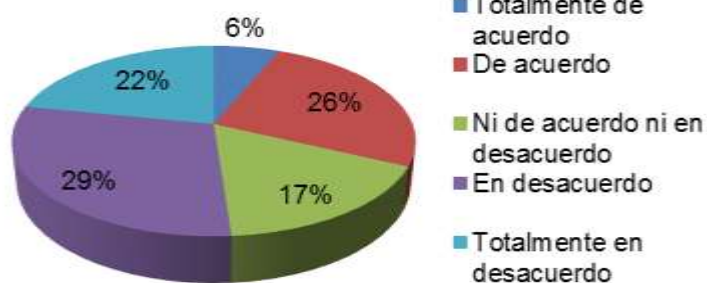


**ANEXO 6. Gráficos, RESULTADOS DE LAS ENCUESTA ANALIZANDO LAS
RESPUESTAS DE LOS HOMBRES Y MUJERES DE LOS BARRIOS DEL
ESTRATO BAJO**

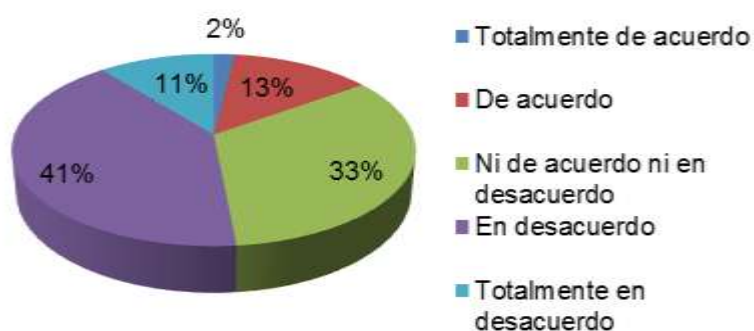
1. Las calles de Montería son seguras



2. El servicio de transporte público de buses y colectivos en Montería es seguro



3. Las mototaxis son seguras



6. Las mujeres afrontan más peligros que los hombres en las calles de Montería



29. La Ronda del Sinú es segura

